CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER

MUJERES

VIDAS PARALELAS

CUARTA EDICIÓN

MADRID
TIPOGRAFÍA DE ALFREDO ALONSO
Calle del Soldado, núm. 8

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

ÍNDICE

		Págs.
Capítulo	I.—Minerva y Xochiquetzal....	9
»	II.—María Cristina de Habsburgo y María Teresa de Austria.	19
»	III.—Madame Recamier y Madame Girardín	29
»	IV.—Las dos Lafayette.....	51
»	V.—Las mujeres de Esparta y las mujeres de Atenas.....	67
»	VI.—Isabel de Inglaterra y Catalina de Médicis.....	79
»	VII.—Cleopatra y Octavia.....	91
»	VIII.—Madame d'Acier y la Marquesa del Chatelet.....	113
»	IX.—Heroinas mexicanas y españolas.....	127
»	X.—Sacerdotisas cristianas y paganas.....	137
»	XI.—Las dos Juanas.....	147
»	XII.—Safo y Aspasia	157

ÍNDICE

		Págs.
»	XIII.—Beatríz de Galindo y la Marquesa de Guadalcazar é Hinojosa	171
»	XIV.—Dos grandes reinas	185
»	XV.—Dos escritoras realistas	195
»	XVI.—Virginia y Lucrecia	207
»	XVII.—Dos reinas escritoras	215
»	XVIII.—Diplomáticas de sangre real	233
»	XIX.—Las Princesas Margaritas	240

A MIS AMIGOS DE AMÉRICA

Si no fuera en mí la gratitud sentimiento espontáneo, me la impondría como un deber; por eso quiero demostrar á mis amigos del Nuevo Mundo que no se ha extinguido el recuerdo de sus bondades en el alma de la extranjera á quien concedieron cariñosa hospitalidad, en el alma de su invariable amiga

Concepción Gimeno de Flaquer.

CAPÍTULO PRIMERO

A LOS SEÑORES MINISTROS

DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

MINERVA Y XOCHIQUETZAL

I

Las leyes de los griegos habían relegado á la mujer al gineceo; pero la religión, el arte y la literatura llevárónla al taller del estatuario, á las páginas de la Iliada, al pedestal y á los altares.

¿Qué importa que la mujer fuera rebajada en los códigos si era enaltecida por la poesía? Sófocles fué considerado superior á Eurípides, porque supo halagar la imaginación presentando mujeres más perfectas.

Alardeaban los griegos de no inmiscuir á la mujer en la vida pública; pero no pudiendo escapar á su influencia en la vida privada, eran gobernados por la amiga, ya que no por la esposa.

Víctimas de esa geneocracia ó soberanía femenina fueron los licios, que formaban sus genealogías con los nombres de sus abuelas ó de sus madres.

Los espartanos no sólo buscan en las mujeres pretexto para conquistar á Mesenia sino que, al darse cuenta de las desgracias causadas por Helena, no pueden menos de exclamar que es glorioso combatir por tal mujer.

La influencia de la belleza es tan grande que, al presentarse la hermosa pecadora, salúdanla con vítores los griegos y ríndenle sus armas los troyanos.

Como Frine, deslumbra á la multitud con sus hechizos y, siendo culpada, queda absuelta.

Si Eurípides y Propercio le dirigen denuestos, es para inmortalizarla. Ella ha dado nombre á una raza y á un brillante período histórico; ella simboliza el grandioso poder del amor, capaz de crear las mayores dichas y los mayores cataclismos.

Helena es la encarnación del sentimiento griego, de ese exaltado sentimiento estético que se convierte en idolatría. Las sociedades helénicas le erigieron templos para que se corrigieran en ellos las jóvenes deformes. ¡Hermosa alegoría del triunfo del arte sobre la ciega naturaleza!

La cultura de los antiguos pueblos mexicanos debióse, cual la de los griegos, á esa religión de lo femenino, que libra al hombre de la barbarie.

En la teogonía griega como en la azteca, la mujer tiene buena representación: tal importancia concedida á la mujer mítica revela respeto á la mujer real.

Huitzilopochtli es entre los aztecas el dios principal, y todavía veneran más á Coatlicue, madre de ese dios y de los hombres, que impera en todos los dioses, como Juno. Toci es en la antigua Tenoctitlan lo que Cibeles entre los griegos; Citlalcueye dirige el movimiento sideral cual Urania, y Chalchiutlicue, reina de los mares, protege á los viajeros como Circe. Más interesante que estas diosas es Xochiquetzal, encantadora, poética idealidad, sólo comparable á Minerva.

La imaginación de los mexicanos ha dado vida en todos los tiempos á fantásticas creaciones, lo cual no es extraño viviendo bajo aquél cielo, al que sólo puede copiar el pincel de los que llevan en el alma eternas alboradas.

En la tierra del fastuoso Moctezuma respírase la poesía en el ambiente, en aquel ambiente que impregnan de fragancias las gardenias de Córdoba y los jazmines de Jalapa... ¿Cómo no sentirse poeta ante la contemplación de aquella tierra guardada por gigantes que, como el Popocatepetl, y el Iztaxihuatl, tienen de fuego el corazón y llevan en la cabeza perpetuas nieves?

En aquella tierra abrazada por el Atlántico y el Pacífico, sobre la que vierten lluvia de aljófar las cascadas de Ixtlamaca y Tenango, esmaltada de lagos tan pintorescos como el de Pázcuaro, que refleja esbeltas palmeras, rojos granados y dorados limoneros, en donde se dan cita las ondinas de Chalco y de Texcoco, las nereidas de ambos Océanos, las napeas del bosque de Chapultepec y las driadas de las florestas de Mixcoac para asistir á las serenatas que ofrecen las hadas con sus guzlas de cristal, los árboles no se despojan nunca de su

manto de esmeralda; los crepúsculos tienen rosáceos vapores resplandecientes; las auroras, gasas siempre cerúleas y radiantes; los mares, estelas fosforescentes y espumas diamantinas que iluminan como faros.

II

Xochiquetzal, discreta, prudente y casta cual Minerva, preside á los amores platónicos: inteligentes ambas, tienen entre sus atributos símbolos de las bellas artes, los escultores llevan ofrendas artísticas al templo en que son veneradas, los héroes depositan á sus pies preciados trofeos.

El nombre de esa divinidad azteca compónese de la palabra *xochitl*, que significa flor, y de la palabra *quetzal*, que representa al brillante pájaro, símbolo de la belleza entre los indios. La morada de esa diosa era el *tamoanchan*, paraiso donde existía el mágico árbol llamado *xochitlicacan*, cuyas flores hacían

fieles á los amantes. Representábase á la diosa por una estatua de madera figurando púdica joven vestida con lujosa falda de brillantes colores y túnica azul salpicada de floripondios: roja diadema de cuero con plumas de *quetzal* adornaba su cabeza, ostentando ricos zarcillos de oro en las orejas, joyel de piedras finas en la nariz, ajorcas en los brazos y cetro de flores en la mano.

El día que le estaba consagrado denominábase *xochilhuitl*, fiesta de la flores; en ese día los pintores, plateros y tejedores llevaban á los altares de la diosa los utensilios de sus respectivos oficios para ofrecérselos. Solemnizábase con la mayor pompa en honor suyo el nacimiento de las primeras rosas y la muerte de las últimas, y dedicábasele también el ameno baile de las rosas, para el que levantaban un pabellón cubierto de las más fragantes. Mientras bailaban unos, otros, disfrazados de pájaros y mariposas, subían á los árboles preparados para la fiesta y saltaban de rama en rama, fingiendo que absorbían el rocío de las flores.

Todo cuanto se refería á esa diosa respiraba poesía; Xochiquetzal es la figura más inte-

resante de la religión de los indios mexicanos; Minerva, la más sublime del paganismo griego.

III

Minerva como Xochiquetzal, es encantadora creación: distribuye la victoria porque es justa, cual Astrea; vela por la familia y el hogar porque representa el orden, cual Temis; y, entre sus atributos, vénse el esfinge, símbolo de la inteligencia, y la rueca del trabajo, denotando que las faenas domésticas y la cultura del espíritu no son incompatibles.

¡Minerva! Bella representación del talento, la fortaleza y la hermosura.

Nace armada porque la sabiduría es fuerza; es austera porque personifica á la razón; huye de las pasiones, representando el juicio y la prudencia; enemiga de la vanidad, vuelve fea á Medusa por haber hecho alarde de su belleza; púdica como la virgen del pudor, ciega á

Tiresias, que la sorprende en el baño; amante de la castidad, venga á Casandra del ultraje de Ayax.

Sus armas no son ofensivas porque su lanza hace brotar del suelo el olivo de la paz, conserva el orden social, y la agricultura, las artes y la industria pónense bajo la égida de la inventora del arado y del rastrillo, mirándola como protectora de los hogares porque ha enseñado á los hombres el uso del fuego.

Tiene atributos náuticos é instrumentos matemáticos á los pies, y en la mano la estatua de la victoria.

Como institutora del Areópago preside á la justicia; como vigiladora de las fortalezas preside á la guerra defensiva é inventa la trompeta y la flauta para regularizar las evoluciones de los ejércitos. Su ave favorita es el buho, emblema del silencio y la meditación; adorna su casco con esfinges, indicando la sutileza intelectual; los ocho caballos que lleva en la visera son alegoría de la rapidéz del pensamiento.

Ella inspiró á Fidias que, apartándose de la tradición hierática, dió vuelo á su genio para crear una figura que ha causado eterna y general admiración.

La obra maestra de la arquitectura griega es el templo de esa diosa, el famoso Parthenon, monumento dórico, erigido en la cima del Acrópolis, en la ciudad querida de Minerva ó Pallas atenea.

Poética es la creadora del Areópago: adorada por los etruscos, egipcios, griegos y romanos, reunió todos los atributos de las divinidades femeninas; enaltecida por la filosofía neoplatónica, llegó á personificar el tipo de la mujer fuerte, el de la suprema sabiduría.

No es extraño que Aspasia sintiera celos de Minerva y que, como á Temístocles los trofeos de Milciades, quitáranle el sueño á la hija de Mileto los trofeos de la diosa.

CAPÍTULO II

A LA COLONIA ESPAÑOLA RESIDENTE EN MÉXICO

MARÍA CRISTINA DE HABSBURGO-LORENA

Y MARÍA TERESA DE AUSTRIA

I

María Cristina de Habsburgo-Lorena parece haber heredado las virtudes y méritos de su ilustre bisabuela, la muy amada emperatriz María Teresa de Austria. Como la popular hija de Cárlos VI, María Cristina de Habsburgo ha recibido una educación perfecta, basada en los principios de la más pura moral, la cual le ha permitido, en la difícil situación que el infortunio le ha

creado, levantarse á una altura que admiran los españoles. La digna actitud de la augusta viuda, su prudencia, su bondad, sus generosos sentimientos hacia los enemigos de la idea política que representa, su claro criterio y sus virtudes le han atraído el respeto de los antimonárquicos y de los que la miraban con injustificada repulsión, á causa de pesar sobre ella el *delito* de extranjerismo, *delito* que, estamos seguros, no le han de hacer expiar los españoles.

Tan pronto como la digna señora se sobrepuso al dolor que embargaba su ánimo, tan pronto como pudo hacer un esfuerzo de valor moral, su primer arranque fué un rasgo de delicadeza para el pueblo que la acogió en su seno; rasgo que han sabido estimar en su justo valor los descendientes del Cid y de Pelayo.

Confío mis hijos á vuestra nunca desmentida lealtad, dijo la ilustre viuda; y este grito, escapado del alma de la madre y de la reina, tuvo resonancia en los generosos corazones del noble, del valiente, del caballeroso pueblo español.

Cuando todas las potencias europeas esperaban un conflicto entre los partidos disiden-

tes, cuando los jefes de otras naciones fijaban ávidas miradas en nuestra infortunada patria, esperando que un trágico suceso fuese la continuación de anteriores calamidades, el heróico pueblo español daba un ejemplo de cordura que causó el asombro universal y que ha de enaltecer las ya brillantes páginas de su historia.

Mientras la interesante reina cumplía su deber, procurando salvar el trono de sus hijos, todos los partidos se unían para salvar á la patria, proclamando el mayor respeto á la afligida dama que ocupa el solio de San Fernando.

¿Qué mágico poder ha obrado el milagro de acallar todas las hostilidades? La hidalguía del valeroso pueblo celtíbero. No se equivocó la inteligente consorte del malogrado Alfonso XII al confiar en ella. Este bravo y enérgico pueblo, que no cede á ningún yugo, se inclina siempre ante la desventura. Viva tranquila la ilustre familia de Habsburgo respecto á la suerte de María Cristina en España; la Reina Regente podrá no tener como reina simpatías generales; mas, como dama, puede contar con un defensor en cada español, porque su

desgracia la hace sagrada en la tierra clásica de la hidalguía.

¡Grande tiene que ser siempre el pueblo que alienta tan levantadas ideas! Y ya que del pueblo español hablamos, es oportuno dedicar un recuerdo á los patrióticos sentimientos que sinceramente, sin jactancioso alarde, manifestaron en peligroso momento histórico tres de sus más dignos representantes: los señores Sagasta, Cánovas y Castelar. Estos eminentes hombres, jefes de tres partidos de ideas muy divergentes, obraron con tan gran alteza de miras, que su conducta merece el mayor elogio. Mientras Sagasta, gran patricio á quien jamás han endiosado el poder ni el aura popular, sabiendo vivir en medio de los mayores homenajes con lacedemónica sencillez, mientras Sagasta desenvolvía su honrada política liberal, el eminente Cánovas, ese notable estadista tan celebrado por los primeros diplomáticos de nuestros días, prestaba su valioso apoyo al gobierno, obrando con la buena fe que le distingue, al mismo tiempo que Castelar, una de las más legítimas glorias de España, encauzaba el torrente próximo á desbordarse, calmando la irritada impaciencia de sus correligionarios y

ostentando una benevolencia hacia la monarquía que hizo honor á sus nobles sentimientos. ¡Salvar la patria á toda costa! Ese ha sido el pensamiento que, cual estrecho lazo, ha ligado las voluntades de tres grandes hombres que siempre habían militado en opuestos bandos.

Y no sólo quisieron salvar á la patria, sino salvar también á la triste compañera del monarca que tanto amó á España. Cánovas, cual esforzado campeón, cual galante paladín de María Cristina, despertó en todos los corazones una corriente de sentimentalismo favorable á la ilustre viuda, poetizando su dulce y bella figura con estas palabras: *Ayudemos á sostener la paz pública á la augusta señora que en este momento tiene, además de la corona de regente que sustenta, otras tres coronas que d ben infundirnos el más profundo respeto y la adhesión más inquebrantable: la corona de la virtud, la de la juventud y la del dolor.*

Por muchos títulos es acreedor á María Cristina á la pública consideración: la joven princesa que en vida del rey no quería tomar parte en los negocios públicos ni señalarse con ninguna iniciativa, estudiaba los sucesos, sacaba deducciones y se formaba un criterio propio, tan

firme como claro, que le ha sido muy útil. La reina regente posee vivísima inteligencia, gran golpe de vista é intuición exacta de cuanto parece debiera serle desconocido, con lo cual sorprende á los ministros de la Corona y á todos los diplomáticos que tratan con la soberana altos asuntos.

¡Ojalá sean las circunstancias favorables á la Reina regente para que pueda desplegar las virtudes cívicas y viriles que desplegó la vencedora de Federico II de Prusia, virtudes que no son extrañas á las princesas de la casa de Habsburgo, princesas que han brillado por la pureza de costumbres en la vida privada.

II

En María Teresa de Austria, cuya sangre circula por sus venas, tiene gran modelo que imitar: aquella extraordinaria mujer reorganizó la armada, reformó la justicia, dió impulso al

comercio, erigió monumentos, fundó universidades y colegios, entre los cuales todavía es famoso el que se halla en Viena con su nombre, y creó observatorios, dotándolos de importantes telescopios que revelaron los secretos de la bóveda celeste á sabios de la talla de Boscovtch, Haller y Hell.

Brillante página ha consagrado la historia á la valerosa reina de Bohemia y de Hungría, cuyo trono le fué tan disputado, y cuyo imperio aumentó con terrenos en Rusia y Baviera, haciendo florecer lás ciencias y la industria en Austria, á pesar de las guerras que tuvo que sostener.

Los tesoros de las Indias que llegaron á su imperio debiéronse á los canales que hizo abrir en los Países Bajos.

Educada para reinar, asistía á los Consejos de Estado cuando solo contaba catorce años de edad.

Su talento diplomático valióle para atraerse á Hungría, que por espacio de dos siglos había sido enemiga de Austria y, al recibir los homenajes de esa nación, dirigióles ésta hábil arenga:

«Si yo ó mis sucesores quieren quitaros vues-

tros privilegios, que os sea permitido defenderos sin ser acusados de rebeldes.»

El efecto fué mágico; los húngaros exclamaron:

Moriamur pro rege nostra María Teresa.

Aquella gran dama sentía como una mujer y pensaba como un héroe.

No afeminaron su política los cuidados de la maternidad: nodriza de sus hijos, jamás le faltó tiempo, sin embargo, para cumplir sus altos deberes de rey.

Era tan humilde y tan caritativa que, al ver en la puerta de un templo á un niño canijo que moría de inanición porque su enfermiza madre, que se hallaba en la miseria, no podía sustentarle, cogió á la desventurada criatura, acercóla á su seno y con el alimento le devolvió la vida.

¡Extraña ternura en aquel alma de conquistador!

III

Tierna, piadosa é inteligente como María Teresa es María Cristina. A los pocos días de

conocerla el malogrado Alfonso XII pudo admirar en ella un rasgo digno de un alma delicada. En vez de aturdirse con la felicidad que le ofrecía su destino, en vez de pretender borrar en el alma del hombre á quien amaba la imagen que había dejado otra mujer, unióse á su prometido para rendir culto á la memoria de la reina Mercedes, que había pasado por este mundo como grata fragancia, fulgor de estrella ó eco de melodía.

La religión del recuerdo fué el primer lazo que estrechó los corazones de D. Alfonso y doña Cristina, unidos más tarde por otro más fuerte, el lazo del amor.

En la basílica de Atocha, después de recibir la bendición nupcial, coronada de azahares y de regia diadema, cuando se preparaba para subir al trono de San Fernando, arrodillóse humildemente ante su buena madre y le pidió la bendición. Tal rasgo de amor filial conmovió á los circunstantes y tuvo resonancia en toda España.

Como la felicidad no es eterna ni para las reinas, pronto dejó de ser dichosa la enamorada compañera de Alfonso XII; la muerte dejó su alma viuda para siempre.

En su amor maternal y en las simpatías del caballeresco pueblo cuyos destinos rige, encuentra lenitivo su dolor; lenitivo he dicho y no olvido, porque éste sólo puede penetrar en almas vulgares.

La Reina Regente de España posee la bondad de Blanca de Castilla, la energía de Isabel la Católica, la habilidad política de Catalina de Médicis, el talento de Berenguela, la grandeza y la belleza de la interesante hija de Maximiliano II. Es digna de las ilustres casas de Habsburgo y de Lorena, que han dado reyes muy notables.

A la casa de Habsburgo pertenecen Alberto II *el Sabio* y Rodolfo IV *el Ingenioso*. Distinguidos por cualidades propias han sido los monarcas austriacos entre los que se destacan: Leopoldo I, *el Ilustre*; Alberto I, *el Victorioso*; Ernesto, *el Valiente*; Leopoldo IV, *el Liberal* y Leopoldo VI, *el Glorioso*.

CAPÍTULO III

Á LOS SEÑORES GOBERNADORES DE LOS ESTADOS DE LA REPÚBLICA DE MÉXICO

MADAME RECAMIER Y MADAME GIRARDIN

I

DIFÍCIL es encontrar reunidos en una mujer el talento y la hermosura; mas, cuando así sucede, la que tales dones reune conviértese en prodigio de la naturaleza. Ser bella é inteligente es poseer dos cetros, es haber alcanzado todos los privilegios, todos los triunfos, todas las victorias. En tal concepto no es extraño que Mme. Recamier y Mme. Girardin hayan inspirado tanta pasión.

Fueron denominadas musas de los salones, porque el mayor encanto de estas dos mujeres consistía en su trato fascinador.

Dirigían la conversación con una gracia, con una habilidad, que se hizo proverbial.

Tanto una como otra tuvieron el talento de constituirse una corte sin favorito conocido, sabiendo reinar con serenidad olímpica, extendiendo entre sus admiradores un nuevo caduceo que pacificaba las reyertas surgidas por causa de ellas.

Mme. Recamier vióse siempre rodeada de hombres de mérito: en la escogida sociedad que se formó eran los más constantes en tributarle homenajes Jordan, Bernardotte, los Montmorency, Ballanche, Benjamín Constant y Chateaubriand.

Luciano Bonaparte quiso ser el Romeo de esta bella Julieta. ¡Napoleón el Grande ambicionó algo más!

El mérito de saber formar un círculo brillante y ameno que, cual Mme. Recamier, poseyó Mme. Girardin, heredólo ésta de su ilustrada madre Sofía Gai, distinguida literata, que cultivó las bellas letras con gran inspiración.

La cuna de Mme. Girardin mecióse al compás de cadencioso ritmo. La prodigiosa niña fué arrullada con versos correctos y sonoros. Al salón de Sofía Gai acudían constantemente Jouy, Etienne, Alexandre Saumet, Amaury Duval y Beranger; en el salón de su hija Delfina reuniéronse más tarde Mery, Lamartine, Víctor Hugo, Balzac y Jorge Sand.

Mme. Girardin y Jorge Sand dividieron sus laureles en Francia como la Avellaneda y la Coronado en España; el estilo de Jorge Sand y la Avellaneda sorprendía por vigoroso, el estilo de Mme. Girardin y Carolina Coronado cautivó por su ternura.

II

La encantadora figura de Mme. Girardin tiene por cuadro un buen lienzo, su época: á ella debe la mayor parte de su gloria. Poco, muy poco brillará el talento más extraordinario si éste se desenvuelve en aciagos días de

indiferentismo y apatía intelectual. Madame Girardin nació en el año 1804, en esa época de entusiamo literario, en esa época romántica en que Francia concedía todos los triunfos al espíritu, haciéndole prevalecer sobre la materia.

Hasta la naturaleza pareció ponerse de acuerdo con el gusto de la época para dotar á Delfina de una belleza que hechizaba á los poetas, y que todos los novelistas querían para sus heroinas. La belleza de la inspirada poetisa era melancólica. Su espléndida cabellera, de un rubio apagado, flotaba desprendida sobre sus hombros, como la cabellera de una sibila; sus grandes ojos azules, soñadores y sentimentales, parecían suspirar; su frente, espaciosa y altiva, revelaba la fuerza del pensamiento; su boca semejaba un capullo de flor de granado; su esbelta figura tenía flexibles ondulaciones, elegancia y majestad. Delfina Gai fué comprendida por sus contemporáneos, y esto explica las múltiples admiraciones que siempre la rodearon. Cuando apenas contaba diez y ocho años de edad, la corona académica ciñó sus sienes, como premio al magnífico poema titulado *Las hermanas de Santa Camila*, obra que reveló su genio y fué prólo-

go de notables libros que más tarde debía escribir.

Entre las distintas anécdotas que se refieren, relativas á la vida de la elegante escritora, recuerdo una que voy á relatar. Acababa de subir al trono de Francia Carlos décimo; los intrigantes palaciegos querían buscarle una favorita y pensaron en Delfina Gai para ocupar este bajo puesto que los cortesanos denominan alto. Obligaron á Delfina á que escribiese una oda y se la leyera al rey. Ignorando la joven poetisa los viles planes de los palaciegos, presentóse ante él acompañada de su madre, y le leyó sus versos. Conmovieron al monarca la púdica expresión de su rostro, su noble y altiva actitud y sus levantados pensamientos vertidos en elocuentes frases y, comprendiendo que no había nacido para favorita, le dijo en un momento de caballeresca generosidad: «Teneis un talento poético de primer orden; desde hoy os señalo una pensión de 500 escudos mensuales para que busqueis en los viajes vuestras inspiraciones. Creedme, debeis salir de París, en donde os amenazan peligros que no podeis presentir».

Nunca se hubiera prestado Delfina á representar el papel de favorita porque el favori-

tismo de los reyes es la esclavitud, y ella era muy altiva; pero de todos modos, la conducta que Carlos observó en aquel caso fué muy noble. Aceptada la pensión del Monarca para los viajes de estudio que se ordenaban hacer á la poetisa, marchó con su madre á conocer Suiza é Italia. En Italia la recibieron triunfalmente; su celebridad había atravesado los Alpes antes que ella. Condujéronla al Capitolio entre palmas, cual nueva Corina, y allí recitó versos ante la entusiasta multitud, que le dió el nombre de la gran poetisa griega. En Italia escribió parte de su admirable poema *Magdalena, Los últimos días de Pompeya* y varias poesías. Viajando por la patria del arte se encontró con Lamartine en un sitio muy poético, en la cascada de Vellino, en Terni. Lamartine se enamoró de ella platónicamente y, al dedicarle algunas líneas en una de sus obras, ha estampado esta frase: «La amé siempre sin pensar en que fuera mujer; la había visto diosa en Terni».

Delfina Gai fué la musa de su época; Saint Beuve, Teófilo Gautier, Paul de Saint Víctor y Julio Janin han trazado retratos suyos de mano maestra.

Cuando Delfina Gai regresó á París obtuvo una ovación tan brillante como la que había obtenido en Italia. El ilustre barón Gros había terminado los frescos del *Panthéon;* pidieron á Delfina que hiciese unos versos alusivos al acontecimiento, y fué á leerlos. El pintor la acompañó hasta una plataforma levantada para el solemne acto de la lectura, y los inspirados acentos de la poetisa francesa resonaron bajo la cúpula del *Panthéon* en medio del más culto auditorio. En 1831, Delfina Gai casó con Emilio Girardin, famoso periodista de París. La vida de la poetisa cambió de faz. A los laureles con que había sido embalsamada su existencia, siguió el industrialismo de su marido, espíritu comercial, hombre audáz y ambicioso, incansable polemista y gran especulador. A pocos años de casada cambió totalmente el estilo de la escritora: en las obras de Mme. Girardin no se encuentra la ternura, la sensibilidad que tenían los versos de mademoiselle Gai.

La sociedad que su marido le formó hízola burlona, satírica y mordáz. Los amigos de Girardin eran hombres mercantiles que solo hablaban de negocios de Bolsa y otras especu-

laciones; el mismo Girardin se hizo esclavo del agio. Delfina no respiraba la atmósfera artística en que había vivido.

Encerrada en un círculo de prosa modificáronse un tanto sus instintos poéticos, aunque no murieron jamás. Para saciarlos dedicóse á la novela, escribiendo: *Lorgnon*, *Le marquis de Pantanges*, *La canne de Balzac* y *Marguerite*. Esta última es una novela llena de verdad, que revela el profundo conocimiento que de su sexo tenía la autora. Forma el interés de esta obra la lucha que sostiene la heroina entre dos amores que dominan su corazón simultáneamente. También escribió para el teatro, y se representaron con éxito sus producciones, especialmente *Cleopatra*, *Ecole des journalistes*, *Judit*, *C'es la faute de mari*, *La joie fait peur* y *Lady Tartufe*, que proporcionó un ruidoso triunfo á la Raquel. Esta célebre trágica intimó con Mme. Girardin y, desde entonces, todas las creaciones de la inspirada poetisa fueron interpretadas por su eminente amiga.

La autora de *Marguerite* escribía en los muchos periódicos que fundó la sorprendente actividad de su marido y, entre estos escritos, lo

que más llamó la atención del público fué una serie de cartas tituladas *Courrier français*, que firmó con el seudónimo de Viscomte Launay. Dichas cartas inspiraron gran curiosidad; en ellas se retrataba á la sociedad elegante, sus costumbres, sus modas, sus caprichos y hasta sus defectos; en ellas se hablaba de todo lo más serio con ligereza, y de todo lo más frívolo con gravedad; tales cartas denotaban el supremo esfuerzo del ingenio. Girardin, que era muy egoista, observó que las cartas de Viscomte Launay absorbían el interés de los lectores del periódico, robando atención á sus artículos, y se esforzó en convencer á Delfina de que no debía escribir, porque el trabajo quebrantaría su salud. Delfina tenía un carácter blando, y cedió; pero los accionistas del periódico reclamaron las cartas del supuesto vizconde, asignando 500 francos á cada una, y Delfina volvió á escribirlas. «La crítica que encerraban, dice uno de los biógrafos de Mme. Girardin, no era maligna, era inocente: criticaba lo mismo la política de los ministros que los sombreros de las damas.»

La célebre escritora se hizo más satírica en los últimos años de su vida, no por dureza de

corazón, sino por no faltar á su costumbre de lucir frases ingeniosas. Hablando de Thiers, dijo que era *mal formado, mal nacido* y *mal educado,* y creyó no haber dicho nada grave.

Preguntáronle una vez por qué no tenían las mujeres asiento en la Academia francesa y, siguiendo instintivamente la inclinación que la impulsaba á *faire des frases*, contestó: «Porque los franceses tienen envidia de las francesas, y no les falta razón: un italiano tiene más talento que una italiana, un inglés más que una inglesa, un ruso más que una rusa; pero una francesa tiene más talento que un francés.»

La bella autora de *Marguerite* era católica sincera; en uno de sus escritos ha dicho: *Hermosa religión la que tiene por lema: ¡Sufrir es merecer!*

Háse deslizado entre las llamas que sus admiradores encendieron en torno suyo, sin quemarse las alas; tuvo el mérito que los antiguos atribuyeron á la salamandra.

¡Virtud admirable en una mujer que vivió sumergida en una doble atmósfera de incienso: entre el incienso quemado en el altar de su genio, y el incienso quemado en el altar de su hermosura!

Lamartine le concedía la majestad de una diosa; Chateaubriand, la sonrisa de un ángel; Beranger los hombros de una Venus; Gautier los acentos melodiosos de un arpa eólica; Francia, la inspiración de una musa; las mujeres no le encontraban más defecto que los pies grandes; pero este defecto es el menor que pueden encontrar las mujeres á una mujer que brilla como brillaba Mme. Girardin.

El amor no tomó en el corazón de Delfina un carácter exaltado: amó á su marido serena y apaciblemente, de un modo suave y tranquilo.

Cuando ya llevaba muchos años de casada, entró un día Girardin en su cuarto conduciendo de la mano á un niño, que apenas sabía andar, y se detuvo con él enfrente de Delfina, sin articular una sílaba; ella miró á los dos, y lo comprendió todo; al comprenderlo, exclamó: «Gracias, por haber tenido confianza en mí; seré su madre.» Este hecho es indudablemente un rasgo de fría grandeza, capaz de promover discusiones entre las mujeres que lo conozcan.

III

Mme. Girardin, como Mme. Recamier, tenía más inteligencia que sensibilidad; ambas eran frías y por eso prolongaron tanto tiempo su juventud.

Pocas mujeres han poseído, cual Julieta Recamier, el secreto de no envejecer. De ella se dijo y con razón: *Los años que pasan sobre su cabeza no le dejan más que las primaveras.*

Mme. Recamier fué una belleza sin ocaso, como lo fueron Livia en Roma, Deidama en Sciros, Policena en Troya, Aspasía en Atenas y en Francia Diana de Poitiers.

La prolongada juventud de Mme. Recamier exasperaba á muchas mujeres.

—Hace treinta años que está siendo hermosa —exclamaban unas.—Debe su belleza á hechicerías—decían otras.—Algún químico árabe ó judío la instruye en secretos de tocador—añadían las más benévolas.

Ya en el terreno de la hipérbole, solo les fal-

taba afirmar que, cual la condesa húngara Elisabeth Nadasdy, sacrificaba esclavas para bañarse en sangre humana, con objeto de conservar su hermosura.

Nada más fecundo que la imaginación de las mujeres para menoscabar la hermosura de la mujer. César recomendaba á sus guerreros, que, al disparar contra los soldados pompeyanos, les apuntaran al rostro: paréceme este consejo táctica femenina.

Lo que más preocupaba generalmente al tratar de Julieta era su edad: cuando querais saber la edad de una mujer, no la pregunteis á otra mujer. A las mujeres les sucede al contar los años de sus *amigas,* lo que á los conquistadores al contar las bajas del ejército enemigo: siempre cuentan de más.

La mujer que tiene aptitud para todas las ciencias, desconoce la cronología, porque ésta mide el tiempo hacia el cual siente horror.

A los que preguntaban por la edad de madame Recamier yo les hubiera contestado: ¿acaso Hebe tiene edad?

Julieta no tuvo que dejar nunca su espejo en el altar de Venus.

Una mujer es joven mientras inspira amor,

y Mme. Recamier inspirólo mientras vivió.

Su figura escultórica tenía la majestad de Hermione: semejaba una diosa que, al bajar del pedestal se desprende el peplo. Su elegancia innata imponía la moda, sus creaciones en el arte de la *toilette* eran preceptos, porque en materia de buen gusto era infalible.

No había en su atavío un pliegue, un encaje ó un lazo, que no se hallara artísticamente combinado. Ticiano y Tintoretto no le aventajaron en acierto para el empleo del claro oscuro. Y esa elegancia de la *toilette* se reflejaba en sus maneras, en su conversación, en su gracioso saludo.

Hábil para manejar el termómetro de la etiqueta, en su salón se fijaron las fórmulas sociales, como en el hotel Brancas y en el hotel Rambouillet. Amante de las artes y las letras, rodeóse siempre de personas inteligentes; penetrar en su salón era adquirir patente de superioridad.

Enamorada de la gloria como la alondra de la luz, concedía deferencias á toda celebridad; así es que entre sus contertulios no hallareis un nombre que no haya sido pronunciado por la fama.

Desde la época del Directorio hasta la restauración de los Borbones, no hubo en Francia ninguna belleza capaz de rivalizar con la suya. Esta mujer, la más hermosa de las mujeres que descollaban por la inteligencia, fué ardientemente amada por espacio de treinta años y, cuando llegó á los cincuenta, todavía estaba ejerciendo imperio en algunos corazones. Juana Francisca Julia Adelaida Bernard de Recamier es una celebridad que ha llenado la mitad de nuestro siglo. Su hermosura y su distinción no hubieran dejado un recuerdo tan indeleble si á estos no se hubiera unido un talento esmeradamente cultivado; la hermosura sólo puede fascinar por breve tiempo, mas los triunfos de la inteligencia son imperecederos. Julieta, como era denominada Mme. Recamier en su círculo íntimo, sabía atraer hacia sí todos los afectos y todas las admiraciones con los brillantes encantos de su espíritu. Su marido, que le doblaba la edad, consagrábale un sentimiento que ha preocupado mucho á los biógrafos de esta famosa mujer, aun cuando no es inverosimil, porque es un sentimiento en el cual se funden la ferviente adoración con el respetuoso entusiasmo, dando por resultado un incon-

mensurable afecto, en que se hallan moderadas las exaltaciones del amante por la más delicada ternura. Mr. Recamier estaba orgulloso de Julieta como lo hubiera estado uno de los Médicis poseyendo la Venus de Milo. Para Recamier era Julieta una preciosa flor que guardaba en estufa, defendiéndola contra auras frías y ardientes brisas. Es verdad que pocos hombres saben amar de este modo, pero tampoco todas las mujeres saben inspirar amores puros. Una mujer superior tiene poder para transformar la pasión más sensual en afecto célico: este es un secreto que no poseen las mujeres vulgares. El corazón del hombre no es tan miserable que deje de propender á la elevación: si algunos hombres se quedan siempre á flor de tierra, es porque no han encontrado una mujer dotada de alas bastante poderosas para hacerles ascender. Perpetuado el tipo de Beatriz, sublimaríanse todos los amores, el lodo quedaría cristalizado.

Julieta sentía un deseo, muy general en nuestro sexo: el insaciable deseo de agradar. No se le ocultaba esto á Recamier; mas fiado en la virtud de su mujer, no le contrariaba tal afición. En una mujer honrada el deseo de agra-

dar es inocente, y así lo comprende su marido, si es hombre de mundo y de clara inteligencia.

¡Hombres, no ofendais nunca á una mujer superior con innobles desconfianzas! No hubo mujer más amada que Mme. Recamier, ni tampoco más fiel observadora de sus deberes.

Mme. Recamier, la más bella y más admirada mujer de su época, era tan bondadosa que, á pesar de la celebridad de su hermosura, no inspiraba odio á las mujeres: sabía hacerse perdonar su belleza. La duquesa de Devonshire decía hablando de ella: *D'abord elle est bonne, ensuite elle est spirituelle, apres cela elle est tres belle.*

Los grandes sucesos políticos que se desenvolvieron en los días en quebrillaba Julieta Recamier no habían extinguido el culto hacia la hermosura; la sociedad francesa estaba dominada por la idolatría de la belleza, que es la más bella de las idolatrías. Por eso no debe extrañar que, cuando Mme. Recamier fué á Saint Roche á pedir para los pobres, se arremolinara la multitud para contemplarla. De la admiración que produjo, los pobres salieron beneficiados, pues en dos horas reunió en su bandeja más de veinte mil francos.

La expresión de su rostro era tan infantil, sus formas tan virginales y su figura tan poética, que semejaba una aparición celestial: agréguese á esto para completar la ilusión, que vestía siempre de blanco.

En los salones de esta célebre mujer, amiga de la reina Hortensia y de la reina Carolina, recitó Delfina Gai sus primeros versos, premiados en la Academia francesa.

IV

Entre el desequilibrio de la hastiada, corrompida é incrédula sociedad del noventa y tres, entre aquellas densas nieblas, entre aquel caos, aparecía Julieta como un ángel de luz.

Fouché, que era muy cínico, acercóse á ella para proponerle una primera plaza en Palacio diciéndola que Napoleón no había encontrado una mujer digna de él, y que, si lograba alcanzar su amor, se dejaría dominar. Las sugestiones de Fouché no tuvieron éxito,

y al ver rechazado al Emperador, lanzó mil denuestos contra los amigos de Julieta, á los cuales acusó de hostilidad á Napoleón. Este se vengó negando á Recamier un millón de francos que había pedido prestado al Erario para los negocios proyectados con España, y tuvo que vender sus tierras y palacio, trasladándose á una casa sumamente modesta. La mayor parte de sus amigos y admiradores fueron fieles á Julieta en su desgracia y, entre las mujeres importantes que trataba, Mme. Staël se declaró la más adicta. En casa de ésta conoció Mme. Recamier al príncipe Augusto de Prusia, sobrino del gran Federico. El príncipe se enamoró de ella, como les sucedía á todos los que llegaban á gozar de su trato encantador. Augusto de Prusia es el héroe de uno de los episodios más transcendentales en la vida de la bella Julieta.

Amándola hasta el delirio, consiguió ser correspondido; propúsola ampararse de la ley, que autorizaba el divorcio, romper su matrimonio y marchar á Alemania para legitimar su pasión. Después de algunas vacilaciones, Julieta se decidió á comunicar á Recamier el atrevido plan, y Recamier le contestó con una

carta muy digna, llena de tristes reflexiones, que le hicieron cambiar de parecer. La abnegación triunfó del amor.

El príncipe no se resignó al abandono de la mujer con la que había soñado un paraíso, y fué tan constante en su amor que, al morir treinta años después, dispuso ser enterrado con una sortija que Julieta le había dado con su promesa matrimonial. Prolongóse notablemente la juventud de Mme. de Recamier, pues ya contaba cuarenta y seis años, cuando un joven de veinte, Ampére, la siguió á Italia, haciendo mil locuras por ella. El hombre á quien más distinguió Mme. Recamier, fué á Chateaubriand: durante tres ó cuatro años, éste le proporcionó algunos disgustos con su fogoso amor, hasta que se moderó en sus manifestaciones, comprendiendo que sólo podía obtener un afecto espiritual. Ligáronse con un sentimiento platónico que les permitía ser felices porque, no existiendo culpa, no podía existir remordimiento.

Mme. Recamier tuvo entre los artistas tantos admiradores como entre los literatos; el célebre escultor Canova hizo de memoria el busto de la bella francesa, mas ésta pareció no

quedar muy satisfecha al ver los rasgos de su fisonomía en el mármol. Ofendióse el gran artista de la fría acogida dispensada á su obra y, como había dado al rostro de Mme. Recamier una expresión angélica, pues con los ojos levantados hacia el cielo y medio cubierta por un velo la cabeza respiraba misticismo, no tuvo más que añadirle una corona de laurel para representar á Beatriz en los momentos en que se apareció á Dante.

Mme. Recamier guardó siempre la fidelidad conyugal, y este mérito, en una mujer que inspiraba tantas pasiones, ha querido destruirlo uno de sus biógrafos, afirmando que tenía la cruel frialdad de una coqueta, con la cual labró la desgracia de muchas mujeres. No debe culparse á Mme. Recamier de las tempestades que se forjaron en torno suyo. Es verdad que desafiaba el peligro, pero también la inocencia juega imprudentemente con él. Otro biógrafo más atrevido añade que el secreto de la virtud de esta mujer lo hubiera encontrado un fisiólogo en su organismo. Los hombres materialistas convierten en enigma la castidad pretendiendo hacer la vivisección de ésta para descifrarlo.

El excepticismo quiso ver defecto físico en lo que era cualidad moral.

¡Cuánto cuesta á los hombres conceder una aureola!

¿Por qué ha de ser tan discutida la virtud de una mujer que brilla?

¿Por qué anhelar que esa virtud no sea perfecta?

El vulgo ve caer con indiferencia la torre que mide poca altura, y se estremece de placer ante el desmoronamiento de la torre que alzaba su cúpula hasta las nubes.

¡Cuán caro suele pagar una mujer sus triunfos y su celebridad!

CAPÍTULO IV

Á LA REPÚBLICA DE NICARAGUA

LAS DOS LAFAYETTE

I

AS mujeres Lafayette han sido dignas de este apellido, que hicieron ilustre en Francia diplomáticos, generales y políticos.

¡Mademoiselle de Lafayette! ¡Madame de Lafayette! He aquí dos encantadoras figuras del siglo XVII.

Mademoiselle de Lafayette tuvo la breve vida del meteoro; fué un astro que brilló un momento en la corte de Luis XIII, extinguiéndose rápidamente en Chaillot.

Madame de Lafayette vive todavía; está en sus obras. A ellas debe la inmortalidad.

Mademoiselle de Lafayette no tiene historia; su vida es un poema compuesto de tres cantos: una mirada, una lágrima y un adiós.

Luisa de Lafayette hallóse ligada á Luis XIII por un afecto platónico. El cardenal Richelieu, queriendo romper los inocentes amores del rey con Mlle. de Hautefort porque la influencia de esta bella joven le era fatal, procuró llamar la atención del misántropo Luis hacia los encantos de Luisa: el débil monarca, que abandonaba unos afectos con la misma facilidad con que creaba otros, cedió, *cual siempre*, á la voluntad del cardenal, y sustituyó á su favorita: mademoiselle de Lafayette reemplazó á mademoiselle de Hautefort.

¿Quién era la postergada?

Una criatura nada vulgar, poética, sentimental y candorosa: al inspirar amor inspiraba veneración.

Su espléndida cabellera tenía el áureo tinte que solo poseen las rubias de Ticiano; sus grandes y rasgados ojos, el azul del cielo andaluz, su rostro, los arreboles del ángel del pudor.

La encantadora joven fué *fille d' honneur* de María de Médicis y *dame d'autours* de Ana de Austria. Luis XIII la vió por primera vez en Lyon, donde se hallaba enfermo y libre del dominio de Richelieu, que combatía en Italia. El melancólico rey, que había sido insensible á las ingeniosas astucias de hábiles coquetas, no pudo serlo á la inocencia de Mlle. de Hautefort. María y Luis se amaron; pero María no fué una querida del rey: amóla el monarca como pudiera haber amado á una vestal.

Las almas sensuales, á las que están vedadas las delicias de los castos amores, no creen en ellos porque son incapaces de sentirlos; mas para las almas puras el amor no es una convulsión de la materia, es un estremecimiento del espíritu. El amor sensual ha querido burlarse del amor platónico sin poderlo conseguir, pues mientras aquél muere asfixiado en sus propios ardores, éste alza su vuelo hasta lo infinito. Yo representaría al amor casto con un pie en la tierra y un ala en el cielo. Quitadle al amor su aspiración á la inmortalidad, y de afecto sublime se convertirá en vulgar pasión. Los amores castos tienen también su luna de miel; hay cierta voluptuosidad del alma en negarle

á la materia lo que pide imperiosamente, hay una noble satisfacción en el triunfo del espíritu, porque este triunfo es la más alta apoteosis de la dignidad humana.

Casado Luis XIII con una mujer, que ni le amó ni supo hacerse amar de él, necesitaba una dulce confidente que ahuyentara la constante tristeza que sufría. Esta tierna amiga la encontró en Mlle. de Hautefort. Ligáronse ambos con un afecto que tenía todas las dulzuras del amor sin sus tempestades, con un afecto que, en vez de manchar, purificaba.

La primera sonrisa de Mlle. de Hautefort iluminó el alma del sombrío rey: sin María no hubiera amanecido jamás en aquel alma.

Mademoiselle de Hautefort no se envaneció con los homenajes que el rey le tributaba; tal modestia desarmó hasta á la misma envidia. La primera galantería que le dedicó el monarca fué en el templo, en presencia de su esposa, la muy altiva Ana de Austria, y en presencia de toda la corte.

María de Hautefort se hallaba sentada en el suelo, cual todas las damas de la reina, oyendo un sermón; el rey tomó el almohadón de terciopelo destinado para arrodillarse y se lo

envió. La joven quedó tan turbada con esta deferencia, que bajó la vista negándose á tomarlo, hasta que la reina cortó su confusión indicándole que lo recibiera: lo aceptó, pero no hizo uso de él. Este rasgo de humildad encantó á todos los cortesanos.

Ana de Austria, que no tuvo celos del rey porque le era indiferente, se divertió mucho con aquellos amores que apellidaba infantiles. Un día, al terminar su *toilette* ayudada de Mlle. Hautefort, entró el rey en el cuarto-tocador, y se puso á bromear con las dos, queriendo quitarle á María una carta que asomaba en su bolsillo. María quiso esconderla porque era de una amiga íntima que le dirigía algunas indirectas respecto al favor de que gozaba en la corte; insistió el rey en apoderarse de la carta y ella en defenderla, hasta que, como último recurso, le ocurrió ocultarla en el pecho, cosa muy fácil porque su vestido era escotado. La reina, que estaba de buen humor, sujetó las manos de María y le dijo al rey: *cójesela;* el rostro de la joven se encendió de rubor, sus ojos dirigieron al monarca una mirada suplicante y, al verla éste, tomó unas tenacillas de plata que estaban sobre

la chimenea y las introdujo en el seno de María para apoderarse del papel sin que sus dedos tocaran la nívea epidermis. La carta había caido muy abajo. María pidió piedad al monarca, el cual renunció á su capricho. La reina soltó las manos de su dama y la dejó partir, mientras se reía de la timidez de su marido y de las angustias de Mlle. de Hautefort.

Este rasgo honra á Luis XIII como amante y como rey.

El amor de María de Hautefort hacia el rey, ardió sin humo: cual el aloé fué un amor honrado. María amó á Luis XIII con la misma pureza con que le amó Luisa de Lafayette.

La mayor parte de los amores de Luis XIII fueron tan platónicos, que no vacilo en denominarle *el rey de los castos amores*. Más que almas ardientes, necesitaba almas tiernas, amigas íntimas, no queridas.

II

Mademoiselle de Lafayette, que no estaba dotada de extraordinaria hermosura, pues su

mérito era la gracia, no carecía en absoluto de regularidad de facciones, y pudo hacer buen papel á pesar de ser morena, en la época que se denominó *el reinado de las rubias*, por hallarse á la moda los áureos cabellos. El rey la quería por su lealtad; entre las amadas de los reyes pocas son las que se han hallado desprovistas de vanidad ó ambición, pocas las que han amado al hombre en el rey. Tres mujeres ocuparon un buen lugar en el corazón de Luis XIV: madame de Montespan, madame de Maintenon y Luisa de La Valliére; de estas tres, sólo Luisa de La Valliére le amó con vehemencia: las otras dos tenían más talento que corazón. Luisa de Lafayette como Luisa de La Valliére, ofrece el ejemplo de un amor perfecto, desinteresado. Modestas ambas, sonrojábanse de los homenajes debidos á la munificencia real. Hablando madame de Sevigné de mademoiselle de La Valliére, cuando la hicieron duquesa, se expresa en estos términos: *Esa tímida y simpática joven está avergonzada de ser favorita, de ser madre y de ser duquesa.*

El destino de Luisa de Lafayette tiene alguna semejanza con el de Luisa de La Valliére; las dos vieron un cetro á sus pies, las dos fue-

ron olvidadas por sus regios amantes, las dos trocaron las inquietudes de sus agitadas existencias por el reposo de la vida monástica. Cuando Luisa de La Valliére, asaltada por los remordimientos, se refugió en el claustro, Luis XIV, indignado, quiso destruir el convento, y fué personalmente á sacarla de allí; más tarde, al repetirse el mismo caso, envió un emisario. Después la dejó entrar.

Cuando Luisa de Lafayette habló á Luis XIII por vez primera de retirarse al convento de la Visitación, el rey, fuera de sí, dijo quería hacerse monje; á la segunda vez contestóle que no quería luchar contra Dios.

¡Ofensiva resignación para una mujer amante, por muy piadosa que esta mujer sea!

Luisa de Lafayette sepultóse en un convento cuando aún tenía alas; Luisa de La Valliére encerróse en el claustro cuando ya las había perdido. Mademoiselle de La Valliére entró en él para expiar una culpa: Mademoiselle de Lafayette por no cometerla.

Luisa de La Valliére es una rosa deshojada; Luisa de Lafayette es una flor en capullo que desaparece del invernadero social sin abrir su broche.

El ataúd de Luisa de Lafayette tuvo una palma y una corona de azahares; el féretro de Luisa de La Valliére sólo tuvo una corona ducal.

Mas volvamos á Luis XIII. El monarca que tenía gran confianza en la discreción y en la reserva de mademoiselle de Lafayette, pues no desconocía su sincero afecto, expansiábase con ésta acerca del dominio que hacía pesar sobre él Richelieu. Luis XIII nunca quiso al cardenal: le temió. *L'homme rouge,* como es denominado por algunos historiadores, equivocóse, á pesar de su proverbial astucia, al buscarle á mademoiselle de Lafayette el favoritismo de que gozó, pues ésta, más que una aliada del cardenal, fué una enemiga.

Madame de Moteville opina que Luisa despertó el odio hacia Richelieu en el corazón del rey. Mademoiselle de Lafayette pensaba que aquel estaba deshonrado al dejarse avasallar por el cardenal y, como quería verdaderamente á su regio amante, no podía ver con indiferencia el dominio que sobre él ejercía el más intrigante de los palaciegos.

Richelieu luchó en vano por ganarse la amistad de la favorita del rey; ella tuvo más firme-

za que todos los cortesanos, pues éstos le referían al cardenal cuanto Luis XIII decia contra él.

En momentos de peligro, Luisa demostró un valor moral por el que no brilló ninguno de los aduladores del monarca.

El enorme hastío que abrumaba la existencia del platónico amante de Luisa, disipábalo ésta, y por tal motivo hízose la graciosa joven necesaria á su existencia. Los tiernos lazos entre Mlle. de Lafayette y Luis, que sólo duraron dos años y medio, hubiéranse prolongado más tiempo á no sentir Luis XIII una fogosa exaltación que alarmó la virtud de Luisa. El casto, el tímido, el delicado amante que había satisfecho su pasión con sonrisas y miradas, atrevióse á proponer una cita á su amada en el palacio de Versalles, solitario á la sazón por hallarse la corte en París. La virtuosa joven, que desde algún tiempo presentía este desenlace, contestóle que había resuelto hacerse religiosa. Tan súbita vocación desconcertó al ilustre amante, el cual llamó á diferentes obispos para que averiguasen si era sincera. Luisa perseveró en la idea de encerrarse en el claustro.

La despedida entre los amantes se verificó en el castillo de Saint Germain. Emocionóse el monarca hasta verter lágrimas, perdiendo la serenidad que había tenido al decirla *que no quería luchar contra Dios;* mas la firmeza de la honrada joven no se quebrantó ante el dolor de su amante.

La casta Luisa de Lafayette, encanto de los salones del Louvre, renunció á los placeres de la corte desapareciendo de ella y cambiando su nombre por el de Sor Angélica. La que fué después superiora de Chaillot entabló una correspondencia epistolar con el rey, en la cual jamás se escribió *la criminal* palabra, la palabra amor. Esta correspondencia inquietaba á Richelieu, el cual consiguió leerla sobornando al portador, al frágil Boisenval. Interceptando algunas cartas y valiéndose de distintos ardides, realizó su deseo de enfriar esta amistad noble y pura, que no se manchó nunca ni en la corte ni en el claustro.

Luisa de Lafayette murió en Chaillot, en el convento de la Visitación, en 1664, contando cincuenta años de edad.

III

Algunos años sobrevivió á Mlle. de Lafayette la distinguida literata Magdalena Pioche de La Vergne, esposa del conde de Lafayette, hermano de la virtuosa Luisa.

La condesa de Lafayette con madame de Maintenon y madame Sevigné, forma la gala literaria de ese brillante siglo que vió nacer á Moliére y Racine. Boileau creía que la condesa de Lafayette era *la femme de France qui avait le plus d'esprit et qui écrivait le mieux.*

Su padre, hombre de talento, dióla por preceptores á los eruditos Ménage y Rapin, que la enseñaron literatura francesa é italiana y que la hicieron conocer el latín.

Madame de Sevigné atribuía á la condesa de Lafayette una *divine raison*, que realmente no le faltó jamás: el entendimiento de madame de Sevigné era tan brillante como sólido el de la condesa de Lafayette. Las dos amigas inse-

parables, que tanto brillaron en la corte de Luis XIV, demostraron que pueden mirarse frente á frente dos celebridades femeninas, sin que sus ojos fulguren rayos destructores.

El alma de madame de Lafayette estaba templada para los afectos suaves y tranquilos; de ahí su culto por la amistad, de ahí los estrechos lazos entre ella y La Rochefoucauld. El trato de la escritora moderó algún tanto el pesimismo del austero moralista, autor de las *Máximas*. Por eso decía ella con más ternura que jactancia: *La Rochefoucauld m'a donné de l'esprit, mais j'ai reformé son cœur*. El excéptico La Rochefoucauld afirmaba, antes de conocer á madame de Lafayette, que no había encontrado el amor más que en las novelas; es seguro que después de conocerla rectificó. Tratando antes á madame de Lafayette, no hubiera lanzado á los vientos de la publicidad, como aforismo infalible, la siguiente frase: *L'esprit de la plupart des femmes sert plus á fortifier leur folie que leur raison*. Amor ó amistad, el lazo que unió á estos dos séres superiores fué un lazo encantador que les prestó inspiración á los dos, como sucedió con la marquesa de Chatellet y Voltaire. En el período ál-

gido de este afecto escribieron juntos *La Princesse de Clèves*, para cuya obra dió La Rochefoucauld el contingente de su experiencia, de su profundo conocimiento del mundo, y á la cual prestó la elegante escritora las poéticas bellezas soñadas por su fantasía, su buen gusto, su elegante estilo y su delicado sentimentalismo.

El prisma al través del cual juzgaba los hombres y los hechos el caballero de la Fronda, cambiólo con su amistad madame de Lafayette.

Dos nombres ilustres aparecen indeleblemente grabados en el corazón de la atildada escritora: el de La Rochefoucauld y el de Enriqueta de Inglaterra. Esta princesa la distinguió extraordinariamente, haciéndola su favorita. Habíala conocido en el convento Chaillot, al visitar á Luisa de Lafayette; cuando la joven princesa salió de este retiro para casarse con el duque de Orleans, hermano de Luis XIV, continuó tratando á su amiga con la misma familiaridad.

Madame de Lafayette ha escrito un magnífico libro titulado: *Histoire de madame Henriette d'Angleterre*, en el cual presenta á esta bella princesa adornada de los mayores encantos en páginas muy brillantes. Respecto

del envenenamiento de la princesa que algunos atribuyen á su marido, Felipe de Orleans, no hace la más leve mención y más bien se desprende de su relato que la princesa tuvo muerte natural. Enriqueta de Inglaterra murió en los brazos de su apasionada amiga.

Pudo escribir ésta las más auténticas memorias, porque la princesa le revelaba todos los secretos de la corte.

Madame de Lafayette reformó la novela; dióle un carácter real que no tenía, conciliando el idealismo con la verdad de la vida práctica. Su estilo conciso posee elegancia y vigor; sus cartas á madame de Sevigné constan de cuatro ó seis líneas cada una; tenía tanto horror al estilo epistolar que llegó á decir, hablando de las cartas de los amantes, que si alguno la hubiera exigido que le escribiera todos los días extensas cartas, le hubiera abandonado. Sus principales obras son: *Histoire de madame Henriette d'Angleterre, Zaide, La Princesse de Montpensier, la Princesse de Cléves* y *Mémoires de la Cour de France*.

La condesa de Lafayette ha tenido entre sus apologistas á madame de Sevigné, Segrais y Lafontaine.

CAPÍTULO V

Á LA REPÚBLICA DEL SALVADOR

LAS MUJERES DE ESPARTA

Y LAS MUJERES DE ATENAS

I

La raza jónica y la raza dórica, eternas antagonistas que alteraban constantemente la paz en la hermosa península helénica disputándo e la hegemonía, legaron sus costumbres á los pobladores de la brillante Atenas y de la austera Esparta. Los atenienses, como verdaderos jonios, amaron las artes y las letras; los espartanos, dóri-

cos ante todo, fueron belicosos sin dejar de ser tradicionalistas.

Atenas se convirtió en Academia de Grecia; Esparta en su armería: transformada ésta en campamento y aquélla en liceo, era natural que la primera produjese oradores y poetas, y la segunda soldados.

Con razón ha sido denominada la ciudad de Minerva cerebro de Grecia y hasta del mundo antiguo. Atenas fué el emporio de la inteligencia, la hija de Cécrope, reconstruída por Temístocles y hermoseada por Perícles. Es el afortunado pueblo que poseyó huellas inmortales del cincel de Fidias; el que guardó el eco de la palabra demostina; el que vió nacer á la trajedia en su teatro, producida por la robusta inspiración de Sófocles, Esquilo y Eurípides; el que pudo enorgullecerse de ser cuna de Arístides; el que dió vida á la historia con las páginas de Herodoto; el que propagó los sabios consejos de Sócrates y Anaxágoras, y donde el astrónomo Meton arrancaba á los astros sus secretos, mientras Hipócrates los arrancaba al organismo humano.

En la hermosa ciudad en donde se formaban espléndidas pinacotecas con los lienzos de

Apolodoro y Polignoto, y en donde Panémos decoró el Poecilo (1), no se daba un paso sin encontrar un monumento; así es que su glorioso renombre, su esplendor, su brillo lo debió, más que á su importancia marítima, al entusiasta culto que rindió á las artes y las letras.

La espléndida ciudad mereció estos versos de Lísipo:

Quien no desea ver á Atenas
es un insensato; lo es igualmente
quien la ve y no la admira;
pero es más insensato aún
quien, después de haberla visto
y admirado, la abandona.

Los gustos de Atenas y de Esparta fueron muy divergentes; mientras las leyes de Solón daban vuelo á la fantasía, permitiendo todas las innovaciones y haciendo del eclecticismo el cánon de las ciencias y las artes; las leyes de Licurgo, rindiendo culto al ayer y basándose en la razón fría que corta las alas á la imaginación, tendían á la preponderancia de la materia sobre el espíritu. Queriendo ser la raza dórica una raza atlética, constituyó su digni-

(1) Pórtico en donde estaban reunidas las más raras obras de arte.

dad en la fuerza, su inteligencia en la espada, su moral en la política. Al niño diósele por cuna el broquel, por arrullo el clarín, por juguete la lanza.

Hase concedido gran admiración á las costumbres de Esparta y, sin embargo, la reina del Peloponeso, que puede vanagloriarse de haber guardado quinientos años su constitución, pues, conservadora como toda la raza dórica, estimaba en más la estabilidad de sus leyes que el mejoramiento de ellas, no podrá nunca enorgullecerse de su moralidad.

La aristocrática rival de Atenas otorgó toda la supremacía á la educación civil sobre la educación moral. Allí donde la individualidad del ciudadano era sacrificada al Estado, donde el amor de la mujer y el cuidado de los hijos estaban regularizados por las leyes, no podía existir la familia, base de toda sociedad moralmente organizada.

Licurgo supo formar campamentos, mas no hogares; por eso no es extraño que al querer dar á la mujer la misma educación física que al hombre, no sólo le hiciera perder las dulces gracias de su sexo, sino lo que es más transcendental, las bellas virtudes que le son propias.

Educada como el hombre, tenía que poseer como éste cualidades viriles; así es que el famoso legislador hizo de la mujer un virago. Por eso cuando Pirro atacó á la ciudad, le dijo Mandricida: «Si eres un dios no debemos temerte, porque no te hemos ofendido; si eres un hombre, en nosotras hallarás quienes lo son más que tú».

Habíase decretado que, mientras estuviera sitiada Esparta, se retiraran las mujeres; pero ellas contestaron: Estamos resueltas á morir ó vencer con vosotros; nos insultais creyendo que somos bastante cobardes para sobrevivir á la patria.

Para evitar las exaltaciones de la imaginación de los jóvenes acerca de los encantos femeninos, ordenó Licurgo que las mujeres aparecieran en el gimnasio medio desnudas, de modo que al querer matar en el hombre los deseos sensuales, mató en la mujer el pudor.

En Esparta se adaptaron las costumbres á las leyes; en Atenas, las leyes á las costumbres. En Esparta se aprendía á despreciar la muerte; en Atenas á disfrutar de la vida; los espartanos querían morir por la patria; los atenienses vivir para ella. Por eso las costumbres eran en Atenas mucho más humanas que en

Esparta, y las mujeres de aquélla más tiernas que las de ésta.

Habiendo adoptado las mujeres espartanas las mismas costumbres que el hombre, lanzándose á la arena y ejercitándose en el pugilato, llegaron á adquirir notable rudeza. Las espartanas disparaban un dardo como sus maridos y, cual ellos, enorgullecíanse de su insensibilidad. Un espartano, queriendo elogiar á sus compatriotas, dijo á un extranjero:

—*Nuestras mujeres no tienen debilidades de madre.*

¿Cómo podían tener las espartanas debilidades maternales si no conocían la ternura?

La madre en Esparta, antes que madre, era ciudadana; impulsaba á su hijo al combate y si éste era cobarde ó traidor, le delataba, convirtiéndose en su verdugo.

Erigido el patriotismo en primera virtud, se extravió la naturaleza; por eso la mujer espartana pudo decir á su hijo, al entregarle el escudo: «*Vuelve con él ó sobre él;*» por eso pudo rechazarle cuando, fugitivo de una batalla, quería refugiarse en sus brazos, exclamando enérgicamente: «*Aléjate de mi lado, el Eurotas no corre para los siervos.*»

Participáron á una espartana que su hijo estaba defendiendo un sitio muy peligroso, y contestó: «*Que muera: su hermano le reemplazará*».

Otra salió al encuentro de un correo y le interrogó:

—¿Qué noticias traes?

—Tus cinco hijos han perecido.

—No te pregunto eso: ¿ha vencido la patria?

—Sí.

—¡Corramos á dar gracias á los dioses!

Después de haber triunfado Pausanias en muchos combates, después de haber sido el héroe de Platea, se envaneció por las victorias alcanzadas contra los persas en el Asia menor y quiso tiranizar á su patria; perseguido por el pueblo, tuvo que refugiarse en el templo de Neptuno y, cuando sus enemigos corrieron á tapiar el templo, su madre llevó la primera piedra, diciendo que no quería reconocer por hijo á quien era traidor á la patria. El desdichado general murió de hambre, emparedado en el templo, gracias al patriotismo de su madre.

¡Tales eran las salvajes virtudes espartanas! ¿Os parecen dignas de elogio?

¿Cómo no había de sofocar en Esparta la ley al sentimiento maternal, que es el más grande y más noble de todos los amores, si al niño que nacía canijo se le daba muerte precipitándole desde el Taigeto?

La mujer espartana fué procreadora, mas no madre, á pesar de que alardeaba de serlo, pues cuando preguntaron á la viuda de Leónidas á qué se debía el poder que ejercían sobre los hombres, contestó: «A que solo nosotras sabemos educar hombres».

Licurgo abolió la familia, sacrificándola en aras de su política.

II

Respecto á la decantada moralidad de Esparta, detengámonos un momento á analizarla: Licurgo instituyó las gymnopedias, fiestas en honor de Apolo y Baco, en las que se presentaban los hombres desnudos; las jóvenes no velaban sus encantos; y esto es tan cierto,

que en una composición de Sófocles se encuentran los versos siguientes:

A la joven Hermione la envuelve
túnica sin estola desceñida
que el ebúrneo muslo deja fuera.

Durante la guerra, con objeto de que no se disminuyera la población, enviaba el Senado orden al ejército para que volviesen á Esparta los jóvenes que aún no habían prestado juramento y fecundasen á las mujeres de los combatientes.

El rey Arquidamo fué castigado por haberse casado con una mujer de contextura raquítica.

Anaxandrias repudió á su esposa para tener hijos de otra; Timea, mujer de Agis, se enamoró de Alcibiades, y mientras Agis se hallaba en el campamento , se entregó al hermoso ateniense; Quelidónida, mujer de Cleónimo, se fugó con Acrótato; las espartanas le envidiaban la dicha de tener por amante á tan gran héroe y hasta los ancianos decían á Acrótato: «*Gózate con tu Quelidónea, para que des á la patria hijos iguales á tí*».

La compasión, tierna virtud cristiana, estaba proscripta en Esparta, pues era deshonroso el dolor; mas al querer Licurgo, lo mismo que

Agesilao, que las espartanas fueran insensibles, no lograron asegurar su virtud; si fueron insensibles al dolor, no lo fueron á la voluptuosidad.

La mayor prueba de que no abrigaban los espartanos gran confianza en la virtud de sus mujeres es que los éforos tenían, entre otros cargos, la misión de velar por la continencia de las reinas.

Las espartanas fueron frágiles, á pesar de su insensibilidad. Helena, la célebre esposa de Menelao, dió origen á la guerra de Troya con su adúltero amor á Páris; al ir Agamenón á esta guerra deja á un músico el encargo de protejer con los encantos de la armonía la virtud de Clitemnestra; pero aparece Egisto, se enamora de ella, mata al ángel custodio de aquella difícil castidad, y cuando vuelve Agamenón de la guerra es asesinado por los amantes. ¡Inocente Agamenón! ¿No comprendía que la mujer que necesita un guardián de su honra puede muy bien perderla con el guardián?

Objetarán los defensores de las virtudes lacedemónicas que, al ser deshonradas algunas doncellas espartanas por los mesenios, se dieron la muerte; mas ¿puede asegurarse que las impulsara el sentimiento del honor?

Ese sentimiento sólo se alimenta en las sociedades cultas, no en los pueblos rudos en donde la mujer, considerada en poco, carece de la estimación de sí misma. También las doncellas milesias, siete vírgenes suicidas á las que elogia San Jerónimo y reprueba San Agustín, se dieron la muerte por huir del ultraje de los impúdicos gálatas, tal vez más por orgullo que por virtud.

Siendo Mesenia y Esparta dos pueblos rivales, es de suponer que las espartanas se dieron la muerte por considerarse ultrajadas, no en su pudor, sino en su patriotismo. ¿Qué mérito podía tener en Esparta el desprecio á la muerte cuando la vida era tan despreciable? Domadora de hombres apellidaba á esta ciudad el poeta Simónides.

Los espartanos sólo se engalanaban con vistosos trajes cuando iban al combate; de modo que su existencia no era más que una preparación para la guerra. ¿Cómo no hallarse familiarizados con la muerte cuando á todo vencido se le quitaba la vida?

Podía ser heróica en Atenas la indiferencia hacia la muerte, en Atenas, la ciudad de los placeres y de la gloria; pero no en Esparta, pue-

blo selvático y feróz regido con cetro de hierro.

En Atenas tuvo más preponderancia la familia que en Esparta. Las mujeres de Esparta fueron valientes, las de Atenas cultas: aquéllas partieron los trofeos con sus guerreros; éstas partieron los laureles del arte con sus artistas.

En Atenas, la mayor parte de las mujeres eran madres; en Esparta, la mayor parte de las mujeres, viragos.

La mujer ateniense era tan culta, como varonil la espartana.

¿Qué fué de Esparta y Atenas?

La ciudad de Minerva desmoronóse enervada por su amor al lujo y á los placeres; la ciudad de Cleta desapareció después de las derrotas de Pilos, de Cíteres y de Leuctra porque, perdida su fuerza militar, no le quedaba otra.

La severa, la indomable, la estóica Esparta cayó cual la sibarítica, la epicúrea, la artística Atenas; mas la ciudad de Pericles, nos dejó el recuerdo de su aticismo y la ciudad de Leónidas el de su rudeza.

No hubo más moralidad en las mujeres de Esparta que en las de Atenas; pero en las atenienses el sentimiento de la maternidad no fué sofocado como en las espartanas.

CAPÍTULO VI

AL EXCMO. SEÑOR DON MANUEL GONZÁLEZ

EXPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE MÉXICO

ISABEL DE INGLATERRA

Y CATALINA DE MÉDICIS

I

He aquí dos brillantes personalidades políticas del siglo XVI, dos talentos colosales, dos seres nacidos para la intriga, dos grandes mujeres dotadas de sentimientos viriles. En Isabel y Catalina, encontrareis al estadista, al diplomático, al guerrero; pero no busqueis á la mujer; ambas carecen de ternura ó, lo que es lo mismo, de fisonomía femenina moral.

El destino les reservó una suerte semejante, pues tanto la hija de Enrique VIII de Inglaterra, como la de Lorenzo el Magnífico, tuvieron en su glorioso reinado grandes perturbaciones por los combates entre católicos y protestantes. Las luchas religiosas vienen siendo, desde la antigüedad, las más encarnizadas, las más difíciles de apaciguar.

¿Cómo se sostuvieron en tan peligrosa situación las dos reinas? Mientras les fué posible, guardando equilibrio de astucia entre protestantes y católicos; cuando ya no pudieron sostenerse, encarcelando á unos y alejando á otros del suelo patrio. Isabel y Catalina tenían excelentes condiciones para reinar, poseían serenidad de espíritu y frialdad de carácter; antes que mujeres eran reinas.

Manifestándole en cierta ocasión un ilustre prelado á Isabel de Inglaterra que había procedido en sus determinaciones más como política que como cristiana, le contestó: *Observo que habeis leido todos los libros de la Sagrada Escritura menos el de los reyes.*

Las crueldades practicadas por Isabel y Catalina tuvieron resonancia; el papa Sixto V, que admiraba el talento de Isabel, pues según

su frase, considerábala digna de ser madre de un nuevo Alejandro, se vió precisado á excomulgarla: tantas arbitrariedades había cometido con los católicos porque entorpecían el desenvolvimiento de sus ambiciosos planes. En Isabel, la crueldad era hereditaria; su padre, que fué casado seis veces, repudió á dos de sus mujeres y mandó decapitar á otras dos; su hermana María Tudor, denominada la *Sanguinaria*, hizo cortar la cabeza á Juana Gray, que contaba diez y siete años de edad.

Siniestra celebridad envuelven los nombres de Isabel y Catalina; pero valieron tanto intelectualmente que, á pesar de haber cometido grandes crímenes, la historia no les niega su elogio imparcial. Isabel de Inglaterra firmó la sentencia de muerte de María Stuart, Catalina de Médicis es responsable de los asesinatos cometidos en París en la noche de San Bartolomé.

II

Las especiales circunstancias que rodearon la infancia de Isabel influyeron en su ser mo-

ral. Durante el reinado de su hermana María, que duró cinco años, la hija de la hermosa Ana Bolena permaneció prisionera, ya en la torre de Londres, ya en diversos castillos. En su forzosa reclusión adquirió amor al estudio y aquel duro carácter que no se pudo suavizar jamás.

En 1558 fué llamada al trono, cuando contaba 25 años de edad. El pueblo inglés aceptó con entusiasmo el nuevo reinado, esperando que pondría fin á las persecuciones religiosas y á las sangrientas ejecuciones. Isabel tenía resuelto el restablecimiento del protestantismo, pero envió á la Santa Sede un mensaje de adhesión y respeto, primer rasgo de su alta diplomacia, con el cual halagó á la nobleza católica de Inglaterra. Al poco tiempo las leyes religiosas de la época de María Tudor, fueron sustituídas por algunas leyes del reinado de Enrique VIII: en esta sustitución no hubo derramamiento de sangre.

Entre los numerosos pretendientes á la mano de Isabel figuró su cuñado Felipe II, al que no hubieran visto con gusto los ingleses; pero la reina insistió tenazmente en el celibato, como Cristina de Suecia. Cuando, al tratarse

de otro pretendiente, el Parlamento quiso obligarla á contraer matrimonio, contestó que quería se escribiese en su tumba *Aquí reposa Isabel, que vivió y murió reina y virgen*. Puede afirmarse lo primero; mas respecto á lo segundo surgen muchas dudas. Su oposición al matrimonio tenía por origen, no sólo la independencia de carácter, sino el orgullo. No quería dividir con nadie el poder ni la gloria de su reinádo. En Isabel todo fué grande, hasta su ambición. Esta le hizo favorecer los motines de Escocia por la Reforma, alcanzando en aquel reino una influencia extraordinaria, que debía servirle de mucho para más tarde: Isabel sabía esperar.

Sin poseer los méritos por que se distingue el sexo tierno, no careció de un defecto esencialmente femenino: la vanidad de la belleza. Aquella mujer tan superior, tan indiferente á todas las puerilidades, era, sin embargo, muy sensible al elogio tributado á su hermosura. Débese á la rivalidad de mujeresel penoso cautiverio á que fué condenada por espacio de 19 años la interesante hija de los *Estuardos*. Molestándole los fulgores de la hermosura de su prima, procuró eclipsarlos sumiéndola en una

prisión. Los sucesos se encargaron de facilitarle un pretexto para deshacerse de su rival: atribuíanse las agitaciones políticas de Inglaterra á las intrigas de España suscitadas por María Stuart, lo mismo que las escaramuzas de los católicos, y esto fué bastante para que Isabel la enviara al suplicio. ¡Imperdonable crueldad que obscurece el brillo de sus glorias! Tras la muerte de María Stuart empezaron las luchas de Isabel con Felipe II. Los dos aspiraban á dominar el mundo; ambos fueron causa de las perturbaciones europeas y causa de que perdiera España la famosa *Armada Invencible*.

El espíritu económico de Isabel ha sido ensalzado por unos y censurado por otros; á propósito de sus economías se refiere lo siguiente: un israelita le llevó una magnífica perla valuada en 20.000 libras esterlinas: Isabel no quiso comprarla; mas, teniendo noticia de ello un rico comerciante inglés, adquirió la perla inmediatamente, la pulverizó en presencia del israelita, sumergió los restos en una copa de vino y, después de beberlo, exclamó: *Publicad que la reina de Inglaterra puede dar* 20.000 *libras por una perla, ya que tiene súbditos que la beben á su salud.*

Es indudable que Isabel fué muy amada de su pueblo pues, sabiendo los ingleses que tenía especial empeño en denominarse reina virgen, cuando descubrieron en la India una isla importante, pusiéronle por nombre *Virginia*, en recuerdo de la virginidad de su soberana, virginidad que no era para ellos artículo de fe. Isabel de Inglaterra está considerada como elegante escritora: tradujo á Eurípides, Horacio, Isócrates y Platón. Esta mujer filósofo, economista y rey, sobre todo rey, que asombraba á los eruditos con la variedad de sus conocimientos, dió gran impulso al progreso, Por esto la veneran los ingleses, como los rusos á *Catalina la Grande, la Semíramis del Norte*. Una y otra fueron déspotas y cometieron muchos errores; pero supieron engrandecer á la patria, conocían el arte de reinar y sobrepujaron á todos los monarcas en audacia, energía, habilidad, disimulo y penetración.

La erudita reina de Inglaterra tuvo en su reinado poetas de la talla de Shakspeare, filósofos de la de Spencer, marinos de la de Drake, ministros de la de Cecil y Walsingham. En aquella época sólo Inglaterra pudo sustraerse al dominio que ejercía España en todas las naciones.

Al morir Isabel, sucedióla en el trono Jacobo de Escocia, hijo de la desgraciada María Stuart.

III

Culta, como Isabel de Inglaterra, era Catalina de Médicis; protegió las Bellas Artes y las Letras, que tanto explendor dan á los pueblos; y, cual la reina de Inglaterra, escribió obras literarias. El nombre de Médicis es glorioso en la historia, porque todos los que lo han llevado le han dado explendor. Tres Papas notables se cuentan entre los Médicis; Clemente VII, León X, y León XI. El fausto y la magnificencia fueron el distintivo de esos egregios florentinos, entre los que descuellan Julio, Lorenzo, Cosme, Pedro y Francisco. Sus nombres van unidos á los de artistas tan inmortales como Miguel Angel, Rafael Rubens y Vasari. La obra maestra de Miguel Angel, es el mausoleo erigido en Florencia á esa ilustre familia. No ha

producido el ingenio humano nada tan maravilloso en arquitectura, después del Parthenon, como la tumba de Julio y Lorenzo de Médicis, obra de ese genio extraordinario á quien llamaron *cuatro almas*. En una de las tumbas se halla la famosa estatua de la *Noche*, al pie de la que escribió un poeta italiano estos versos:

La notte che tu vedi in si dolci atti
dormire, fu da un angelo scolpita
in questo sasso; e perche dorme, ha vita.
destala se nol credi, e parlera ti.

El buen gusto de las princesas Médicis se revela en las Tullerías y en el Luxemburgo, obras dirigidas por Catalina y María. Catalina introdujo el renacimiento artístico en Francia; los artistas fueron ingratos con ella colocando en la cabeza de Diana de Poitiers el nimbo de luz que merecía la princesa florentina. Pero enaltecerá la duquesa de Valentinois era obtener el favor del rey, porque Enrique II estaba hechizado por aquella mujer que, aunque hermosa, tenía veinticinco años más que él. La reina era bella, inteligente y joven; mas, á pesar de estos méritos, nunca pudo influir en su marido cual la favorita.

Apasionada Diana de la diosa que lleva su

nombre, gustaba de la caza, la equitación y los torneos, engalanábase con la media luna y todos los atributos de la diosa, tratando de semejarse á ella en todo, menos en la castidad. Los artistas multiplicaban en actitudes diversas el tipo mitológico con las facciones de la duquesa; la mirada del rey encontraba tan estrechamente enlazadas por todas partes á la Diana mítica y á la Diana real, que formaron una sola en su pensamiento; para él la duquesa de Valentinois era la diosa. ¡Cuánto debió sufrir el amor propio de Catalina! Temiendo escándalos mayores, devoraba en silencio sus amarguras, y la Corte veía con asombro una amistad tan estrecha como monstruosa entre aquellas dos mujeres. Sesenta años contaba la favorita y todavía cautivaba al débil Enrique II. Es verdad que la belleza de Diana sobrevivió á su edad, y pudo decirse de ella lo que dijo Platón de Arqueanasa: *el amor anida aun en sus arrugas*. Su prolongada juventud fué tan sorprendente, que un artista la representó con el símbolo del tiempo encadenado á sus pies y esta divisa: *Omnium victoren vici;* vencí al vencedor de todos.

Catalina era una reina que no reinaba; hu-

millada como esposa, como madre y como soberana, sus partidarios veían con lástima los sufrimientos de la sobrina de Clemente VII, velados por su prudencia y discreción.

Cuando la muerte del rey parecía dejarla completamente dueña del cetro (1), empezaron sus luchas con Montmorency, Guise y Sain-André, trinidad que, bajo el pretexto de proteger la religión, encendió la guerra civil. Exaltado el partido católico, Catalina vió que la tempestad no tardaría en llegar y, para conjurarla, hizo consagrar á su hijo en Reims mientras daba á los protestantes un edicto que les permitía la libertad de su culto. Esta táctica de Catalina es semejante á la de Isabel de Inglaterra. Siendo tantos sus enemigos, tenía que aguzar el ingenio para buscar partidarios; así es que procuró que sus ciento cincuenta damas de honor tuvieran méritos: ese escuadrón de la belleza era su mejor arsenal; en él tenía armas defensivas y ofensivas. A la princesa de los Ursinos estorbábanle las damas de palacio; Catalina las necesitaba. Sabido es que, cuando la princesa de los Ursinos suprimió las Meninas de la Reina, Mme. de Maintenon

(1) Enrique II murió en un torneo.

dijo á la princesa: *Os felicito porque ya no tendreis que gobernar á trescientas mujeres.*

Después del espantoso drama de la noche de San Bartolomé, Catalina acarició la idea de casar á su hijo Francisco de Alenzón con Isabel de Inglaterra para inspirar confianza á los pocos protestantes que quedaban; pero Isabel era incasable.

Antes de morir la enemiga de Coligny, (1589), tuvo la satisfación de ver en el trono de Francia á su hijo predilecto, á Enrique III. Isabel y Catalina murieron á la misma edad, á los setenta años. Las dos tenían por precepto político esta máxima maquiavélica: *quien no sabe disimular no sabe reinar:* las dos han dejado triste recuerdo por las crueldades que ejercieron; Isabel en los católicos, Catalina en los protestantes.

¡Lástima tenga tantas manchas el glorioso sol de estas dos reinas!

CAPÍTULO VII

A LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

CLEOPATRA Y OCTAVIA

I

La época del segundo triunvirato fué en Roma uno de los períodos de mayor depravación; los misterios religiosos consagraban hasta cierto punto la disolución de las libertas, especie de cortesanas semejantes á las hetairas, que no contaban los años por el número de cónsules, sino por el de sus amantes.

Alejadas las matronas de las conversaciones de los hombres, carecían de la cultura que po-

seían las cortesanas, las cuales, estudiando con empeño el arte de agradar, sabían deleitarles y ejercer sobre ellos una autoridad que no ejercía la mujer propia. El matrimonio había caido en desprestigio de tal modo, que se imponían fuertes multas á los célibes para que dejaran de serlo. El Censor Metelo Numídico decía delante del pueblo: *Si la naturaleza hubiera sido tan generosa con nosotros que nos hubiese dado la vida sin necesidad de mujeres, estaríamos libres de una compañía muy importuna;* frase que repitió Shakspeare más concisamente, exclamando: *¡Si pudiéramos tener hombres sin mujeres!*

Sacrificio de un placer particular á un deber público era denominado el matrimonio; por eso no es extraño que el repudio y el divorcio se hallaran en su apogeo.

En los días que precedieron al momento histórico que bosquejo parecieron hacer alarde las mujeres de sus liviandades, como lo hicieron durante el gobierno de Octavio, Lépido y Marco Antonio.

El mal ejemplo venía de lo alto, que es lo peor que puede suceder para que se desenvuelva con rapidez la inmoralidad. Escribonia y

Julia, la esposa y la hija del triunviro Octavio eran muy lascivas; Servilia, mujer de Lúculo, fué repudiada por su disolución; la hija del tirano Sila, acusada por sus escándalos con el historiador Salustio; Tuliola, hija de Cicerón, se distinguió por sus lubricidades, y Mucia, esposa de Pompeyo, cometió mil ligerezas.

Mientras Marco Antonio paseaba triunfante por Roma á la frágil Citéride, su esposa Fulvia entregábase á los mayores desórdenes.

Divorcióse Sulpicio Galo de su mujer porque había salido á la calle sin velo, y Sempronio de la suya porque había ido á los juegos públicos sin su permiso. Antistio arrojó á su esposa del hogar por haber hablado en voz baja con una mujer de mala reputación; Paulo Emilio despidió repentinamente á Papiria; al preguntarle sus amigos por la causa de tal acto, alargó la pierna y, mostrándoles el calzado, les dijo: «Está bien hecho este calzado ¿verdad?; sin embargo, ninguno de vosotros sabe dónde me daña.»

Pompeyo, que fué denominado el más casto de los romanos, repudió á su mujer Antistia para conciliarse la amistad de Sila, y casóse con Emilia, hija de éste, que era mujer de Gla-

brión, teniendo que esperar á que diera á luz, para que el escándalo no hiciese tanto ruido. Fuéle anunciado á Sila en medio de un banquete que Metela se hallaba enferma de peligro, y la hizo conducir á una casa extraña con objeto de que sus ayes no turbaran la alegría de la fiesta. Cicerón, abrumado de deudas, repudió á Terencia para pagarlas con el dote de Publilia, y después se deshizo de ésta con el pretexto de que se había alegrado de la muerte de Tulia, hija del primer matrimonio.

Por eso decía Juvenal: «Tres arrugas en la frente, dientes cuyo esmalte se ha empañado, ojos que en fuerza de llorar apenas brillan, catarro demasiado prolongado; esto es bastante para que el hombre se separe de la compañera de su vida, de la tierna madre de sus hijos. No se toma la molestia de prepararla para su repudio, le envía un liberto diciéndola: «Señora, recoged vuestras ropas y dejad la casa.» Gran motivo de repudio solía ser muchas veces el tener la esposa demasiado húmeda la naríz, por lo cual no era extraño que el marido le dijera tranquilamente: «Marchaos, necesito una mujer con menos humores acuosos.»

César tuvo tres esposas, Pompeyo cuatro, Au-

gusto otras tantas, el austero Marco Bruto se deshizo de Claudia para casarse con Porcia, y el virtuoso Catón prestó temporalmente su esposa Marcia á su amigo Hortensio. Marcia, que protestaba de las costumbres de la época, decía al tribuno de la República: «No quiero ser *cedida*, quiero ser tuya únicamente para que puedan escribir sobre mi tumba: *Marcia, mujer de Catón.*» Tal frase es digna de una esposa cristiana.

Las leyes del repudio y el divorcio originaron el menosprecio de la mujer; los Censores obligaron á Carvilio Ruga á repudiar á su esposa, á pesar del gran cariño que le tenía, porque era estéril; mas la mujer parecía vengarse de tantos ultrajes con su libertinaje. Así exclama Plutarco: ¡Qué doloroso era para un ciudadano romano tener una esposa que ignoraba las obligaciones y faenas caseras y que parecia formada por la naturaleza tan sólo para el lujo y la voluptuosidad! ¡Qué difícil proporcionar á esta reina un ejército de esclavas y servidoras, encargadas las unas de rizar sus cabellos, las otras de arreglar los pliegues de sus mantos; éstas de presentarle los perfumes, aquéllas de verterlos sobre su cuerpo; agre-

gando á todo esto el oro, la púrpura, las perlas, los diamantes y otros mil objetos de lujo! Pero sobre todo ¡qué terrible era para un marido excesivamente inclinado á los celos mantener con tan desatinados gastos adúlteras que urdían y conservaban sus criminales intrigas, valiéndose de mil artificios y que, al salir al público los días festivos en sus brillantes carrozas, parecían triunfar de la paciencia de sus maridos no poniendo coto á su lubricidad!

II

Entre las densas nebulosidades que presentaba el cuadro de la sociedad romana aparecía como un rayo de luz la virtuosa Octavia, hermana de Octavio, que más tarde debía ser primer emperador, con el título de Augusto, y esposa del triunviro Marco Antonio. Ejemplo maravilloso de mujeres pudiera denominarse; mas ni su virtud ni su belleza hiciéronla dueña del corazón de Antonio. Octavia te-

nía una rival, pero una rival temible, á pesar de ser esa rival inferior á ella en belleza y superior en edad. ¿Quién era? Una soberana, acostumbrada á dominar pueblos y rendir corazones, una conquistadora que avasallaba voluntades, era la vencedora del invicto Julio César, la descendiente de los Tolomeos, la reina de la tierra de los Faraones, la opulenta, la fastuosa, la soberbia Cleopatra. ¿Qué filtro había dado á Marco Antonio para que éste abandonara á su buena Octavia? Se ignora: por la reina de Egipto había olvidado á Fulvia, su primera esposa, y á Licoris su amada; por ella abandonaba á la tierna Octavia.

Cleopatra y Octavia ofrecían gran contraste: la egipcia era astuta, altanera; la romana humilde, candorosa. Casta como Diana, púdica como una vestal, la mujer del triunviro; lasciva como Venus, la sirena que debía fascinarle.

La hermana de Octavio es la verdadera mujer del hogar: hila la lana que han de vestir sus hijos, bruñe las armas del marido y hace ofrendas á Marte para que le proteja en la guerra. Octavia no se atreve más que á suplicar, Cleopatra exige, ordena. La reina africana

es la mujer de palabra arrebatadora y mirada provocativa; la mujer que ofrece voluptuosos placeres, siempre nuevos porque los crea su ardiente fantasía, la mujer nacida para dominar, la mujer que no retrocede ante lo imposible, la mujer que lo espera todo de sí misma, y por eso no invoca á los dioses.

Domina á Marco Antonio, como ha dominado diez años antes á César, porque tiene más audacia y talento que la virtuosa y bella Octavia. Cleopatra no sólo es inteligente, sino que es sabia cual aquella otra egipcia llamada Hipatia. Brilla por su ilustración en la tierra que es emporio de las ciencias y de la filosofía; en la tierra de esfinges, de símbolos, de emblemas y misterios. Ella se expresa elegantemente en las lenguas etiópica, troglodita, hebrea, árabe, siriaca, griega y latina: reune la sagacidad de Mitrídates, el valor de Alejandro, la ambición de Napoleón, la energía de Semíramis y la temeridad de las amazonas que conquistaron el Asia. Con tales condiciones, ¿cómo no había de vencer la sirena del Nilo, la fascinadora Circe á la púdica sacerdotisa de los dioses lares?

¿Quereis un retrato de Cleopatra? Vedlo tra-

zado por la mano de una mujer, de la elegante Mme. Girardin:

Sa colère vous plait; on l'aime, et quelquefois
on s'en laisse accabler pour entendre sa voix.
elle est Reine toujours... mais aussi toujours femme;
dans cet être si frèle on sent une grand âme;
á travers la faiblesse on sent la royauté;
on tremble.... on est vaincu ... mais avec volupté!
sa pensée est un monde et son cœur un abime;
c'est ainsi qu'elle va, forte, de crime en crime,
bravant impûnement et le peuple et la cour,
ne meritant que haine et n'inspirant qu'amour!

III

¿Cómo conoció Cleopatra al general romano? La reina de Egipto había prestado auxilio á Bruto y Casio contra Octavio y Antonio en la guerra en que sucumbieron aquellos en Filipos. Marco Antonio, que se hallaba en Tarsis, envió una orden muy terminante á Cleopatra para que se presentara á dar cuenta de su conduc-

ta. Un mes había transcurrido cuando la egipcia, á quien no había intimidado la orden del triunviro, pues tenía gran confianza en sus atractivos, se presentó en el lugar de la cita, con aspecto más bien de triunfo que de vasallaje, ante el que era dueño del Oriente.

Venía Cleopatra en una galera con popa de oro, velas de púrpura y remos de plata, reclinada muellemente entre nubes de gasa, bajo pabellón de rico brocado. La reina era morena, pero de un moreno claro; sus ojos, llenos de fuego tenían, cual su espléndida cabellera, el brillo del azabache; sus gruesos labios rojos, como la flor del granado, dejaban ver dientes esmaltados y correctos; vestía elegante túnica de seda de Corinto con primorosos bordados, sobresaliendo en ellos la flor del loto; en su regio manto, que dejaba semidescubiertas sus escultóricas formas, aparecían geroglíficos hieráticos y en sus sandalias, cuyas rojas cintas delineaban la torneada pierna, grandes diamantes y esmeraldas. Rodeábanla mujeres caprichosamente ataviadas representando ondinas, náyades y nereidas, y varios cupidillos jugueteaban á sus pies, cuidando de los pebeteros que embalsamaban el ambiente. Una música deliciosa completaba

este cuadro arrobador para entretener á la fastuosa egipcia que, en vez de recibir mandatos, iba á imponerlos.

Cuando la vió la muchedumbre llegar á la ribera, corrió en todas direcciones exaltada por el más vivo entusiasmo. Algunos exclamaban: ¡es Venus Astarté, es Urania, que viene á visitar á Baco!

Avisáronle al procónsul lo que ocurría; fué á ver á la reina y quedó prendado. Dió fondo la galera, y para el desembarco se improvisó un puente cubierto de rica alfombra. Al pisarlo Cleopatra, apoyada perezosamente en el hombro de su esclava Chermione, jóvenes canéforas la precedieron sembrando el suelo de pétalos de rosa.

Presentáronla á Marco Antonio, y le recibió con altivo desdén. Invitóla el triunviro á un banquete; ella le contestó que aceptara antes uno suyo en el palacio que había mandado preparar. Marco Antonio no pudo rehusar; estaba vencido. La magnificencia del salón le deslumbró, el lujo de la mesa le dejó aturdido y, cuando apenas salía de su asombro, díjole la reina: «Para brindar contigo, he preparado con vino de Chipre una combinación química

que disuelve las perlas rápidamente; el vino de Falerno y Palestina me han parecido vulgares: el que hoy te ofrezco se llamará licor de Cleopatra.» Al pronunciar estas palabras, sumergió en la copa de Antonio una perla del tamaño de una almendra y otra igual en la suya; esas perlas habían sido un regalo de Bala, rey de Siria, á la augusta madre de la reina.

El ingenio, la gracia y la coquetería de la fastuosa egipcia cautivaron al general romano de tal manera, que le hicieron esclavo suyo mientras vivió.

IV

Marco Antonio tenía arrogancia en el porte, nobleza y dignidad en la figura, hallándose dotado de hermosura viril. Poblada era su barba, espaciosa su frente y su nariz aguileña, ofreciendo su tipo cierta semejanza con los retratos de Hércules: preciábase de que los Antonios eran Heráclidas descendientes de An-

teón. Sus soldados le querían por dadivoso, porque era más aficionado á recompensas que á castigos. Enérgico hasta la rudeza y valiente hasta la temeridad, tal era el hombre que perdió las más excelentes cualidades y adquirió los más pueriles defectos por amor á Cleopatra.

Sin más idea fija que ella, cometió las mayores imprudencias en esa vida de goces, festines y juegos que ambos llevaban y que habían denominado *inimitable*. Olvidándose Marco Antonio de guardar las apariencias, descuidaba completamente sus deberes: si, estando en el tribunal, recibía mensajes de su amada, elegantemente escritos en cornalina ó en planchas de cristal, se ponía á leerlos sin atender á la gravedad del acto que presidía; si, estando en el foro, la veía pasar en litera, dejaba al orador y se marchaba tras ella. Entre las indiscreciones que cometió, no fué la menor el hacer llevar á sus soldados, soldados republicanos, la cifra de una reina, el agregar á Egipto todos los pueblos marítimos y comerciales del Mediterráneo Oriental, y el levantar un estrado de plata con dos tronos de oro sentándose en uno de ellos al lado de la reina, que vestía

el traje de la diosa Isis con todos sus atributos.

Acostumbrada estaba Cleopatra á grandes homenajes pues, cuando Julio César volvió de Farsalia, vencedor, erigió un templo á Venus victoriosa y frente a esta deidad colocó la estatua de la egipcia.

Con pretexto de hacer la guerra á los parthos, salió de Roma el triunviro, dejando á Octavia para que educara á sus hijos y á los que había tenido con Fulvia. Los romanos entraron en Parthia, pero después de haber perdido más de veinticuatro mil hombres. Hicieron una marcha forzada atravesando cerros cubiertos de nieve, porque Antonio ardía en deseos de reunirse á Cleopatra. En Leucópolis le esperaba ésta con vestuario para los soldados y dinero, y sabiendo que Octavia había desembarcado en Atenas con gran refuerzo de soldados y caballos, le ordenó que no avanzase más y que volviera á Roma al lado de sus hijos.

En Atenas fueron muy admiradas las virtudes de Octavia, pues herida en su corazón y en su amor propio por su legítimo esposo, al cual tanto amaba, le obedeció, regresando á su casa sin exhalar una queja. Al poco tiempo de ha-

ber llegado, recibió las cartas de divorcio que le enviaba su marido: la indignación de su hermano Octavio estalló, y ella, que era la víctima, trataba de aplacarle diciendo que no podía resistir se pensara que por causa suya peleaban el hermano y el marido. Cuanto más resaltaba la resignación de Octavia, más partidarios perdia Antonio, habiendo llegado el Senado hasta destituirle del poder triunviral.

Ni los ruegos, ni las lágrimas de aquella admirable esposa pudieron evitar que se librara la batalla de Accio.

La república romana estaba sentenciada á caer por causa de Octavia, como había caído la monarquía por Lucrecia.

Tomen nota de estos hechos los que quieren negar la importancia de la mujer: ni los acontecimientos, ni los hombres, ni los Gobiernos se librarán jamás de su poderosa influencia.

El Pretor marchó contra Octavio con doscientos mil infantes, doce mil caballos y quinientos bajeles, llevando consigo á los reyes de Cilicia, Capadocia y Tracia, y cuerpos auxiliares de los ejércitos de los monarcas del Ponto, de los Arabes, de los Judíos, Gálatas y Medos.

Cleopatra, queriendo ayudarle, más bien por ambición que por amor, fletó sesenta naves. La suerte del Oriente y del Occidente se iba á decidir en las aguas de Accio.

Al sospechar Cleopatra que iba á perderse la batalla, hizo desplegar las velas de su nave y emprendió la fuga. En tal fuga no hubo cobardía sino traición. Cleopatra veía brillar el sol de Octavio y obscurecerse el de Antonio; partidaria del vencedor, abandonó al que tanto le había sacrificado.

El infeliz Antonio, fascinado por aquella maga, la siguió, perdiendo honra, fama y quizás el imperio del mundo. Ciego por su pasión, sin comprender que no era amado, al verse vencido, envió un mensajero á Octavio diciéndole que ofrecía matarse si respetaba la vida de la reina. Cleopatra enviaba al mismo tiempo otro mensaje al vencedor, diciéndole que le entregaría el enemigo.

Abandonaron sus ejércitos á Marco Antonio, y entró sólo y triste en Alejandría, donde fué en otro tiempo vitoreado. En su desesperación, daba gritos diciendo que había sido entregado por Cleopatra á aquellos contra quienes por ella peleaba.

V

Temerosa la egipcia de su enojo ó avergonzada de su desleal conducta, se encerró en un soberbio palacio que destinaba á mausoleo, si la suerte le era contraria, y mandó decir á Marco Antonio que se había suicidado. Considerando el general romano que la existencia no tenía ya encantos para él, se atravesó el pecho con la espada; pero no acertando en el golpe, prolongóse largo tiempo su agonía. Un esclavo fué á decirle que Cleopatra vivía aún, y que estaba encerrada en un mausoleo fortificado. Antonio, queriendo morir á los pies de la que tanto amaba, á pesar de haber sido causa de todas sus desventuras, pidió que le llevaran al *palacio de la muerte*, donde estaba la reina. Atrincheradas las puertas, Antonio, casi cadáver, fué subido por una ventana, atado con una cuerda de la cual tiraba Cleopatra, ayudada de

sus esclavas Iras y Chermione, fieles á la reina hasta morir con ella.

Cuando la insensible amada de Antonio le vió en tan lastimoso estado, tuvo una reacción sentimental que le hizo verter lágrimas. Antonio espiró con la vista fija en ella.

El vencedor de Antonio, que anhelaba volver á Roma presentando á la reina entre los trofeos de la victoria, solicitó una entrevista con ella: Cleopatra se la concedió gustosa pensando en cautivarle, como á tantos otros; pero Octavio, más político que tierno, supo defenderse para no ser dominado por aquella hechicera.

El vencedor le hizo ofrecimientos muy corteses mandando erigir un túmulo para Antonio.

Cuando Cleopatra empezaba á confiar en los ofrecimientos de Octavio, uno de los capitanes de éste, que estaba enamorado de la reina, le arrojó por la ventana un trozo de papiro en el que le decía: *Nada creais de cuanto os ha ofrecido Octavio; dentro de tres días os llevará conmigo á Roma para que figureis en su triunfo.*

Tan terrible amenaza para la altiva reina resolvióla á realizar el proyecto que meditaba. Escribió á Octavio diciéndole que quería ir á

hacer las libaciones acostumbradas en el sepulcro de Antonio: concedido el permiso, fué á la bóveda subterránea que guardaba los restos del que tanto la amara y, abrazando su cadáver, exclamó en presencia de las esclavas que la acompañaban:

«Cuando hace algunos días, mi amado Antonio, te deposité en este último asilo, aún era libre; hoy, ya esclava, hago con centinelas de vista estas libaciones sobre tus restos. Temen sin duda que con mis propios golpes desfigure el cuerpo destinado á glorificar la victoria de Augusto. No pienses que yo serviré de trofeo en la solemne pompa que para triunfar de tí se prepara. Mientras vivimos, nada pudo separarnos; hoy la muerte nos alejará de los lugares en que nacimos. Tú, romano, descansarás en tierra egipcia, y mi cadáver será llevado á la patria de Numa. Si algún poder tienen tus dioses, ya que los míos me han hecho traición, consigue que tu espíritu no me abandone. Entre las muchas penas que me abruman es la más grande el verme sin tí. Júrote por la diosa Men (1) que no te sobreviviré.»

(1) Diosa de la verdad entre los egipcios.

VI

Al siguiente día, entre los postres de la comida de la reina, aparecieron unos higos ocultando el áspid venenoso que debía morder su pecho. Cleopatra prefirió la muerte antes que entrar en Roma esclava del vencedor.

Esta egipcia, una de las mujeres más célebres de la antigüedad, murió como había vivido rodeada de esplendor. El traje que vistió para morir tenía las insignias reales; preciosa diadema ceñía su frente, y rico trono de oro le servía de pedestal. La ilustrada reina que restableciera la famosa biblioteca de los Tolomeos, aumentándola doscientos mil volúmenes, cosa muy difícil en aquellos tiempos, escribió sus «Memorias» y una colección de «Epístolas eróticas.» Al lado de su cadáver encontróse un pergamino dirigido á Octavio, pidiéndole que la enterraran con Antonio. Dícese que no le negó el poderoso tal favor.

Con Cleopatra concluyó la dinastía de los lájidas, que habían reinado 294 años.

Cuando el vencedor entró en Roma presentó entre sus trofeos, la estatua de la reina con el áspid enroscado en el brazo.

Octavia, la desgraciada mujer de Marco Antonio, siguió fiel al recuerdo del ingrato que la había abandonado, dedicándose, no sólo á educar á sus hijos, sino á los que había tenido Antonio de Fulvia y de Cleopatra. Cuando murió esta virtuosa romana digna de las Porcias y Cornelias, pronunció su elogio fúnebre Octavio César Augusto, primer emperador. ¡Nunca elogio fúnebre será más merecido!

CAPÍTULO VIII

A LA INTELIGENTE SEÑORA DOÑA AGUSTINA CASTELLÓ DE ROMERO RUBIO

MAD. DACIER Y LA MARQUESA DEL CHATELET

I

L brillante y fastuoso reinado de Luis XIV, en el que descollaron diplomáticos, filósofos artistas y poetas, fué una de las épocas en que más ejerció su soberanía la mujer, tanto, que á pesar de la soberbia divisa del rey sol, la mujer fué el astro más fulgurante.

Ella hizo sentir su influencia en la política, en las costumbres y en la vida intelectual, dic-

tó leyes que fueron acatadas sin discusión, fué heroina de la Rochela y de la Fronda, demostró su denuedo penetrando por una brecha en los muros de Orleans, impuso fórmulas sociales encantando los salones como lo hicieron Hortensia Mancini, Mlle. de Fontanges y la Montespan; inquietó más de una vez á Corneille y Racine convirtiendo estos dos gloriosos nombres en arma de partido, y ostentó su talento escalando nada menos que el trono de Luis el Grande.

El arte de la *causerie*, que había tomado carácter incisivo aguijoneado por la sátira y el epigrama, perdió su veneno bajo la dulce influencia de la bella, graciosa é inteligente Ninón de Lenclos, de la ilustre protectora de Molière y Voltaire, de aquella célebre mujer cuyo credo se encerraba en la filosofía del placer.

A esta explendorosa época pertenecen madame Dacier y la marquesa del Chatelet, tan sabias como modestas.

II

Los conocimientos científicos hacen respetables á las mujeres que los poseen; sólo las que se engalanan con una erudición de oropel pueden parecer antipáticas; sólo á las seudo-sabias son aplicables los epítetos *precieuses* y *bas bleu*. Al escribir Molière su famosa comedia *Les femmes savants*, no quiso atacar á la mujer seria que posee vasta ilustración sin hacer alarde de ella, del mismo modo que al escribir *Tartufe* no atacó á los devotos sino á los hipócritas. En la época de Molière imperaba el culteranismo, y para ridiculizarlo más, quiso combatirlo personificado en la mujer: tan cierto es esto, que siguiendo la costumbre de entonces, uno de los actores pronunció un discurso antes de la representación, justificando las intenciones del autor al hacer presente que Molière sentía respeto hacia las mujeres verdaderamente ilustradas, y que sólo quería impug-

nar á las ignorantes que con su audacia deshonraban la ciencia.

Los que han supuesto que Molière quiso enaltecer la ignorancia en el sexo femenino, no han comprendido el espíritu filosófico que encierra la obra del gran clásico, bajo la *vis cómica* sostenida en los cinco actos.

Je consens qu'une femme ait des clartés de tout. Después de leer este verso hay que convenir en que Molière no ha predicado el retroceso en *Les femmes savants*. A un hombre tan superior como Molière, es imposible le agradasen las mujeres vulgares. Por otra parte, el haberse representado *Les femmes savants* en el hotel Rambouillet, centro de mujeresilustradas, como el hotel Brancas y la Cour de Sceaux defiende á la comedia de Molière de todas las alusiones que han querido ver en ella contra las mujeres instruidas los mal intencionados.

La mujer ilustrada ha existido siempre, aunque nuestro siglo, eminentemente progresista es el que puede jactarse de haberle dado carta de naturaleza. En otras épocas las mujeres de entendimiento cultivado se vieron obligadas á ocultar las galas del espíritu como en nuestros días se ve obligada la mujer vulgar á ocul-

tar su ignorancia. Si en remotos tiempos la mujer se atraía el más espantoso ridículo al penetrar en el templo de Minerva, hoy se atrae consideración social.

Destouches no diría ya en unos versos:

...Une femme savante doit cacher son savoir ou c'est une imprudent.

El tipo de la mujer docta no es nuevo, por más que no haya sido verdaderamente sancionado hasta nuestros días. No debe sorprendernos que en nuestra época haya mujeres que desempeñen cátedras, cuando en la antigüedad, en la Edad Media y en los siglos XVI y XVII, muchas alcanzaron tal gloria. Hipatia explicó metafísica en la renombrada escuela de Egipto; la hermana de Herscheld descubrió nuevas constelaciones y las hizo conocer; la hija del jurisconsulto Yrnerio dió lecciones de derecho civil en la Universidad de Bolonia: en esta Universidad hizo escuchar su voz la joven doctora Novella, la cual era tan hermosa que tenía que dar sus explicaciones detrás de una cortina para que no se distrajeran los estudiantes contemplando su belleza.

En la misma Universidad dejaron nombre la profesora de griego Clotilde Tambroni y la

gran matemática y latina Gaetana Agresi, asombro de los sabios de Milán. Bitisia Gozzadina era doctora en derecho civil y canónico á los veintiseis años de edad, Feliciana Morell fué graduada en leyes en la Universidad de Avignón después de un severo examen; una napolitana llamada Abella que floreció en el siglo XIII, dejó escrito un tratado de medicina que fué adoptado por los médicos; Hortensia de Castro se distinguió nada menos que en lógica, ciencia á la cual es refractaria la mujer, según afirman sus impugnadores.

Sin olvidar á Zenobia y Cornara puedo citar muchos nombres de mujeres tan sabias como modestas.

Hoy la mujer ilustrada no tiene más que dos clases de enemigos: los tontos y los escritorzuelos; éstos son todavía peor que aquéllos.

El éxito obtenido por algunas frases lanzadas contra las mujeres instruídas, frases vacías de sentido pero de gran efecto, ha movido á muchos hombres á dirigir epigramas contra la mujer amante de la ciencia.

La mayor parte de las sátiras y sutilezas escritas contra la mujer erudita, carecen de sinceridad.

Una mujer bella é ilustrada es dos veces bella, como lo fueron Mme. Dacier y la marquesa del Châtelet.

III

Estas dos mujeres merecen figurar en el número de sabias tan modestas, como Mme. Caylus, Mme. Krudner, Mme. Souza, Mme. Duras, Mme. Moteville, Mme. Campan, fundadora del Colegio Saint Denis, y Mme. Maintenon, la inteligente consejera de Luis XIV, á la cual no han podido despojar sus enemigos del título de primera educadora laica.

Ana Lefèvre, más tarde Mme. Dacier, era hija de un sabio; éste, en vez de entretener á su inteligente pequeñuela con juguetes propios de su edad, entregábale obras de Homero, Virgilio y Aristóteles. La pasión por los clásicos de la antigüedad que siempre tuvo Mme. Dacier, fué un culto inspirado por su padre. Al salir de la casa paterna para formar nuevo hogar, no cambió de biblioteca: dejó á Homero y

se encontró con Píndaro y Aristófanes. Antes de casarse Mme. Dacier ya había traducido del griego y del latín obras importantes destinadas á la instrucción del Delfín. Hallábase familiarizada con Plauto, Calímaco, Anacreonte y Safo; pero su mayor gloria es haber traducido la Iliada y la Odisea. Con el título de traductora de Homero ocupa un puesto de honor entre los literatos del siglo XVII, tan brillante para las letras francesas.

Mme. Dacier era superior á su erudito consorte, pero tuvo la modestia de ignorarlo ó la abnegación de fingir que lo ignoraba, no dejándole sentir nunca el peso de su superioridad. La mayor parte de los libros que se publicaron con el nombre del marido, eran obra de los dos: el público conocía que lo más sobresaliente lo había escrito ella. Boileau dijo con mucho ingenio:

Dans leurs productions d esprit c'est madame Dacier qui est le père.

No existía en Francia una buena traducción de la Iliada hasta que publicó la suya esta eminente escritora. Imposible se le ocultara el bien que hacía á su patria dando á luz tan importante obra; mas su modestia era tal, que en el

prólogo que escribió al frente de su famosa traducción, pide al lector le perdone su osadía por atreverse con una obra superior á sus fuerzas; añadiendo que no traduce la Iliada para los doctos sino para los que se ven privados de admirar las bellezas del estilo homérico.

En la misma época en que apareció la traducción de la Iliada hecha por Mme. Dacier, publicó otra el sabio La Motte, y el análisis de los dos libros levantó una tempestad de discusiones, que entretuvieron largo tiempo á los críticos, las cuales terminaron con una polémica exaltada entre helenistas y latinistas.

Cuando el buen gusto literario amenazaba corromperse, Mme. Dacier fué la encargada de alimentar la sagrada llama de lo bello en el altar de las letras francesas; por eso exclama: «La juventud es lo más sagrado que existe en una nación, es su base fundamental, está destinada á sucedernos y formar un pueblo; si se tolera que falsos principios extravíen su entendimiento, no hay salvación posible para las futuras generaciones.»

Mme. Dacier rompió lanzas en pro de la restauración del clasicismo, del cual fué siempre ardiente campeón.

Saint Simon ha consagrado á la escritora helenista un hermoso panegírico en estas líneas:

«La muerte de esta ilustre mujer fué sentida no sólo por los sabios sino por toda la sociedad honrada. El erudito monsieur Dacier estaba muy versado en griego y en latín; pero su mujer sabía más que él de estas dos lenguas, lo mismo que de antigüedades y de crítica. Humilde siempre, no aparecía sabia más que en su gabinete de estudio; fuera de él mostrábase tan sencilla, que los que no la conocían no adivinaban fuese superior á las demás mujeres.»

Nuestro sexo está vencido por esta ilustre sabia, decía Bayle, mientras la docta escritora rechazaba todos los homenajes que querían tributarle. Cristina de Suecia la llamó á su Corte enviando al conde Koenismark para convencerla; pero todo fué inútil, obstinose en vivir en el retiro.

No puedo resistir al deseo de preguntar á los más encarnizados enemigos de la ilustración de la mujer:—¿Negareis vuestra simpatía á esta modesta filóloga que tenía por divisa *el silencio es el adorno de las mujeres,* aunque haya escrito en griego su divisa?

Mme. Dacier fué tan humilde como Mme. du Deffand, otra clásica distinguida amiga de Montesquieu, de Henault y Walpole, á quien denominaba Massillon *la encantadora incrédula*; tan modesta como la interesante marquesa del Châtelet.

IV

Gabriela Emilia de Breteuil, marquesa del Châtelet, tuvo la gloria de ser consultada por Voltaire en sus trabajos literarios, cual la marquesa de Crequi por Rousseau. Cuando el filósofo ginebrino escribía *Emilio*, pidió á ésta le ayudara con alguna idea suya, diciéndola: *No me apropiaré lo que hayais pensado sino lo que me hayais hecho pensar*. El autor de *El Contrato Social* no olvidó á Mme. Crequi en sus *Confesiones*.

Nada más encantador que la amistad de la marquesa del Châtelet con Voltaire; era un sentimiento al que prestaba sus alas el amor,

pero el cual sabía plegarlas ante la filosofía como no suele hacerlo el inquieto rapáz. La Marquesa y Voltaire enlazaban á sus tiernas conversaciones los comentarios de Newton. ¡Cuántas veces desde el análisis de sus corazones remontábanse al análisis de las más arduas cuestiones algebráicas! ¡cuántas, al ocuparse de su dícha, concluían discutiendo la epístola de Pope sobre la felicidad!

Cuando Voltaire, abatido por su falta de salud, no podía estudiar, la marquesa le recitaba las obras de los clásicos latinos cual estaban escritas. El autor de *La Henriada* complacíase en presentarle problemas matemáticos de difícil solución, por el placer de verla triunfar de esas dificultades insuperables para la mayor parte de las mujeres: la marquesa tenía admirablemente organizada la inteligencia para las ciencias exactas, y esto entusiasmaba á Voltaire.

El afecto que unió los corazones de estas dos celebridades, produjo ocho volúmenes de cartas que son el encanto de los admiradores del filósofo.

La erudita amiga de Voltaire dejó escritas tres obras muy importantes: un *Traité sur*

le bonheur, celebrado por Condorcet, *Recueil de lettres* y *Traduction des principes de Newton*.

Para trazar los rasgos más salientes de la fisonomía moral de esta ilustrada escritora, nada más oportuno que transcribir unas líneas de Voltaire.

«Ninguna mujer fué tan sabia como ella y ninguna mereció menos que ella el renombre de *bas bleu*. No hablaba nunca de ciencia por hacerse oir, sino para aprender algo de las personas que consideraba superiores á ella en instrucción. Huía de esos círculos en donde se hace alarde de ingenio, estableciendo pugilatos intelectuales: largo tiempo ignoraron muchos de sus amigos su valer, porque no se apresuró á revelarlo. Las damas palaciegas que se juntaban muchas veces con ella no podían sospechar que se hallasen al lado de la comentadora de Newton y de Leibnitz. Su estilo podía confundirse más bien con el de Pascal que con el de Mme. Sevigné; pero ese vigor, esa firmeza, esa elevación, no quitaban nada á sus bellos arranques de sentimiento. Los encantos de la poesía y de la elocuencia conmovíanla profundamente, porque su oido era muy sensible

á la armonía. Sabiendo de memoria los versos más notables, no podía soportar los medianos. Tuvo sobre Newton la ventaja de unir á la profundidad de la filosofía, el gusto más delicado en materias literarias.»

Voltaire, que se reía de todo, no se rió jamás de la sabiduría de la marquesa.

La erudición fué entre ellos el lazo que preparó otros más estrechos: Voltaire admiraba á esa mujer extraordinaria y ella sentíase orgullosa y agradecida de la admiración que le tributaba el famoso escritor.

La admiración y la gratitud entre individuos de distinto sexo, abrevian distancias en la senda de la amistad y abren la del amor. No es extraño que con tales sentimientos recorrieran esa senda tan de prisa Voltaire y la marquesa del Châtelet.

CAPÍTULO IX

Á LA BELLA Y ELEGANTE MEXICANA

EXCMA SEÑORA CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ

HEROINAS MEXICANAS Y ESPAÑOLAS

I

No fué el valor patrimonio exclusivo del hombre entre los descendientes de Cuauhtemoc y de Pelayo, pues esa virtud viril albergóse también en el corazón del sexo femenino.

Las mujeres españolas de la Conquista y las mexicanas de la Independencia combatieron heróicamente, cual las godas, al lado de sus maridos é hijos.

Hubo españolas que entregaron cuanto poseían para cooperar á la obra de la Conquista, semejantes á aquellas romanas que, después de la batalla de Cannas, despojáronse de sus joyas para salvar la penuria del Erario.

Como si esto no fuera bastante, lanzáronse impulsadas por el más férvido entusiasmo hacia un mundo desconocido arrostrando temeraria empresa, sin aterrarse ante las diferencias de clima, enfermedades endémicas, asechanzas de los invadidos y toda clase de peligros.

Llegado el momento de la batalla, las castellanas mostraron su denuedo: Beàtriz de Palacios, mujer de Escobar, tomó parte en los sucesos de la *Noche Triste;* cuando su marido descansaba, ella hacía la guardia.

Isabel Rodríguez labraba las piedras preparándolas para arrojarlas con hondas; Juana Martín curaba á los heridos enmedio de la lluvia de dardos y saetas que se arrojaban los unos á los otros, hasta eclipsar la claridad del sol.

En una ocasión en que los castellanos, viéndose en tan corto número, emprendieron la fuga, Beatriz Bermúdez de Velasco, mujer de

Olmos, armóse de celada, espada y rodela, lanzándose á la calzada y arengó á los desalentados con estas enérgicas palabras: *Venganza, venganza, castellanos, seguidme y no quedará vivo un solo enemigo.* Al ver tal bravura animáronse los que momentos antes estaban abatídos, y triunfaron.

Beatriz Hernández de Olea ha sido celebrada por los historiadores Tello y Mota Padilla; luchó como un héroe, teniendo la gloria de matar á un cacique muy arrojado. Al ver en un oratorio á varias mujeres desmayadas, las sacó de allí diciendo que no era ocasión de desmayarse y las encerró en el fuerte. Armada de lanza, púsose al frente de las mujeres que quisieron seguirla y defendió un lugar peligroso.

La esposa de Alonso el Valiente alcanzó varios honores en la guerra, dedicósele una procesión cívica y le concedieron un título nobiliario.

Distinguiéronse también por su valentía María Vera, Elvira Hernández, Catarina Márquez y las hermanas Ordaz.

Bustamante, que no es nada afecto á mencionar glorias españolas, refiere que María Estra-

da hizo prodigios de valor en la espantosa batalla de Otumba, peleando con lanza.

Cuando los conquistadores quisieron dejar á sus mujeres en Tlaxcala para ir á México, ellas contestaron que no era justo que mujeres castellanas abandonaran á sus maridos y que donde ellos murieran morirían valientemente.

Doña Beatriz de la Cueva, sobrina del duque de Alburquerque y esposa de Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala, fué una castellana dotada de talento político, enérgico carácter y mucha osadía. Nombrado gobernador de Guatemala su hermano Francisco de la Cueva por muerte de Alvarado, le disputó el mando, alegando en contra de D. Antonio de Mendoza, virey de México, que le había nombrado, que Guatemala no dependía más que del soberano y que no se dejaría mandar por el virey. Organizó una conspiración y se hizo proclamar gobernadora de Guatemala: dictó órdenes de prisión y hasta de muerte contra los revoltosos que perturbaban la paz en sus dominios y anuló completamente el poder de su hermano.

II

Igual temple de alma mostraron las mujeres de Tenochtitlán: cuando se veían derrotadas arrojábanse á las lagunas, no queriendo ser dominadas por el vencedor. Brillaron entre las indias rasgos dignos de las numantinas y de las suliotas.

La independencia de México debióse á una mujer: Josefina Ortíz de Domínguez, esposa del corregidor de Querétaro, fué la más decidida colaboradora de Hidalgo para hacer estallar la revolución. Dotada la corregidora de imaginación ardiente y de pasiones exaltadas, abrazó con entusiasmo la idea de independencia. Con el carácter de veladas literarias reunía en su casa á varios amigos de su marido y de Hidalgo, y en aquellas tertulias íntimas se arrojó un germen que fué fructífe ro para el nacimiento de una nueva nacionalidad. Aquellas reuniones políticas presididas por una mujer, que era

el numen de los conspiradores, tenían algo del carácter que imprimió Mme. Roland á sus reuniones en la época en que era el alma de los girondinos.

La corregidora comunicaba la fe y el entusiasmo á todos los partidarios de su marido: ella les hablaba del amor á la patria, poniendo en este amor fibra maternal; ella acariciaba sus sueños con la esperanza del triunfo; ella les condujo á la victoria, exaltando el corazón de Hidalgo y presentándole á Allende la espada desenvainada. En momentos muy críticos, valiéndose de medios hábiles, envió al caudillo las siguientes líneas, en las cuales campea un espíritu vigoroso: *En pos de estas letras van la prisión y la muerte; mañana sereis un héroe ó un ajusticiado; en esta revolución encontraré la pérdida de mi libertad, pero mi sacrificio no será estéril porque espero verlo premiado con el grito de independencia que vos sereis el primero en lanzar.*

Estas memorables frases fueron una profecía. La corregidora sufrió largos años de prisión y la pérdida de sus intereses con la mayor entereza.

Merece una página en la historia otra heroi-

na mexicana, tan insigne como la corregidora. Refiérome á la heroina de Tixla, á la señora Catalán. Esta intrépida mujer vió á los pies de Morelos el cadáver de su esposo y, cuando aquel trató de tranquilizarla diciéndole que la patria exigía todo género de sacrificios, exclamó: *No vengo á llorar, no vengo á lamentar la muerte de mi esposo; sé que cumplió con su deber; vengo á traer cuatro hijos: tres pueden servir como soldados y otro que aún es chico será tambor y reemplazará á su padre.*

La joven Leona Vicario, que pertenecía á la nobleza mexicana, y cuya familia era muy adicta al virey, hallábase enamorada del republicano Quintana Roo; exaltóse en pro del movimiento revolucionario en el que figuraba el hombre que hacía palpitar su corazón, reunió cuantos valores pudo, buscó obreros y mandó construir fusiles secretamente. Detenida su correspondencia epistolar, fué presentada á Calleja, que la hizo encerrar en el convento de Belem; á pesar de su encierro, no permaneció inactiva; arrostró las iras de sus padres, con recursos ingeniosos burló la vigilancia de sus carceleros, púsose de acuerdo con su novio y tres de los más arrojados amigos de éste, y se

fugó del encierro. Tan pronto como pudo encontrar la enamorada pareja un sacerdote, pidióle la bendición nupcial y, en vez de enervarse con los placeres de la luna de miel, Leona Vicario púsose á trabajar para la patria.

III

Digna de las heroinas de la Independencia es Agustina Ramírez, heroina de la Intervención. Cuando en el día 3 de Abril de 1859 tomó el general Corona el puesto de Mazatlán sucumbió en el combate Severiano Rodríguez, esposo de esta ínclita mujer. Grande fué su desolación por la pérdida sufrida; mas, viendo todavía en peligro la autonomía de su patria, llamó á sus doce hijos, único apoyo que tenía en su desgracia y, presentándoselos al jefe del ejército de Occidente, exclamó: *Os los entrego porque cuando la patria peligra, los hijos ya no pertenecen á sus madres*. La heroina sinaloense se instaló en el hospital de sangre, donde recibía á sus hijos muertos ó heridos á me-

dida que iban llegando; y, cuando su destino cruel hizo que perdiera al último de ellos, escapóse de su alma esta sublime frase: *¿Por qué no tendré otro esposo y otros doce hijos para que siguieran luchando contra el usurpador?*.

El valor, que fué la primera virtud del azteca, heredáronlo sus descendientes, y por eso no debe extrañar que en la tierra de los quachic y tequihua, en la tierra de Cuitlahuac, Izcoalt y Tetlepanquetzal, haya habido mujeres tan heróicas como las de la Independencia y las de la Intervención.

CAPÍTULO X

AL SEÑOR GENERAL JOSÉ CEBALLOS

SACERDOTISAS CRISTIANAS Y PAGANAS

I

ÁSE reconocido en todos tiempos el sacerdocio moral que la mujer ejerce en la humanidad: y los pueblos más antiguos tuvieron el instinto de conferirle el sacerdocio oficial, por el cual obtuvo alta misión al tomar parte activa en las instituciones religiosas. Todo lo debe la mujer á la religión: entre los paganos, el haber sido asociada á los misterios religiosos fué motivo suficiente para que de *cosa* la elevaran hasta *hembra*; el Cristianismo hizo más todavía: convirtió á la *hembra* en mujer.

En los siglos de gloria y prosperidad de la culta Grecia fué grande el número de mujeres entregadas á las funciones del sacerdocio. Los santuarios de Apolo en Delfos, de Minerva en Atenas, de Diana en Efeso y de Ceres en Eulises, que se sostenían con tanta suntuosidad, fueron dirigidos por mujeres. Los cargos que ejercían las sacerdotisas en los santuarios de Grecia eran muy nobles: enseñaban á las mujeres la religión, la moral y la economía doméstica, dirigían el culto, eran iniciadas en los misterios y pronunciaban oráculos. Este don de profetizar dió fama á la sacerdotisa Pitia, que en el célebre templo de Delfos era la intérprete de Apolo, y pronunciaba sus oráculos subida sobre un trípode.

La superstición de aquellas remotas épocas hizo que hombres superiores por su valor y su inteligencia escucharan los pronósticos de la pitonisa con la mayor veneración. Pirro, Nerón y Alejandro Magno fueron, entre otros, los que se prosternaron ante la joven Pitia para que les descifrase los misterios de lo por venir. Alejandro Magno, después de haber oido con fervor á la pitonisa, fué diciendo por todas partes que aquella le había profetizado sería inven-

cible. Las pitonisas más célebres han sido la pitonisa de Delfos y la pitonisa de Endor. Las sacerdotisas del Partenón ilustraban á las mujeres, proponiendo á Minerva, diosa de la sabiduría, como modelo. A las sacerdotisas se les confiaban difíciles cuestiones para que las dirimiesen, y su influencia fué grande en el arte y en la legislación.

Los egipcios, celosos de la influencia moral de la mujer, sólo le dieron un segundo lugar en el templo; sin embargo, tuvieron la esfinge, encargada de proponer arduos problemas que pocos hombres sabían resolver, lo que demuestra que también atribuían á la mujer la facultad de adivinar todo lo más abstruso. Los galos fueron más corteses con las mujeres, y admitieron en su religión á las druidesas, sacerdotisas que adivinaban lo futuro y que estaban iniciadas en los profundos secretos de los druidas. Los sectarios de Teutates tuvieron sacerdotisas dotadas de don profético. En Asia, el santuario de Comana tuvo innumerables sacerdotisas pero, como prodigaron mucho esta noble profesión, no inspiraban respeto.

II

Entre las sacerdotisas de la, antigüedad, las sibilas son las que han inspirado mayor fervor. Eliano las hace florecer 800 años antes que Moisés: la primera sibila se denominó Sambete. Las sibilas aparecieron simultáneamente en distintos paises. Se les imponía la misión de transmitir la voluntad de los dioses y escribían los apotegmas y los pronósticos en hojas de encina. Los romanos las consideraban como seres de naturaleza superior. Los oráculos sibilinos campean en toda la historia de la antigua Roma, como los oráculos píticos en la de Grecia. La creencia en las sibilas fué la última fe de los paganos, y el paganismo no murió verdaderamente hasta que desaparecieron ellas.

Los libros sibilinos son una verdad histórica, como lo es el famoso Corán de los mahometanos. Conservábanse en el Capitolio escritos sobre lienzo y encerrados en una urna de plata.

Augusto los hizo trasladar con gran pompa desde el Capitolio al templo de Apolo Palatino. Josefo transcribe una página de ellos. San Justino, San Jerónimo y San Clemente de Alejandría citan algunos versos sibilinos, por hallarse muy en armonía con la religión cristiana. Virgilio consagra un importante papel en la Eneida á la Sibila de Cumas. En los libros sibilinos se ha encontrado moral evangélica, y por esta razón los artistas cristianos han tomado por asunto de sus obras los misteriosos tipos de las sibilas.

Donde ha dejado Miguel Angel más clara la huella de su portentoso genio ha sido en la Capilla Sixtina, representando á las sibilas entre los profetas. En los magníficos frescos de Santa María de la Paz, debidos al sublime pincel de Rafael, se encuentran hermosos grupos de sibilas, que brillan por la majestad y por la gracia.

III

No tuvo menos importancia que las sibilas el cuerpo sacerdotal de las vestales, sacerdoti-

sas de Vesta, diosa del fuego, ó diosa del hogar. Consagrábase á Vesta un fuego eterno que ardía en el altar doméstico; las vestales estaban encargadas de no dejarlo extinguir. Elegíanse éstas entre las familias más aristocráticas y no debían tener ningún defecto corporal. El servicio consagrado á Vesta duraba treinta años y, mientras duraba, conservábase el voto de castidad; pasados los treinta años, la sacerdotisa virgen podía casarse. Las vestales entraban en el sacerdocio á la edad de seis años.

Las vestales son más antiguas que las pitonisas, ya que existían antes de la fundación de Roma: Numa las instituyó en esta ciudad. Hubo vestales en muchos pueblos; en México, en la época en que los indios idólatras adoraban al dios Huitzilopuxtli, había vestales llamadas hijas de la penitencia, á quienes se les confiaba el ornamento del templo y la preparación de la mesa para los sacerdotes. Las vestales gozaron en Roma de grandes privilegios y honores; si un condenado, al ir al suplicio, encontraba á una vestal en el trayecto que debía recorrer quedaba absuelto.

De los treinta años que consagraban las ves-

tales á su ministerio, invertían diez en aprender sus deberes, diez en practicarlos y diez en enseñarlos á las novicias. Si alguna de ellas tenía que cambiar de aire por falta de salud, el gran Pontífice confiaba su custodia á una matrona romana de reconocida virtud y la matrona consideraba el cuidado de la vestal como una distinción que jamás cedía. Las vestales tuvieron uniforme, el cual consistió en una túnica blanca y en un largo manto de púrpura que descendía por la espalda, dejando un brazo descubierto. Su principal misión era mantener noche y día el fuego sagrado, sin dejarlo apagar; durante la noche, ofrecían sacrificios á Vesta y rogaban á los dioses por la felicidad y la conservación del imperio romano. La plegaria de una vestal creíase sumamente eficaz. Las vestales eran consejeras públicas; en las familias imploraban la autoridad de ellas, reconciliaban á los enemigos y hasta dictaban leyes. Con sus bienes sostenían á los indigentes, prohibiendo la mendicidad.

Terribles castigos se imponían á las vestales que faltaban á sus deberes; si dejaban apagar el fuego sagrado, las flagelaban, y si faltaban al voto de castidad, las enterraban vivas.

Entre los pueblos politeistas, los que han tenido mayor número de diosas y de sacerdotisas han sido los más corteses con la mujer; por eso los galos y los germanos estuvieron siempre rendidos ante el sexo femenino.

V

El Cristianismo tuvo también sacerdotisas desde los tiempos de la primitiva Iglesia; denominábanse diaconisas. Es indudable que estas mujeres formaron parte del clero y que eran ordenadas de un modo semejante á los diáconos.

Las diaconisas nacieron en Oriente; su creación respondió á una gran necesidad. Siendo el interior de las familias orientales inaccesible á los hombres, las mujeres tenían que penetrar en los hogares para asistir á los enfermos y distribuir limosnas. Los apóstoles formaron un cuerpo de diaconisas, y en la epístola de San Pablo á los romanos son menciona-

das. Las funciones que ejercían las diaconisas se denominaban *viadutus*, derivándose este nombre del estado á que ellas pertenecían, pues las diaconisas eran viudas.

Ejecutaban las órdenes del obispo en todo cuanto se relacionaba con las mujeres, adornaban el templo, consolaban á las prisioneras, cuidaban á las enfermas y, como antes de entrar en la orden habían vivido en el seno de la familia, hallábanse dotadas de experiencia y podían aconsejar con la mayor sensatez. La diaconisa representaba en la familia el papel que más tarde representó el confesor. Las diaconisas contribuyeron á la rápida propagación del cristianismo; ellas divulgaron los caritativos y puros principios de esta saludable doctrina.

Al morir las diaconisas, no han desaparecido las sacerdotisas cristianas porque existen las hermanas de la caridad.

El Catolicismo tiene dos templos: la iglesia y el hogar; las más sublimes sacerdotisas de estos dos templos son la madre de familia y la hermana de la caridad.

CAPÍTULO XI

AL SEÑOR GENERAL CARLOS DIEZ GUTIÉRREZ

LAS DOS JUANAS

I

O femmes, c'est á tort qu'on vous nomme timides.
A la voix de vos cœenrs, vous étes intrépides.

LEGOUVÉ

L siglo XV fué afortunado en heroismos femeninos, pues brillaron en él las dos Juanas; Juana de Arco y Juana Hachette, la famosa heroina de Beauvais.

Obsérvase que entre las mujeres francesas, las que más se mezclan en la política son las dos clases extremas; las mujeres de la aristocracia y las plebeyas. En la época del Terror,

fueron víctimas de la revolución unas y otras.

Las mujeres francesas se han distinguido siempre por el valor; ejemplo de este aserto es Juana Hachette. La intrépida heroina de Beauvais apellidábase Laisné, pero sus conciudadanos quisieron enaltecerla con el sobrenombre de Hachette, debido á que se defendía con un hacha, y los cronistas han respetado una denominación que tiene tan glorioso origen.

En 1472 el ambicioso duque de Borgoña, Carlos el Temerario, insurreccionóse contra Luis XI, invadiendo la Picardía y arrojándose sobre la ciudad de Beauvais á la cabeza de 80.000 hombres.

No asustó el número de sitiadores á los valientes hijos de Beauvais, y á pesar de hallarse sin guarnición, con murallas muy bajas y con fortificaciones en muy mal estado, resolvieron hacer frente al formidable enemigo. Armáronse repentinamente como pudieron, y apercibiéronse á la batalla contra un ejército disciplinado, aguerrido y muy superior en armas y en soldados. Las mujeres y los niños les secundaron desempedrando las calles y haciendo caer sobre los enemigos una granizada de guijarros.

Muchas mujeres se distinguieron en Beauvais, mas la heroina de este sitio fué Juana Hachette. Cuando los borgoñones quisieron enarbolar su bandera, ella subió á la brecha, quitóle á un soldado el estandarte, y precipitó al atrevido desde las murallas al fondo de un foso. Dueña del estandarte, lo depositó en la capilla de la patrona de Beauvais. Este se conserva todavía, aunque sus colores están ya tan pálidos que cuesta trabajo distinguirlos: es blanco, y las figuras y el escudo hállanse pintados sobre fondo adamascado. Tiene la palabra *Burgundia* escrita en grandes letras doradas y ostenta dos arcabuces cruzados entre llamas con este mote: *Ante ferrit quam flamma micat*, al lado de San Lorenzo se lee la divisa de Carlos el Temerario, que es la siguiente: *Je l'ai entrepris*. El culto á San Lorenzo era muy general en Borgoña en la época á que me refiero. Cuando triunfaron los habitantes de Beauvais, Luis XI les concedió varios privilegios, especialmente á las mujeres plebeyas, las cuales pasean todos los años la famosa bandera en procesión cívica y gozan de todas las prerrogativas reservadas antes del sitio á las damas de la nobleza.

En Beauvais, como en otros pueblos, las heroinas fueron de obscuro origen. En el sitio de la Rochela se mezclaron las mujeres de humilde cuna con las de cuna aristocrática; aunque las verdaderas heroinas de la Rochela fueron la madre y la hermana del duque de Rohan. Estas ilustres damas no quisieron entrar en la capitulación, y sufrieron sin desfallecer, un largo y penoso cautiverio en el castillo de Niort. Ana de Rohan poseía inspiración poética, y escribiendo versos amenizaba las tristes horas de su prisión; esta celebridad del partido calvinista es autora de un poema titulado *La muerte de Enrique IV*. La instrucción de Ana de Rohan era tan vasta que le permitía leer la Biblia en hebreo.

En la Fronda también se vieron mujeres de alto linaje y de baja esfera; allí aparecieron entre las de noble alcurnia, la duquesa de Longueville y Mlle. de Montpensier, prima hermana de Luis XIV. En la Vandée ocurrió lo mismo en 1762 y en 1832; la heroina de este último sitio fué la famosa duquesa de Berry. Las mujeres crean en Francia las revoluciones y contrarevoluciones. ¿Quién hizo pedir al grave Condorcet, al

último filósofo del siglo XVIII, el derecho de ciudadanía para el sexo femenino? Las mujeres. ¿Quién dictó á Robert el acta primitiva de la República para no reconocer ni á Luis XVI ni á otro rey? Su esposa. ¿Quién alentó las sociedades secretas de mujeres? Una jacobina, Rosa Lacombe. ¿Quién dió derechos á las mujeres? Olimpia de Gouges, con esta frase: *Las mujeres tienen derecho á subir á la tribuna, ya que suben al cadalso.* ¿Quién destruyó la Bastilla? Mme. Legros; ella fué la inspiradora del pensamiento, ella la influencia moral ante la cual cedieron más tarde macizos cerrojos, altas torres, derrumbándose los ennegrecidos muros de aquella espantosa fortaleza. Mme. Legros murió sin ver terminada su obra; pero la posteridad bendice su nombre.

Las mujeres que sucumbieron en la guillotina en la última década del siglo XVIII, las que brillaron en el año de 1815, cual Mme. de Lavalette por el heroismo conyugal, y las que impulsaron los sucesos de 1830, entre las que figuran Mme. Laval *(la Petite Vivandière.)* Mme. Frottier, Mme. Lepage, Mme. Chariot, Mme. Piton, Mme. Tongles y Mlle. Froger, demuestran la parte activa que toma la mujer

francesa en los sucesos políticos de su patria. La bandera tricolor que flotó en la columna Vandôme fué hecha por una mujer.

Las francesas han promovido siempre las revoluciones ó las han inspirado; no debe sorprender el valor de Juana Hachette.

Esta bella heroina del siglo XV era hija de un humilde artesano; cuando casó en segundas nupcias con su primo Juan Fouquet, Luis XI dió á éste una plaza en su guardia real como premio á la bravura de Juana.

El día 6 de Julio de 1851 se colocó en la plaza mayor de Beauvais una estatua en bronce, obra del escultor Debay, que representa á Juana Hachette.

¡Qué mejor apoteosis para la heroina!

II

Más popular que Juana Hachette, es Juana de Arco, la renombrada doncella de Orleans.

¿Quién no conoce á la humilde pastora del

valle de Domremy transformada en bélico soldado?

Esta heroina ocupa un puesto de honor en la historia, en la leyenda y en la poesía.

La breve existencia de Juana de Arco es la más brillante epopeya que encierran los anales de Francia.

Hija de pobres labriegos deslizóse la infancia de la inspirada niña en un aprisco: ¿quién dijera que en tan humilde lugar había de germinar en su pensamiento la idea de defender el trono de Carlos VII?

Apenas contaba doce años de edad, cuando en Agosto de 1424 oyó la misteriosa voz que le dijo: *Juana, eres nacida para obrar maravillas, porque á tí, virgen, te ha elegido el Señor para restaurar en su trono al Rey Carlos. En traje varonil y bien armada, serás caudillo en la guerra y todo en el reino se hará según tus consejos.*

Los celestes coloquios con Juana fueron más frecuentes, y éstos la decidieron á pedir protección para su empresa á los vecinos de Vaucouleurs, los cuales, teniendo gran fe en cuanto ella decía, le facilitaron armas y caballo.

Cuando el capitán Baudricourt le regaló

una espada, la joven heroina contestó que solo quería servirse de un acero bendito, que le trajeran una tizona que se hallaba enterrada detrás del altar de Santa Catalina en Fierbois.

No se equivocó la devota de Santa Catalina y Santa Margarita, pues encontróse la tizona en el lugar designado.

La protegida de San Miguel, el Arcárgel de las batallas, parecía dotada de don profético, porque la mayor parte de lo que auguraba se realizó.

Antes de ser cautiva por los ingleses, la heroina de Orleans dijo á Carlos VII que solo viviría un año.

¡Este triste presagio se cumplió!

Rápida fué la existencia de Juana de Arco: nació en 1411, levantó el famoso sitio de Orleans en el día 8 de Mayo de 1429, fué hecha prisionera por los ingleses en Mayo de 1430, se entabló su proceso en Enero de 1431, siendo devorada por las llamas en el día 30 de Mayo del mismo año. La ciudad de Rouen, donde se consumó el espantoso martirio de la heroina, viste luto todos los años en esta triste fecha, así como la ciudad de Orleans se engalana en el memorable día 8 de Mayo.

Al subir á la hoguera la gloriosa víctima, sus enemigos le pusieron sobre las sienes una caperuza en la que se leía la siguiente inscripción:

Hereje, Relapsa, Apóstata, Idólatra.

Juana de Arco pidió una cruz, muriendo abrazada al sagrado símbolo de la religión cristiana, y la última palabra que se la oyó pronunciar fué Jesús.

En 1456 cuando el proceso de la heroina se revisó por mandato del Papa Calixto III, el cual permitió la glorificación de *Juana la virgen*, las damas de la ciudad de Orleans despojáronse de sus alhajas y con el valor de ellas le erigieron un monumento.

Juana Hachette, Juana de Monfor, Juana de Flandes y Juana Schellinck han dejado luminosa estela en los anales del heroismo; pero ninguna la ha dejado tan brillante como Juana de Arco, la ilustre defensora de Orleans.

CAPÍTULO XII

A MIS QUERIDOS AMIGOS

SEÑORES MANUEL Y ARISTEO MERCADO

SAFO Y ASPASIA

I

No puede vanagloriarse la Grecia antigua de dos tipos femeninos que representen más genuinamente los brillantes dones de la inteligencia. Aspasia es la expresión de la elocuencia, Safo la musa de la poesía. Disputa el premio á Alceo en certamen poético, como lo disputa Aspasia á Sócrates en discusiones filosóficas.

Los historiadores han cometido una omisión denominando siglo de Pericles á la época más

notable de Grecia, debieron denominarla siglo de Pericles y Aspasia, ya que ésta fué la inspiradora del restaurador de Atenas.

Nueva Onfalia apellidábanla los poetas por la influencia que ejercía en Pericles. ¿Quién podrá negar á esta mujer importancia? Platón afirma que muchos de los discursos pronunciados por Pericles son de ella; Luciano la declara hábil política; Fidias confiesa que supera en sentimiento estético á todos los artistas.

Brillante fué la existencia de Aspasia; ambiciosa de gloria, abandona á Mileto para marchar al emporio de las artes y las letras, y apenas llega á la ciudad de Cécrope fórmanle círculo Sócrates, Platón, Pericles y Alcibiades.

Extraordinario talento necesitábase para distinguirse por la elocuencia en la patria de los oradores, mas tan difícil triunfo lo alcanzó Aspasia.

Safo y Aspasia son más que Helena el alma de Grecia: Helena perfeccionó la plástica inspirando la idea de la verdadera belleza, pero Safo y Aspasia perfeccionaron el espíritu haciéndolo remontar á las más altas esferas. Elegantes improvisadoras, una en prosa y otra

en verso, fueron maestras de grandes hombres. Háseles atribuído á estas dos celebridades defectos que no tuvieron, porque el haber nacido en Mileto y en Lesbos, ciudades muy corrompidas, fué para ellas pecado que debían expiar.

El genio, siempre poderoso, libertó á Safo y Aspasia de la esclavitud que sufrían las demás mujeres, el genio las elevó por cima de todas ellas, conquistándoles un lugar entre los hombres ilustres cuando la mujer no lo había alcanzado aún ni entre los hombres vulgares.

Atenas debe á Aspasia su engrandecimiento, pues cuanto hizo Pericles, el regenerador, aquel á quien llamaron el Olímpico, lo hizo por influencia suya.

Prodigioso fué el talento de Aspasia: á los diez años de edad leía á los filósofos, poetas y oradores comprendiéndoles. ¿Cómo no había de ser ídolo de Atenas la mujer que unía á la más clásica perfección de las formas los encantos del ingenio? Su padre era escultor y por eso al hablar de él decían demostrando su admiración hacia la amada de Pericles:

«Preciso es que Rhodos tenga en el entendi-

miento impresos juntamente los tipos de la belleza y la sabiduría, pues que tal hija ha engendrado.»

Mucho debió valer Aspasia cuando supo elevarse desde su humilde condición, al alto rango de Pericles y muerto éste hacer del obscuro y vulgar Lysicles nada menos que un Arconte.

Sabido es que Aspasia cuando se enamoró de Pericles pertenecía al número de las hetairas.

La hetaira es un tipo poco conocido que merece descripción. Relegada en Grecia la mujer al gineceo, encerrada en el hogar sin ocuparse más que de las faenas vulgares, sin asociarse á la vida pública del hombre, sin acudir á los teatros y festines, viviendo á su lado en una especie de infancia eterna, sin llegarse á realizar nunca en aquellos matrimonios el matrimonio de las almas, los hombres superiores sintieron el vacío que deja en la existencia del marido la compañera que carece de inteligencia é instrucción, y dedicáronse á buscar á la mujer culta.

Para guardadora del hogar y conservación de la especie tenían á la esposa que no era más que procreadora, para los placeres fáciles á la cortesana vulgar, para la voluptuosidad

del alma á la hetaira. Educábase á la hetaira en colegio, enseñándosele música, poesía y todas las hechicerías que encierra el arte de agradar, todas las seducciones hijas de la más refinada coquetería, para que con ellas satisficiera el espíritu y la materia. Sabía dar variedad al placer descartándolo de la parte grosera, encender los deseos, avivar el fuego de los sentidos; era, en fin, la poesía de la sensualidad, la esencia de la materia idealizada. La hetaira no aceptaba más que un amante; al hastiarse de él, sustituíale por otro. La hetaira visitaba el taller del artista y servía á éste de modelo, conversaba con los filósofos y discutía con los polemistas. Hubo hetairas muy famosas; las más célebres residían en Mileto, en Lesbos y en Corinto. Algunas de ellas han pasado á la historia: Thais fué amada de Alejandro, Mirrina de Tolomeo, Arqueanasa de Platón y Teodota de Sócrates.

A falta de virtudes femeninas poseían virtudes viriles: Gliceria desdeñó un trono egipcio por no separarse del poeta Menandro; Leena se cortó la lengua y la arrojó á sus asombrados verdugos para no revelar el nombre de su amante acusado de conspirador.

Superior á todas las hetairas era Aspasia, que supo apoderarse del corazón de Pericles, obligarle á separarse de su mujer y á que le diera el lugar de ésta.

Fué tan grande su importancia en el pueblo griego, que mereció el renombre de Helena, más que por alusión á su hermosura, por haber originado las guerras de Samos, Megara y la muy famosa del Peloponeso.

Aspasia se adelantó á su siglo: tuvo presentimiento de la unidad de Dios y, al negar á los falsos dioses, fué acusada de irreligión por el poeta Hermipo, pero ella se defendió ante el Areópago, quedando absuelta, gracias á su elocuencia.

Aspasia, como Targelia, dominó á los próceres; ambas poseían notable inteligencia. La amada de Pericles tenía tanto arte en la oratoria que aprendieron muchos atenienses de ella.

Por haberse extendido notablemente la fama de Aspasia, algunos hombres ilustres daban tan brillante nombre á la mujer que querían distinguir: así lo hizo Ciro con su amada Milto.

Gloriosa fué la vida de Aspasia: Pericles gobernó al culto pueblo ateniense, mas ella gobernó al ilustre gobernante.

II

La inspiración ha sido en todas épocas patrimònio de los dos sexos; jamás ha pertenecido exclusivamente á uno solo.

Los hombres quieren monopolizar la gloria, y en su egoismo han pretendido negarnos la existencia de Corina: ¿sabeis por qué? porque fué la vencedora de Píndaro. Hay datos auténticos para demostrar que Corina no es un sér mítico. Apolonio Díscolo en su libro de los *Pronombres* cita un fragmento suyo escrito en dialecto eolio. Cien veces arrebató el disputado laurel á Píndaro en los concursos poéticos; Plutarco, Pausanias, Heliano y otros eruditos de la antigüedad, mencionan este triunfo tan halagador para nuestro sexo. En Tanagra había una estatua de Corina que tenía sobre sus negras trenzas el codiciado y glorioso laurel.

Más famosa todavía que la renombrada grie-

ga á la cual me he referido, es la célebre Safo, cuyo nombre ha quedado en la historia como símbolo de genio, como emblema de la inspiración, cual sinónimo de gloria.

Esta mujer ha sido juzgada con gran diversidad de opiniones, y esto ha dependido de las ideas de sus críticos. Safo es el tipo ideal de la poetisa; y, como la poetisa no ha alcanzado todavía en los tiempos modernos una posición definida, no es extraño se desconozca el tipo de la inmortal musa de Mitilene, como sigue siendo desconocido el tipo de todas las *Safos* de la edad presente.

Los Aristarcos adustos han tratado con demasiado rigor á la gran lírica de la antigüedad: para juzgar á un individuo se deben tener en cuenta las circunstancias que le rodean, y forman parte esencialísima de éstas la tierra en que nació, la época á que pertenecía, su religión y su particular idiosincrasia.

No fué Safo la única mujer griega que brilló en la antigüedad por el genio; también se hallan iluminadas por los resplandores de la gloria, aunque de una gloria menos refulgente que la suya, los nombres de Prascila, Miro, Anita, Erina, Telésila, Nosida, Mirtila, Demó-

fila y otras. La poetisa Telésila, que era de noble alcurnia, se distinguió por la inspiración y también por el valor.

Cuando Pausanias visitó á la ciudad de Argos por el año 50 después de Cristo, todavía encontró sobre una columna delante del templo de Venus la estatua de Telésila con un yelmo en la mano, hacia el cual dirigía la vista como si fuese á ponérselo en la cabeza; á sus pies tenía gran número de libros abiertos. Se refieren muchos rasgos patrióticos de Telésila. En una de las batallas entre los argivos y los lacedemonios sufrieron éstos una gran derrota; avanzaban los vencedores de Argos que había quedado indefensa, cuando Telésila llamó á todas las mujeres más valerosas y formó una compañía, poniéndose al frente de ella y causando el asombro de los lacedemonios, los cuales sintieron decaer su ánimo al verla disponiendo órdenes estratégicas como el más aguerrido general.

Escasean los detalles de la vida de Safo, porque los antiguos no biografiaban á sus celebridades con el prolijo cuidado que emplean los modernos para escribir sus monografías.

Fué asombro de los antiguos y admiración

de los modernos; Ovidio le consagró una de sus *Heróidas:* los eruditos, los lexicógrafos, los filólogos y los sabios de todas las naciones han dedicado entusiastas páginas á la musa de Lesbia.

La inspiración de Safo era tan flexible que recorría todos los tonos; la poesía sentimental, la erótica, la religiosa, el epigrama, el epitalamio y la elegía, todos los géneros fueron comunes á su estro prodigioso; ella es la inventora del metro denominado sáfico.

Ardiente como Hero, la poetisa eolia ha pintado cual nadie el amor fogoso, los celos, todas las pasiones tempestuosas, porque su alma era volcánica.

Hay quien niega la existencia de este personaje, mas otros historiadores afirman que existió. En prueba de ello citan una página escrita por la inmortal suicida, que dice así:

«Hija de Júpiter, Venus inmortal, que gobier-
»nas sobre un áureo trono el universo: no en-
»tregues mi alma al dolor, ¡oh Venus!, perla di-
»vina, que del seno de los mares brotaste.—En
»vez de serme enemiga, ¡oh diosa¡, acude como
»otras veces á mis súplicas, dejando el azulado
»cristalino palacio de tu padre; acude sí, tú que

»conoces todas las artes del amor, tu hijo.—
»Véate yo, como te he visto, venir á mi voz
»hendiendo el espacio con la rapidez del relám-
»pago, en tu carro tirado por tiernas palomas
»de veloces cándidas alas.—¡Ah! Tan luego co-
»mo pusiste en la playa tu divina planta, la
»encantadora sonrisa de tus purpurinos labios
»secó mi llanto, tal como suele con matutino
»risueño rayo evaporar el sol la gota de rocío
»en el cáliz de las flores.—¿Para qué me lla-
»mas? preguntaste con suave acento. ¿En qué
»nuevos deseos se extravía tu ardor? ¿Qué mor-
»tal rehusa la mano que le tiendes? ¿Qué cora-
»zón se niega á responder al tuyo?—¡Ay de
»aquel que tal injuria te hace, ¡oh Safo!, porque
»los dones que hoy rechaza él los solicitará
»mañana, y entonces serás tú, yo te lo juro,
»quien se negará á otorgarlos!—¡Oh! ven,
»pues, Venus mía, diosa protectora, ven: yo
»recurro de nuevo á tu poder divino. Ven, que
»te invoco en mi angustia desesperada; ven, de
»rodillas te lo ruego; ven á mi socorro, diosa
»de la hermosura!»

Tuvo diferentes amores; uno de estos le fué inspirado por su discípulo Alceo; pero el amor que ha tenido resonancia en su vida fué el que

sintió hacia Faon, que era un ser vulgar; Safo quiso remontarle hasta los dioses, pero Faon no tenía bastante talla para llegar hasta ellos y se quedó entre los hombres. La pasión de Safo por Faon fué desgraciada, como son muchas veces las pasiones de las mujeres extraordinarias. El corazón de Safo era titánico, su amor inconmensurable: débil Faon, sintió que la pasión de la poetisa le aplastaba con su grandeza. Safo era un coloso, Faon un pigmeo. Se dice que Safo era muy vanidosa, pero la vanidad es pequeña pasión que no puede albergarse en un alma gigante; la vanidad, que es la pasión de los débiles, no podía ser una de las pasiones de Safo. La poetisa griega tenía la conciencia de su propio valer, y era altiva.

Odiaba la ignorancia, y por eso escribió una vez á una de sus amigas, que desdeña bael cultivo de las artes y las letras, el siguiente párrafo: *Cuando llegues á morir yacerás sin que de tí quede memoria, porque no cogiste flores de los rosales que crecen en el monte Pierio; obscura descenderás á la mansión infernal, y no esperes volver á aparecer en tu fausto de doncella, una vez que volares á confundirte con las sombras.*

Safo consagró hermosos versos á Faon, pero éste permaneció tan insensible á sus cantos como á su amor. La tradición ha conservado fielmente el recuerdo del infausto amor de la poetisa, que luchó por amortiguar la pasión que le inspiraba el hombre indigno de ella, sin que pudiera conseguirlo.

El amor, como ha dicho un poeta, se esconde muchas veces en nuestro corazón, como el gusano en el cáliz de la flor más bella y delicada.

¡Oh, el amor es un huésped importuno que cuando se aposenta en nuestra alma no quiere abandonar su albergue aunque lo rechacemos!

El amor carece de amor propio. ¡Cuántas veces se postra el amor ante un ídolo de barro, y, á pesar de conocer la frágil materia que está adorando, no tiene la suficiente resolución para negarle su culto!

Esto sucedió á Safo: le fué más fácil destruirse á sí misma que destruir su amor.

Si la poetisa de Lesbos hubiera sido cristiana, los consuelos de nuestra religión la hubieran salvado; como era pagana, no conoció más remedio para su mal que el suicidio.

Al conocer Safo á Faon perdió para siempre

la tranquilidad; su alma agitada, borrascosa y ardiente no encontraba el reposo en parte alguna: su vida era un penoso cautiverio; tuvo que buscar la muerte para conquistar la libertad.

La roca de Leúcade, desde la cual se precipitó, libertóla de la tiranía del dolor. Safo, que había escrito: «La muerte es el mayor mal, y así lo han creido los dioses, pues si tal no fuera no se hicieran inmortales» tuvo que aceptarla como remedio á sus pesares.

Safo y Aspasia fueron las únicas mujeres de la antigua Grecia que formaron lo que hoy llamaríamos cátedras: Safo fundó una escuela de retórica; Aspasia una escuela de elocuencia.

Díjose en su época que Venus, sintiendo envidia de su talento, le había inspirado un fatal amor á Faon, y á éste una profunda antipatía hacia ella.

En esa envidia de Venus ¿no podríamos ver en bella alegoría el triunfo del talento sobre la hermosura?

En mi concepto esto quisieron significar los griegos, tan aficionados al símbolo y al emblema.

CAPÍTULO XIII

AL SEÑOR JOSÉ M. GARZA GALÁN

BEATRIZ DE GALINDO Y LA MARQUESA

DE GUADALCAZAR É HINOJOSA

I

En la patria de santa Teresa de Jesús y de Isabel la Católica no han sido las mujeres refractarias á las ciencias y las artes.

La Universidad de Salamanca guarda los ecos de la elocuente palabra de Lucía de Medrano, como conserva la de Alcalá el recuerdo de las eruditas frases de Francisca Nebrija. En la catedral de Barcelona se hizo escuchar Isabel de Foxá y Roseres, asombrando después en Roma á Paulo III y á varios cardenales, cual

habían asombrado á dicho Papa las cartas de la toledana Luisa Sigea, escritas en hebreo, árabe, griego y latín: esta mujer sabía tanta teología como la muy renombrada Isabel de Córdoba.

Si en un certamen que hubo en Cádiz admiró á los sabios María del Rosario de Cepeda, no causaron menos admiración en la corte española las cartas latinas de Ana Cervatón, dirigidas al duque de Alba.

La marquesa de Monteagudo, María Pacheco, la ilustre monja Teresa de Cartagena, Isabel de Vergara, Catalina de Ribera, Luisa Manrique de Lara, Hipólita de Narvaez, la sevillana Ana Caro Mallén, María Zayas y Sotomayor, tan admirada por Lope de Vega, y Sor María de Jesús, que sostuvo con Felipe IV una larga correspondencia tratando arduos asuntos de Estado, son otras tantas españolas dignas de figurar al lado de la sapientísima doctora de Avila.

Gloria de los siglos XV y XVI fué doña Beatriz de Galindo, como fué gloria del siglo XVIII doña María Isidra Guzmán y la Cerda, hija de los condes de Oñate y esposa de D. Rafael Alfonso de Sousa, marqués de Guadalcázar é

Hinojosa. Ambas alcanzaron el sagrado olivo de Minerva, ambas brillaron por su erudición y su virtud, siendo tan sabias como amorosas y tiernas madres.

Doña Beatriz de Galindo, denominada *la Latina*, alcanzó el alto honor de ser consejera de los Reyes Católicos; la hija de los condes de Oñate obtuvo un puesto en la Academia de la lengua y ganó en las aulas universitarias el grado de doctora.

II

Cuando Salamanca era emporio de las ciencias y las letras, denominándose muy legítimamente la Atenas española, brilló en esa ciudad doña Beatriz de Galindo, que se distinguía en el conocimiento de las letras humanas.

La fama de su sabiduría llegó hasta el trono de Isabel la Católica y, como la reina admiraba tanto la inteligencia, tuvo empeño en conocer á *la Latina*. Tratóla y, al medir la extensión

de sus conocimientos, la nombró maestra suya en literatura y en latín. No se envaneció doña Beatriz con tan honorífico nombramiento: aceptólo con la mayor humildad, declarando que era tanta su insuficiencia como grande el deseo de llenar dignamente la honrosa misión que se la confiaba.

Sus altas prendas de carácter hicieron que la magnánima reina la distinguiera con su confianza; pronto la maestra fué tierna amiga de la discípula. Deseando Isabel la Católica asegurar la felicidad de su favorita, casóla con el muy caballeroso Sr. D. Francisco Ramírez de Madrid, secretario del rey y uno de los héroes de la toma de Granada. Murió el esforzado artillero batiéndose contra los sarracenos en Sierra Bermeja, dejando sumida en la mayor aflicción á Beatriz de Galindo, cuando apenas contaba veintiseis años de edad. Muchos caballeros de la corte solicitaron su mano, la cual negó en absoluto, consagrándose al cuidado de sus hijos, al estudio de las ciencias y al servicio de los Reyes Católicos. Muerta la gran reina, que tantas pruebas de aprecio le había dado, retiróse de la corte, empleando su inteligencia y actividad en la fundación del hospi-

tal de la Concepción ó de *la Latina,* nombre que quiso darle el pueblo de Madrid, como cariñoso homenaje á la caritativa y sabia fundadora.

El objetivo de la existencia de esta ilustre mujer fué la práctica del bien; cuando en Noviembre de 1534 dejó de existir, los pobres experimentaron una gran pérdida y ellos le formaron con sus lágrimas la mejor corona.

La consejera de los Reyes Católicos, la sabia maestra de la gran Isabel dejó escritos varios comentarios á Aristóteles, poesías latinas y algunos trabajos de crítica literaria. Salamanca y Madrid disputábanse la gloria de haber sido su cuna.

Saludemos con respeto el nombre de Beatriz de Galindo, doblemente coronada con la aureola de la ciencia y de la virtud. Y, para honrar más la memoria de *la Latina,* coloquemos al lado de su perfil literario el de doña María Isidra Guzmán y la Cerda, tan sabia como buena.

III

La hija del conde de Oñate y de la condesa de Paredes nació en Madrid en Octubre del año de 1768. Al brillo de su cuna debía unirse otro más refulgente, el brillo de la gloria. Pocas mujeres han conquistado en los círculos científicos de España tantos honores como la docta doña María Isidra Guzmán y la Cerda. Diez y siete años contaba solamente la distinguida madrileña cuando fué laureada en la Universidad de Alcalá. Esta ciudad la recibió en triunfo y, cuando en el paraninfo de la Universidad se le confirió el grado de doctora en filosofía y letras humanas, los vítores más entusiastas resonaron en aquellos claustros, interrumpiendo momentáneamente la solemne ceremonia. Concediósele por morada el palacio episcopal, donde fueron á rendirle homenaje las más ilustradas corporaciones.

Asombrados quedaron al examinarla los sabios catedráticos Martínez Alonso, Fray Tomás

de San Vicente y Fray Rodríguez del Cerro. La aristocrática joven demostró sus profundos conocimientos en retórica, metafísica, historia natural, astronomía, matemáticas y teología, sin ningún alarde jactancioso. Al recibir la investidura la erudita joven, desbordóse el entusiasmo de la multitud; y, cuando cubrió sus sienes el birrete doctoral, confundiéronse con los más estrepitosos aplausos exaltadas voces, pidiendo un puesto en la Academia para la doctora. Otorgósele por unánime votación y allí fué recibida entre los acordes de la música, el aroma de las flores y los bravos de los concurrentes á la sesión. Acuñóse una moneda de plata para conmemorar el doctorado de la ilustre madrileña: dicha medalla contenía en el anverso un birrete de doctor y una corona de laurel, entre cuyas hojas se leia esta inscripción: *Assiduo Parta Labore*, y en el reverso lo siguiente: *A Exc. D. D. María Isidra de Guzmán et la Cerda. Hum Lit et Phitos Doc. Complut Anno MDCCLXXXV.*

Serenatas, repiques de campanas y diversas manifestaciones de los estudiantes demostraron á la joven doctora las simpatías que su sabiduría y su modestia se habían captado; magní-

ficos retratos suyos hechos por los primeros dibujantes aparecieron en todos los edificios públicos.

En 1789 casó la joven doctora con el marqués de Guadalcázar é Hinojosa; vivieron una temporada en Madrid, fijando después su residencia en Andalucía, en la bella ciudad cuna de Séneca. Tres hijos nacieron de este matrimonio, los cuales fueron educados por la ilustre dama. Dejó de existir doña María en el año de 1803, siendo su muerte muy sentida por su esposo é hijos, á los que amó siempre con la mayor ternura.

Nuestro sexo debe mucho á doña María Isidra de Guzmán y la Cerda: ella fué una de las primeras españolas que negaron con gran elocuencia la incompatibilidad entre la virtud de la mujer y los estudios universitarios; ella sostuvo en un brillante discurso la tesis (algo atrevida entonces) de que la mujer virtuosa y docta podía enseñar en una cátedra las ciencias profanas y sagradas: ella enarboló en el siglo XVIII la bandera del progreso, pidiendo ilustración para la mujer; y mucho de lo que pidió en el pasado siglo le ha sido otorgado á nuestro sexo en el glorioso siglo XIX.

IV

El siglo XIX, que puede estar satisfecho de sus inventos asombrosos y de sus útiles descubrimientos, podrá vanagloriarse con justa razón de ser el siglo que más ha enaltecido á la mujer, de ser el siglo que más ha hecho en favor suyo y el que de buen grado le ha cedido un puesto más ó menos importante en el universal concierto.

Siglo de las mujeres será denominado por la historia nuestro siglo pues, aunque en él no lo hayamos alcanzado todo, se ha hecho lo más importante, que ha sido destruir absurdas preocupaciones y esparcir con prodigalidad una semilla que ha de dar hermosos frutos en épocas nada lejanas.

Instruir á la mujer es educar á las generaciones venideras. Esta frase se había repetido mil veces sin haberle dado aplicación; hala declarado axioma nuesto siglo, haciendo práctico lo que solo era teoría.

Si aún hay oscurantistas y retrógrados que quieren á la mujer sumida en la ignorancia, pocos, muy pocos se atreven á proclamar en público tales ideas. Los retrógrados aman las tinieblas porque sus débiles pupilas no pueden soportar la luz de una alborada.

Nuestro siglo ha glorificado el trabajo, ha anatematizado la punible ociosidad de los señores feudales; como la mujer es compañera inseparable del hombre, tiene que asociarse á éste en todas las innovaciones provechosas. La mujer no puede ser en el presente siglo un ídolo mecánico adorado sistemáticamente: debe ser una diosa reverenciada por sus méritos reales. Para que el hastío no envenene las horas de la vida de la mujer es preciso que rinda culto á la religión del trabajo, y para trabajar necesita instrucción: el siglo XIX lo ha comprendido así, y por eso le ha abierto las puertas del saber, que tan herméticamente le habían cerrado otros siglos.

Con el título de Liceo Victoria, nombre de la princesa que lo inauguró, existe en Berlín un establecimiento consagrado á la instrucción del sexo hermoso. En Liesle se ha abierto un Instituto superior para las mujeres. La fa-

cultad de Medicina de Montpellier concedió á principios de este siglo el título de oficial de Sanidad á Mme. Castanier. En los Estados Unidos ha brillado en Medicina la señorita Blackwell. En dicho país hay seis Academias de higiene y fisiología dirigidas por mujeres eminentes y muy concurridas por las obreras. La señorita Hunt ha ganado una medalla de oro por haber curado de graves enfermedades á muchas mujeres y niños.

En 1869 el Instituto de Boston recibió entre sus socios á la señorita Jackson, que se distingue en la ciencia de Hipócrates. Suiza, Francia, Rusia é Inglaterra han repartido muchos títulos de médico entre mujeres notables en el arte de curar. La facultad de París ha admitido en su seno á Miss Putuam, doctora en Filadelfia.

En San Petersburgo una junta de damas ha pedido la participación de las mujeres en el profesorado para la enseñanza histórica, científica y fisiológica. Stuart Mill, el valiente defensor del derecho y del deber social, apoyó la petición de las damas, pronunciando las siguientes palabras:

«El igual acceso de los dos sexos á la cultura

intelectual importa, no sólo á las mujeres, lo cual sería ya una recomendación suficiente, sino también á la civilización universal. Estoy profundamente convencido de que el progreso moral é intelectual del sexo masculino se halla en gran peligro de detenerse si el sexo femenino no sigue su marcha.»

Grandes han sido en este siglo las prerrogativas que ha empezado á disfrutar la mujer: en las oficinas del Banco de Francia se admiten mujeres, las cuales se ocupan en inutilizar billetes, en cortar cupones, etc. El Banco les da sueldos suficientes para librarlas de la penuria y de la desesperante aguja, que acaba con la vida de la costurera sin salvarla de la miseria. Las empleadas de dicho Banco comienzan ganando tres pesetas diarias y pueden llegar á obtener cuatrocientos pesos anuales. Además se ha creado una Caja de ahorros para poder dar una especie de cesantía á las enfermas ó ancianas que no puedan trabajar. ¡Bendito sea el progreso!

Nuestro siglo es favorable cual ninguno á la causa de la mujer: él romperá todas las cadenas de su esclavitud moral dándole, para defenderse de la miseria, empleos que la libren

del doloroso sacrificio de entregar su mano al hombre á quien no ama.

La mujer debe al siglo XIX su mayor preponderancia: los libros santos, los padres de la Iglesia, los sabios de otras épocas habían proclamado en voz muy alta la inferioridad intelectual de la mujer con relación al hombre; en nuestros días un gran anatómico de Viena acaba de demostrar que es un error esa decantada inferioridad. El doctor Brihil, que así se llama el mencionado anatómico, ha declarado que el vigor intelectual puede ser idéntico en los dos sexos. A las mujeres no las debe sorprender la declaración del doctor, porque son muchas las que han demostrado que no tiene sexo la inteligencia.

Nuestra época ha hecho la apoteosis de la mujer ilustrada: los estatutos de la Academia de Ciencias de París tenían excluída de sus bancos á la mujer y la muy austera Academia acaba de abrir sus puertas á Sofía Kowlenska, la hija del ilustre paleontologista de este nombre, distinguida profesora de matemáticas en la Universidad de Stokolmo. El sabio Areópago de la Academia de Ciencias ha tenido que derogar la antigua prohibición, subyugado

por los extraordinarios méritos de Sofía Kowlenska. Al entrar en la Academia todos sus ilustres individuos se pusieron en pie en signo de adhesión. ¡Qué triunfo para la mujer!

Se dice que esta distinguida erudita es tan modesta como bella y sabia: sus artículos publicados en el «Acta Matemática» atrajeron el aplauso de los hombres de ciencia. La Universidad de Cutingen la dió el grado de doctor en filosofía, concesión que no había hecho nunca esta Universidad á ninguna mujer.

CAPÍTULO XIV

AL GENERAL RAFAEL CRAVIOTO

DOS GRANDES REINAS

I

Con el sobrenombre de la Grande es conocida en la historia doña María de Molina, reina de Castilla y de León, y es indudable que el mismo sobrenombre merece Isabel la Católica.

María de Molina es la figura femenil que más se destaca en la Edad Media, iluminada por los últimos reflejos del siglo XIII y por los albores del XIV. Isabel la Católica es la gran figura que aparece iluminada á plena

luz por los espléndidos fulgores del Renacimiento. Pertenece á esa época de transición en que, cayendo desmoronado todo lo caduco, se abrió paso el progreso, desenvolviéndose el espíritu utilitario en grandiosas conquistas políticas, religiosas, navales y mercantiles y el espíritu de lo bello en manifestaciones artísticas que introdujeron en España el buen gusto griego; á esa brillante época en que triunfó el decálogo del Korán, en que, después de siete siglos de lucha encarnizada, reuniéronse bajo un mismo cetro los reinos de Castilla, Aragón y Navarra, derrocándose la media luna en Córdoba y Granada, é implantándose la Santa Cruz. Isabel la Católica, como María de Molina, poseía virtudes femeninas y viriles. Enérgicas y valientes, armáronse de espada y coraza para defender sus dominios.

¡Cuántas veces se vió á doña Isabel á caballo días enteros dictando órdenes y aprovechando las noches en escribir mensajes á fin de reanimar el celo de sus súbditos!

¡Cuántas veces se vió á doña María privada del sueño y de todo reposo al frente de sus ejércitos, teniendo que combatir contra la nobleza sublevada, contra los insidiosos infantes

D. Juan y D. Fernando, tíos de su hijo, y contra los moros andaluces!

Isabel la Católica ofreció sus joyas para el descubrimiento de un nuevo mundo; María de Molina dió las suyas para sostener la guerra en defensa del trono de su hijo sin vender á Tarifa como le habían propuesto.

Poseían las dos reinas valor extraordinario y una fuerza moral que las libró siempre de las debilidades que aquejan á las demás mujeres.

A sus méritos de heroinas, reunían ciencia de gobierno, gran golpe de vista para los asuntos diplomáticos, genio organizador, alto criterio, incansable actividad, energía y perseverancia.

Pocas mujeres como estas dos grandes reinas han codificado leyes, organizado tribunales, reformado el clero y juzgado á jueces.

Clementes con el infortunado, fueron severas con el poderoso. Piadosas y benévolas con las culpas cometidas por falta de inteligencia, ejercieron la justicia contra las acciones viles.

Tanto Isabel como María distinguiéronse por su laboriosidad. Después de presidir consejos, revisar fallos, conceder audiencias, conferen-

ciar con ministros y embajadores y atender á los deberes religiosos, tenían tiempo para educar á sus hijos.

Doña María de Molina era sumamente ilustrada, si se atiende á que los conocimientos del saber no se habían difundido en su época por no haberse descubierto la imprenta; así es que contribuyó á la propagación de las buenas lecturas por medio de manuscritos eruditos.

Doña Isabel pudo hacer más que su antecesora por la instrucción; y, para alentarla con su ejemplo, dedicóse al estudio del latín, que era entonces la lengua de la diplomacia, y de los doctos, y con sus conocimientos pudo comentar á Cicerón y discutir sermones de sabios prelados de su reino.

Notables por la discreción fueron las dos reinas españolas, pues si María sobresalió por la prudencia, distinguióse Isabel por la moderación y el buen juicio.

II

Culta y elocuente como Isabel la Católica era doña María de Molina: en uno de los dife

rentes motines urdidos por las revoltosas huestes de los audaces magnates Haro y Lara, lanzóse contra los amotinados y les venció con su palabra.

Grande fué su denuedo para entrar en Segovia; como los insurrectos no le quisieran franquear las puertas, atravesó por medio de dos mil hombres armados y los dominó con su ardimiento.

Doña María la Grande ejerció la doble regencia pues, muerto su hijo Fernando IV, regentó á su nieto Alfonso XI; y tuvo la gloria de ejercer una doble maternidad moral, educando á su hijo y al rey batallador.

Brillante como su talento de rey fueron sus virtudes femeninas; mientras estuvo casada no se le atrevió ni la calumnia; después ni el más leve lunar manchó sus tocas de viuda.

Tan madre como reina tuvo la abnegación de perdonar á su hijo Fernando el Emplazado, que se atrevió á levantar contra ella á sus parciales.

Más amante del bien de sus pueblos que del goce del poder, supo dejar éste en momentos en que peligraba la paz.

Respetada por adversarios y parciales ha

sido la sabia reina, esposa de Sancho el Bravo. Próxima á zozobrar se hallaba la nave del Estado, y la inteligente reina sacóla á flote, dirigiendo el timón con su proverbial pericia.

De doña María de Molina puede decirse como de Isabel la Católica, que manejó el cetro, la espada y la aguja con la misma habilidad.

La tumba de esta gran reina se halla en su muy querida Valladolid, en la iglesia de las Huelgas, de que fué fundadora.

Los *touristas* que visitan á la histórica ciudad de las justas y los torneos rinden ferviente homenaje á la memoria de tan gran mujer, deteniéndose con veneración ante su mausoleo.

III

Nunca han estado tan conformes los historiadores al juzgar á una reina como lo han estado al juzgar á Isabel la Católica. *Cifra de la felicidad de las Españas, suma del honor nacional y compendio el más bello de todas las*

virtudes la denominó un prelado escritor. Montalambert dice que fué *la más noble criatura que jamás reinó sobre los hombres;* el cardenal Cisneros añade que *nunca en los orbes de nuestro sistema planetario alumbró el sol criatura que á doña Isabel se igualara.*

Un historiador hace de ella el siguiente retrato:

—«Era la reina de mediana estatura, pero »admirablemente proporcionada de miembros »y facciones. La indecible elegancia de sus »formas no parecía cosa de la tierra: tras de la »flexibilidad de aquel gracioso cuerpo ocultá»base la insólita fuerza de sus músculos y la »majestad sola de su porte bastara á revelar »quién era, cuando no hubiese hasta en su an»dar mesurado un aire de autoridad irresisti»ble. Eran sus cabellos largos y sutiles, del co»lor del oro y refulgentes; mate la blancura »de su tez que en el rostro arrebolaban rojas y »frescas tintas. Admirábase en sus ojos aquel »raro matiz que del azul pasa á verde trans»parente y la lucidez de su mirar, animado »por la expresión de su penetrante agudeza, »bañaba, por decirlo así, en nítida luz aque»llas mejillas, en las cuales no bastaron á ex-

»tirpar las rosas, ni las tareas de la reina, ni la »fecundidad de la madre. Castamente cerrados, »ocultaban sus labios la belleza y perfección »de una blanca dentadura; entrambas sienes »ocultaban á medias sendas trenzas de su do- »rado cabello los lineamientos de las orejas, »no pequeñas, pero sí bien contorneadas; y en »suma, la serenidad de su alma respiraba en »la púdica gracia de aquella figura, en la cual »el vigor de la expresión se unía á la belleza »de la forma.—Y no consistía la hermosura de »Isabel tanto en la regularidad de las faccio- »nes ó en la magia del colorido, como en la »pureza de aquel conjunto, tan armónicamen- »te análogo á la tranquila expresiòn de los »pensamientos que la animaban.»

Isabel la Católica era muy ilustrada, y su amor al saber se extendió á todas las damas de la corte, pudiéndose decir que no tuvo reina alguna corte femenina más virtuosa y culta, pues, siendo honrada y erudita, sus damas querían imitarla. En ese feliz reinado floreció doña *Beatriz la Latina*, maestra de la reina.

Hase pretendido obscurecer la gloria de Isabel I, haciéndola responsable del establecimiento de la inquisición en España; pero ésta

fué obra de D. Fernando que, siendo eminente político, veía en la Inquisición poderoso instrumento para la unidad nacional, tan menoscabada por la invasión de los árabes y por la preponderancia que iban tomando los judíos.

Isabel la Católica era muy humana y no sería justo hacerla responsable de los horrores de la Inquisición. Sabido es que fué creadora de los primeros hospitales militares y de otras instituciones benéficas.

Lo que no han podido negar sus enemigos á la gran Reina es la decidida protección que dispensó á Colón para su magna empresa, tachada de locura por los reyes de otras naciones y hasta por los ministros y magnates de la corte de España.

Sólo ella, con su clara intuición, con su acertado instinto, tuvo fe en los vastos planes del inmortal navegante.

Aunque era ella la reina, supo sostener la dignidad de su marido, no sólo haciendo que le respetaran los castellanos, sino aprovechando cuantas ocasiones pudo para manifestar que todas sus determinaciones estaban inspiradas en la voluntad de D. Fernando.

Esta admirable mujer fué tan grande en su

vida pública como en la privada, sabiendo soportar con resignación grandes dolores. Varias veces sintió lacerado su corazón de madre, porque no sólo vió morir á dos de sus hijos, sino que tuvo la pena de presentir que el débil cerebro de su hija Juana acabaría por enfermar de un modo incurable.

El engrandecimiento del trono de Carlos V, en cuyos dominios no se ponía nunca el sol, debióse á Isabel la Católica.

La historia ha hecho brillante apoteosis de esta mujer extraordinaria, uniendo su nombre al descubrimiento del Nuevo Mundo, á las hazañas del Gran Capitán, á la conquista de Granada y á la restauración de las artes y las bellas letras.

CAPÍTULO XV

AL SEÑOR DANIEL TRACONIS

DOS ESCRITORAS REALISTAS

I

DESDE que Goncourt, Flaubert, Champfleury, Droz y Zola, han presentado á la verdad sin la más leve gasa, la verdad ha resultado impúdica y no pueden mirarla los ojos castos. No se culpe á la verdad de su desnudez sino á los que nos la muestran tan descarnada, tan cruda, tan brutal. Los que en vez de pintar con suave carmín pintan con almazarrón podrán dar pinceladas magistrales, pero serán demasiado subidas de color.

Los escritores que en nuestros días pretenden hacer del realismo una doctrina, un grito de combate ó un sistema, no han creado este género literario, lo que han hecho ha sido desnaturalizarlo al abusar de él; tanto, que la gente poco ilustrada se figura que el realismo es un reto á la moral ó una transacción con lo obsceno. Esa gente desconoce los buenos modelos que existen de elegante realismo, porque el ruidoso escándalo de las obras de Zola y de Belot está absorbiendo la pública atención. Mas no hay que tomar como únicos escritores realistas á éstos, ni hay que asustarse del realismo ni creerlo sinónimo de impudicia.

El género realista no es tampoco el pesimismo, como algunos han supuesto muy erróneamente. Para que mi opinión tenga más fuerza voy á parapetarme tras de lo que dice Feydeau, escritor realista, y como tal irrecusable autoridad en el presente caso.

«La vida humana no se compone solamente de fastidios, de pesares, amarguras, vanos anhelos y groseros apetitos del cuerpo; encierra también sus castos placeres, sus nobles deseos y sus levantadas aspiraciones. La humanidad tiene manchas como el sol; pero,

como él, tiene su claridad y su calor. En el antagonismo del mal y del bien, en el contraste de la belleza y la fealdad, ha de hallarse la verdad y el interés dramático. El que no viese en la existencia más que lo malo y lo feo estaría tan desprovisto de discernimiento como el que sólo viese lo bello y lo bueno: el uno sería tuerto del ojo derecho, el otro del izquierdo. El que pretenda pintar la vida en sus libros, si es justo y hábil la pintará tal como es, con su eterno antagonismo, y por este medio conseguirá conmover, porque será real.»

Sorprender al hombre crapuloso en el lupanar, y decir después que la humanidad hace vida de burdel, es tan absurdo como afirmar que el género humano está enfermo porque existen hospitales y manicomios, que el mundo es un lodazal porque hay en él cloacas. Buscar en la verdad sus más bajos aspectos es adorar el fetichismo, profesar el culto de lo feo.

No es equitativo querer hacer de lo monstruoso lo común. Los que copian groseramente todo lo más innoble de la vida sin copiar lo elevado, generoso y grande, no son fieles al realismo, no son sinceros con él. Falseados los

principios del realismo no es extraño haya caido en descrédito entre los asustadizos que ignoran completamente, no sólo que el género realista es muy antiguo, sino que ha tenido por adeptos autores de gran moralidad.

El artista y el poeta se han de inspirar en la verdad sin copiarla servilmente, pues, como no todo es admirable en ella, sólo debe sacarse á la superficie lo digno de ser admirado. Enlácese el realismo con una razonada idealidad, y resultará un feliz consorcio. Victor Hugo, el gran poeta de este siglo, es realista é idealista al mismo tiempo; basta pensar en su *Quasimodo* para sustentar tal opinión.

La revolución literaria que presintió Balzac, modelo de culto realismo, y que ha estallado en nuestros días, tiene su razón de ser, responde al gusto de nuestra época, más amante de lo positivo que de las fantasmagorías de la imaginación.

El clasicismo formó una literatura oficial, pedantesca, en la cual pudo ser sustituido el genio por las reglas académicas supeditadas á toda clase de arcaismos. La necesidad de dar vuelo á la imaginación creó la escuela romántica; mas el romanticismo, libre de trabas, ex-

travióse por no comprender que nada vale una idea original, atrevida y grandiosa, mientras no sea sensata. Los escritores románticos, abusando del idealismo, se pierden entre las densas brumas de lo hipotético y lo abstracto: no describen lo que existe sino lo que sueñan. Después de comparar á los clásicos con los románticos y los realistas, paréceme que son éstos los que están en lo cierto. Los escritores realistas describen lo que ven ó lo que sienten, y por eso sus creaciones tienen calor de humanidad, que es precisamente lo que necesita toda obra artística ó literaria para ser buena.

Lamartine es brillante, púdico, delicado, elegantísimo, pero romántico en demasía; creó tipos fantásticos en vez de séres humanos. En su novela *Rafael*, más que novela oda en prosa ó poema, es tan falso el tipo del marido de Julia, como el de su amante. Querer presentar hombres tan perfectos, tan espiritualistas, que no sientan nunca ni el más ligero estremecimiento de los sentidos, es crear estatuas. Siendo nuestro sér un conjunto de espíritu y materia, el hombre insensible á las sugestiones de ésta, es un caso patológico digno de llamar la atención de la ciencia, que se detiene ante

todo fenómeno que se le presenta. Guardar el equilibrio entre el espíritu y la materia es lo que hace el hombre cuerdo: pues si no ha sido dotado de alas para vivir en el éter, en cambio posee razón para no arrastrarse por la tierra cual el bruto.

Otro de los defectos de la escuela romántica es el no hablar sus personajes el lenguaje llano que se usa en la vida real. Lamartine tiene un picapedrero que se expresa como un teólogo, á pesar de no haber aprendido á leer ni á escribir.

La literatura clásica sólo admitió el coturno; la romántica, la sandalia de raso; la realista, más lógica, admite el coturno, la sandalia y la alpargata.

En las obras de Galdós y de Pereda hay desarrapados que valen lo que no han valido la mayor parte de los personajes de la escuela romántica, los caballeros de arnés y lanza, de capa y espada. El escritor que hace hablar á un labriego como á un académico, no es novelista.

Por eso el realismo, no la demagogia de los seudo-naturalistas, es el género literario llamado á más larga vida.

No se crea que el género realista ha nacido

hoy: Homero, Apeles, Plauto, Sófocles, Aristófanes, Cervantes y Quevedo fueron escritores realistas.

Teócrito, describiendo hombres de manos encallecidas por el trabajo; Virgilio, haciendo sentir en sus *Bucólicas* el olor de los establos; Shakspeare, poniendo en escena, no sólo á César sino á humildesobreros, y Gœthe, presentándonos á *Carlota* entregada á pequeños y vulgares detalles de la vida doméstica, son eminentemente realistas, como lo son Scopas, cultivando la escultura de pasión, y Zurbarán prestando á lo más trivial el encanto del arte.

II

España ha tenido literatos y pintores realistas en todos tiempos sin pretensiones de serlo. Velázquez, haciendo resaltar la expresión del borracho en las figuras de uno de sus mejores cuadros; Goya, retratando á las majas con el descarado desparpajo que les es propio; Fernán Caballero, perfilando magistralmente ti-

pos populares, y María de Zayas Sotomayor, dando relieve al carácter del avaro en su novela titulada *El castigo de la miseria*, resultan realistas de gran fuerza.

Admirable es la sencillez con que refiere la ilustre literata madrileña María de Zayas; sus personajes palpitan y pestañean, vistiendo siempre el severo ropaje de la verdad. Es ingenua, natural y correcta como Fernán Caballero, aunque escribe con más desenvoltura que ésta, porque su estilo es el de la época á que pertenece, el estilo del siglo XVII.

Publicó dos colecciones de sus obras tituladas *Novelas ejemplares* y *Novelas y saraos:* ningún autor español, á excepción de Cervantes, ha alcanzado en sus libros mayor número de ediciones que ella.

El enredo de algunas de sus novelas sirvió de argumento á varias comedias de las mejores de nuestro teatro antiguo.

Débele gratitud su sexo por la enérgica defensa que de él hace: rompió lanzas por el enaltecimiento de la más interesante mitad del género humano con la mayor valentía.

Impugnó siempre sin petulancia á los detractores de la mujer, diciéndoles entre otras

cosas: «*Aunque las mujeres no son Homeros con basquiña y enaguas, ni Virgilios con moño, por lo menos tienen el alma, las potencias y los sentidos como los hombres: muchas pudieran competir con ellos en inteligencia, pero fáltales el arte de que ellos se valen en estudios; porque lo que hacen no es más que natural fuerza.*»

Brilló también Maria de Zayas como poetisa, habiendo sido celebrada por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo.*

Sus mejores novelas son: *La fuerza del amor*, *El Juez por su causa*, *Tarde llega el desengaño* y *El castigo de la miseria.*

Versificaba con tan gran facilidad, que no hay novela suya en la que no se encuentren enlazados algunos versos, aprovechando la ocasión de ponerlos en boca de algún amante rondador que galantea á su dama dándole serenata.

Fácil, natural y amena es la pluma de María de Zayas, la cual no se contagió del culteranismo de su tiempo, y éste es uno de sus mayores méritos, ya que supo reemplazar el estilo conceptista por el estilo llano. Su sencillez y su amor á la verdad dánle gran semejanza con la

renombrada escritora andaluza de que voy á tratar.

III

Cábele á una mujer, á la ilustre Fernán Caballero, la gloria de haber regenerado la novela en España. Con justicia podemos denominarla restauradora de nuestra novela: ella sustituyó los personajes quiméricos por seres palpitantes, lo mítico por lo real, orillando todo convencionalismo al elegir lo más adecuado para las situaciones que quería representar. Triunfó de todos los novelistas españoles de su época, porque su divisa fué *verdad, sencillez y moralidad.* Fernán Caballero creó la novela de costumbres, pues antes de aparecer la autora de *La Gaviota,* la novela se importaba del extranjero.

Las novelas de la amena narradora reflejan las virtudes y los defectos, las creencias y tradiciones, las costumbres y caracteres del pue-

blo español: son novelas esencialmente nacionales. Sus descripciones, llenas de colorido, su poético y delicado sentimentalismo, su estilo claro y natural, las han hecho populares, y hubieran alcanzado todavía más prestigio si su autora, enamorada de las sociedades caducas, no hubiera tronado contra el espíritu del siglo. Su fervor á lo pasado y protesta contra lo presente quitan á sus novelas el delicioso sabor de actualidad que tienen las de Galdós. Apasionada del ayer, sólo encuentra panegíricos para éste y diatribas para el hoy; pero los más exaltados apóstoles del progreso que la rechazan por reaccionaria, no pueden menos de conceder á sus obras gran mérito artístico.

Las costumbres tan admirablemente descritas por la prodigiosa pluma de Fernán Caballero, van desapareciendo; y esto avalora sus libros que son buscados por los hispanófilos de otras naciones, como busca el numismático el único ejemplar de la medalla que señala una época en la vida de un pueblo. Ha retratado de mano maestra la sociedad de las provincias andaluzas en la primera mitad de nuestro siglo. Nadie negará á Fernán Caballero el título de escritora realista, si se detiene á estudiar los

tipos de *Marisalada*, *Don Jeremías*, *Roque la Piedra*, *Don Benigno*, *Lágrimas*, *Don Fernando* y *Marcos Ruiz:* son figuras que se desprenden del lienzo, que respiran.

La célebre novelista escribió las siguientes obras: *La Gaviota*, *Pobre Dolores*, *Simón Verde*, *Clemencia*, *Lágrimas*, *La estrella de Vandalia*, *Callar en vida y perdonar en muerte*, *Tres almas de Dios*, *Más honra que honores*, *Lucas García*, *Obrar bien, que Dios es Dios*, *El dolor es una agonía sin muerte*, *Cosa cumplida*, *Solo en otra vida*, *La familia de Alvareda*, *Elia*, *Una en otra*, *Deudas pagadas*, *Un verano en Bornos*, *Vulgaridad y nobleza*, *El último consuelo*, *Dicha y suerte*, y una abundante colección de artículos religiosos, leyendas y cantares.

El recuerdo de la fecunda escritora, que con tan gran facilidad fotografió á nuestra encantadora Andalucía, no se borrará jamás de propios y extraños: los lectores de buen gusto tributarán eterno culto á su memoria.

CAPÍTULO XVI

AL SEÑOR GENERAL GREGORIO CHAVES

VIRGINIA Y LUCRECIA

I

Más tiranizada que en Grecia vivió la mujer en Roma; sus leyes postergáronla completamente y, como si esto no fuera bastante, veíasela humillada hasta en el hogar, ante sus mismos hijos, pues á la hora de la comida tenía que ocupar un bajo taburete mientras que su marido se reclinaba muellemente en el lecho.

«Mal necesario» denominaba Metello á la mujer; Catón, el anciano, decía: «Fuera del oscu del divorcio, el marido es el juez natural

de su esposa y tiene sobre ella la autoridad de censor, una autoridad ilimitada que se extiende á castigarla, si cometió acción reprensible, y á sentenciarla, si consiente familiaridades de algún extraño.»

«El que sorprenda á su mujer en adulterio puede impunemente matarla, sin forma de juicio siquiera; mas ella, aun cuando sorprendiese á su marido, no ha de osar tocarle con un solo dedo porque no tiene derecho para ello.»

Cualquier capricho del hombre era motivo bastante para repudiar á la mujer, y no era más frecuente el divorcio, á pesar de serlo mucho, porque al realizarse, el marido tenía que devolver el dote de la mujer á su familia.

Entre los romanos, la autoridad paterna fué tan poderosa por hallarse tan sólidamente establecida, que no se necesitaba sanción legal para sostenerla: el padre era un tirano que tenía el derecho de vida y muerte sobre su hijo,

Los hijos no tenían personalidad, pues confundida ésta en la muy absorbente del padre, carecían muchas veces hasta de nombre, denominándose Claudios, Flavios, Apios ó Máximos, según se llamaba el jefe de la familia.

No podía ser más triste la suerte de la mujer

romana: siendo soltera, tenía un tirano; casada, dos; pues al salir de su hogar no se libraba del formidable poder de su padre.

Si la mujer romana no se hubiera visto tan humillada, el tipo de Arria, Porcia, Cornelia y Eponina hubiérase multiplicado.

II

No faltó, sin embargo, en Roma, en la relajada época de la monarquía, una Lucrecia que recordará eternamente ha brillado la virtud de la mujer hasta en los tiempos de mayor corrupción social.

Quinientos años antes de la venida de Jesucristo murió esta mujer y, lejos de borrarse su recuerdo, está cada día más latente, habiendo llegado á ser su nombre sinónimo de virtud: pues entre gente culta, para ponderar á una mujer por su castidad, se dice que es una Lucrecia.

Reinaba Tarquino el Soberbio; su hijo Sexto

que era muy libertino, vivía siempre en orgías cometiendo mil abusos porque, siendo hijo del rey, contaba con la impunidad. Una noche, hallándose en una fiesta lejos de Roma, ocurrióle la idea de proponer á sus amigos tomaran caballos y fuesen á la ciudad á sorprender á sus mujeres para saber en qué se ocupaban cuando los maridos estaban ausentes. Los amigos de Sexto aceptaron la proposición; entre éstos hallábase Colatino, esposo de Lucrecia. Visitaron á las otras mujeres y las encontraron más ó menos distraidas; pero en casa de Lucrecia todo respiraba fidelidad conyugal, amor al hogar y al orden. La matrona se hallaba disponiendo las labores para el día siguiente cuando fué sorprendida. Al contemplar su belleza, Sexto quedó prendado; y, poco dispuesto á privarse de ningún antojo, empezó á pensar en los medios de poseer siquiera por algunas horas á aquella encantadora mujer.

Pocos días después, aprovechando una ausencia de Colatino, fué á casa de Lucrecia con pretexto de darle noticias del esposo, y pidió hospitalidad por una noche. ¿Cómo negársela Lucrecia si era pariente de su marido?

Lucrecia cenó con él sin la menor descon-

fianza, y después retiróse á sus habitaciones. El libertino estaba de acuerdo con uno de los esclavos de la hermosa matrona, y graciasá él pudo introducirse en el casto dormitorio.

Lucrecia dormía tranquila: un rayo de luna iluminaba su rostro haciéndolo más interesante; á los impúdicos besos de Colatino despertó asustada, y en breve se entabló una lucha, en la que Lucrecia quedó vencida, defendiendo su honor. El infame libertino amenazóla diciendo que, si no quería ceder á sus deseos, pensaba propagar que por haberla encontrado en la cama con un esclavo, le dió muerte para vengar el honor de Colatino. La desgraciada Lucrecia tuvo que ceder, no por miedo á la muerte, sino por miedo al deshonor.

Al día siguiente fué á casa de su padre, envió á un mensajero para llamar á su marido y, cuando llegó Colatino, en presencia suya, del padre, de Publícola y de Junio Bruto, refirió el triste suceso; y sin dar tiempo á que sus oyentes volvieran de su asombro, sacó un puñal y clavándoselo en el corazón exclamó: *No puedo sobrevivir á mi deshonra.*

Junio Bruto, colérico, cogió el puñal de Lucrecia, todavía ensangrentado, y, dirigiéndose

al Foro, amotinó á los plebeyos y les hizo jurar la destrucción de la monarquía. Estalló la revolución: Bruto fué el primer cónsul republicano.

La muerte de Lucrecia, que acabó con el poder de los Tarquinos, ha inspirado á notables artistas y escritores. Tito Livio, Halicarnaso y Ovidio refieren el trágico suceso sin negarle la importancia que tuvo.

III

Púdica como la aristocrática Lucrecia, era la plebeya Virginia.

Nació en plena república; pero, á pesar de tan liberal forma de gobierno, seguía la esclavitud.

Los decenviros, encargados de formar las leyes, abusaban de su poder. Apio Claudio, que era uno de ellos, enamoróse de Virginia y, no pudiendo triunfar de su virtud, imaginó una

diabólica intriga, de la cual esperaba el éxito anhelado.

Púsose de acuerdo con uno de sus subalternos, que tenía discutibles derechos sobre los padres de Virginia, y pidió á éste que reclamara como esclava á la bella joven para entregársela después á él. Llevóse el litigio al tribunal de Apio, y el Decenviro falló en contra del padre de Virginia.

Tal fallo poníala á disposición del amigo del Decenviro.

Virginia había pedido á su padre que la matara antes que verla convertida en instrumento de placer del lascivo Apio Claudio.

Oyó la sentencia el padre de la bella y virtuosa joven y, al oirla, hundió un puñal en su pecho, exclamando ante el pueblo: «Apio, por esta sangre inocente entrego tu cabeza á los dioses infernales.» Scilio, tribuno del pueblo, que era novio de la joven, paseó por la ciudad su cuerpo ensangrentado para excitar la indignación.

Subleváronse los plebeyos, y tal sublevación ocasionó la caida de los decenviros, que tan poderosos habían sido.

La sangre de la casta Lucrecia derrumbó la

monarquía, como la sangre de la púdica Virginia derrocó el decenvirato.

¡Lucrecia! ¡Virginia! Poéticos, gloriosos nombres que serán siempre emblema del pudor, de la castidad, de la virtud!

CAPÍTULO XVII

AL SEÑOR GENERAL LUIS E. TORRES

DOS REINAS ESCRITORAS

I

Los pueblos que tienen aficiones literarias son los más cultos y floreciente, los menos viciosos.

La literatura marca la fisonomía y el carácter de una nación, sus glorias y vicisitudes reflejando, no sólo sus costumbres, sino hasta su clima y su cielo.

La Grecia antigua tiene más vida y juventud que la moderna porque la hacen renacer las grandes obras de sus artistas y poetas. No se

ha extinguido todavía la veneración que nos inspiró el pueblo clásico de la belleza porque lo contemplamos á la luz de su pasado esplendor artístico. Un solo libro ha dado más importancia á Portugal que las grandes hazañas, las atrevidas empresas y los importantes descubrimientos de sus guerreros y navegantes. El poema de Camöens enalteció á Lusitania, y por eso se rinde en Portugal al egregio poeta un culto que no se tributa al mismo Vasco de Gama.

La literatura es la mejor manifestación intelectual de la humanidad, la más alta expresión del pensamiento, la educadora de los pueblos, la escala del progreso, el termómetro de la civilización.

Los príncipes de nuestros días han comprendido que la inspiración es sagrada, que cultivar las letras es glorioso, y por eso han hecho de la pluma timbre nobiliario. En época de Cristina de Suecia una reina escritora era un fenómeno; en cambio hoy no sorprende que Isabel de Rumania sea notable literata.

Escribir en letras de molde es en nuestro siglo tan aristocrático como lo era entre los barones de la Edad Media el no saber firmar. Los

individuos de extirpe regia ó aristocrática aumentan hoy la lista de literatos. No hay príncipe que no escriba sus memorias, sus impresiones, el diario de su vida, ó algún cuaderno epistolar si no puede brillar en la novela, en la poesía ó en el libro científico.

La infanta Paz de Borbón escribe versos místicos; la reina Victoria de Inglaterra escribe sus memorias cual la exemperatriz de Francia; Valeria, hija del emperador de Austria, está terminando una comedia; la princesa de Metternich obtuvo premio en un certamen con su novela *No me atrevo*; la princesa Clementina de Orleans escribe artículos de costumbres, y también escriben sus observaciones, recogidas en los salones madrileños, la duquesa de Alba y la de la Torre. Cristina de Suecia estuvo siempre más orgullosa de su talento que del trono.

II

Con el pseudónimo de Carmen Silva es conocida y admirada en todos los pueblos de

ambos continentes la reina Isabel de Rumania, insigne literata.

La excelsa escritora nació á orillas del fantástico *Rhin*, que ha dado origen á tantas leyendas; la princesa Luisa de Wied, su abuela, fué eminente poetisa; un tío suyo, el príncipe Maximiliano, es celebrado como gran naturalista, y su padre goza de gran reputación entre los filósofos alemanes. Isabel cultiva la pintura y la música, pero la literatura le ha tejido una guirnalda que ennoblece su frente más que la regia corona.

La reina conoce las lenguas antiguas y modernas, y sus versos franceses é ingleses se hallan á la altura de sus versos alemanes. Al perder á su idolatrado hijo, cuya muerte no ha dejado de llorar todavía, se consagró al arte, haciendo de él una religión: las canciones rumanas preferidas por el eterno ausente las ha traducido con inspirada ternura.

Escribe más que por amor á la gloria, para emplear en algo grato la actividad de su espíritu, que no se puede llenar únicamente con sus deberes de reina; para desahogar la melancolía de su corazón; y, cuando impulsada por sus amigos, envía trabajos literarios

á público certámen, tiene la satísfacción de verlos premiados, como le sucedió con el libro escrito en provenzal.

Carmen Silva aboga por la emancipación de su sexo; exaltada defensora suya, pide para la mujer una instrucción más completa que la que ha recibido hasta hoy.

La egregia dama escribe de una manera franca y valiente, expresando sus ideas con claridad, energía y precisión.

Dirigiéndose á los hombres para refutarles la rutinaria y manoseada preocupación de la debilidad de la mujer, les dice:

Debe la mujer resistir al amor, sufrir los dolores del parto, compartir con vosotros las penas, educar á los hijos, dirigir la vida doméstica, ser bella eternamente, amable y buena y ¡os atreveis á hablar de su debilidad!

¡Vigorosa idea expresada con sobriedad y sencillez!

Con gran laconismo encierra Isabel de Rumania un profundo pensamiento en la siguiente frase: *Si dudais de la verdad de un sentimiento, preguntad á una mujer ilustrada: ella los conoce todos.*

Convincente argumento para anonadar á

los que afirman que la instrucción extingue los sentimientos en el alma de la mujer!

Una de las mujeres más ilustradas y de más viril inteligencia fué Jorge Sand, y, sin embargo, no ha habido mujer más exaltada en sus amores que ella: tanto, que si hubiera existido en tiempo de Jesucristo, habría inspirado al Divino Redentor la frase que le inspiró la Magdalena.

Es una vulgaridad creer que las mujeres extraordinarias no saben sentir; en las mujeres superiores la llama del genio se enciende en el cerebro y en el corazón. Son en ellas tan volcánicos, tan impetuosos los sentimientos, que si no les opusieran el dique de la razon, se desbordarían. No ama más la mujer que da rienda suelta á sus pasiones, sino la que tiene el valor de avasallarlas.

La mujer vulgar sólo siente con el instínto; la mujer superior esmalta sus afectos con las filigranas, con las delicadezas que tan interesantes hacen los grandes amores. No, mil veces no: no se desenvuelve la inteligencia en la mujer á expensas del corazón. La mujer se halla dotada por la naturaleza de todas las facultades afectivas en eminente grado: elevad á la mu-

jer por medio de la instrucción, y esas facultades serán lo que el diamante pulido por la mano del lapidario.

La reina de Rumania, inteligente, tierna, virtuosa y bella, es un pensador de alto vuelo, como puede verse por los siguientes aforismos que han brotado de su pluma cuando ésta se ha ocupado de la familia. *Los hijos del amor* (dice) *son en general bellos é inteligentes.*

Esta es una crítica velada y púdica acerca de los enlaces por cálculo ó conveniencia.

El marido no debería nunca dejar de hacer la corte á su mujer.

¡Breves palabras que encierran todo un tratado de filosofía para la vida privada! Un escritor contemporáneo ha dicho en un acreditado periódico al hablar de la reina de Rumania:

«En esta mujer extraordinaria el cuerpo y el alma se corresponden. Es alta, bien formada, antes delgada que gruesa, y en sus movimientos todos revela una elegancia suprema, que no es sólo la elegancia de la mujer aristocrática, sino la aristocracia de una naturaleza privilegiada. En lo azul de sus ojos puede leerse el secreto de sus maravillosas intui-

ciones; en la movilidad de sus cejas, en el modelado clásico de su boca, que embellece una delicada sonrisa, en su correcta dentadura, en el abundante cabello castaño que encierra sus facciones, en sus pies y en sus manos pequeñas se está revelando su complexión artística y el ritmo superior que gobierna su existencia. No necesita Carmen, para imponerse al respeto ajeno, de las conveniencias cortesanas y de la etiqueta palatina. Antes que reina de la política es reina de la gracia, de la distinción y del talento. La bondad de su carácter, la nobleza inmaculada de su alma levantan en torno de ella una barrera de admiración infranqueable. Ni se conoció princesa más sensible, ni soberana menos infatuada con su posición eminente, ni reina, en fin, que menos aspire á reinar por los derechos que ha adquirido.»

Las relevantes cualidades de Isabel de Rumania quedan reveladas en este pensamiento escrito por ella:

¿Quereis ser grande? Que vuestra persona desaparezca al lado de vuestras obras.

Carmen Silva es encantadora por su modestia; no pertenece al tipo de la *femme savante*, la marisabidilla, la *bas bleu* ó la pedante: es

una mujer ilustrada sin pretensiones é inteligente sin vanidad.

¡Ojalá se perpetúe en nuestro sexo tan bella figura!

III

Isabel de Rumania, cual Cristina de Suecia, ama la naturaleza con exaltado entusiasmo: ambas cantan á las selvas, traducen los trinos de las aves, los murmurios de los lagos, los quejidos del aura, los suspiros de la brisa y la música de las cascadas.

Es tan vehemente el amor á la naturaleza en el alma de Isabel de Rumania, que le inspiró la idea de apellidarse poeta del bosque, ó, lo que es lo mismo, Carmen Silva.

Cristina de Suecia ama la naturaleza deleitándose con la bravura de los mares y la fiereza de las tormentas, porque encuentra en ellas un reflejo de su espíritu indomable.

Las regias cantoras de las encinas y las pal-

meras, las dos eruditas reinas, tan familiarizadas con las lenguas sabias, las dos escritoras expresan iguales gustos y aficiones, idénticos ideales en distinta forma, porque Cristina posee alma varonil y la reina de Rumania alma femenina.

La delicada sensibilidad de Isabel se conoce en este pensamiento que acaba de escribir en un álbum:

Hay una especie de fraternidad que brota á primera vista entre aquellos á quienes ha herido la desgracia; cuando hayais llevado luto mucho tiempo os sentireis atraidos hacia cada traje negro que encontreis á vuestro paso.

La sequedad del corazón de Cristina revélase en esta frase:

Un alma verdaderamente fuerte puede vivir sola.

La organización física de esta reina es un misterio de la naturaleza, que frecuentemente se complace en mostrársenos inexplicable.

Cristina sintió desde muy niña aficiones varoniles. Detestaba todos los trabajos á que se consagra su sexo y no podia soportar la compañía de las mujeres. Sus gustos predilectos eran la natación, la gimnasia y la caza.

Montaba como el más atrevido jinete, galopando con solo un pie en el estribo, y derribaba á un jabalí del primer golpe. El estrépito del cañón le divertía más que los dulces acordes de un arpa. Cristina era una mujer dotada de alma masculina.

Deliberaba con los senadores, y les aturdía con su elocuencia y con sus facultades de gran diplomático. A los 14 años de edad sabía todos los idiomas, sin serle extrañas muchas ciencias. Se entregaba con ardor á la política, á la administración y al estudio. Estos gustos, exageradamente desenvueltos, mataron por completo sus condiciones femeninas. En ella no brilló la coquetería, cualidad general en la mujer, puesto que es más fácil hallar cien mil mujeres dotadas de coquetería que una sola que carezca de ella. Era tan poco coqueta que, á pesar de tener un hombro más alto que otro, jamás se cuidó de que sus modistas le ocultasen ese defecto. No era bella, pero poseía una mirada simpática, una blancura deslumbradora y una linda cabellera: su nariz era demasiado larga y sus pies cojeaban un poco.

Astuta, sagaz y uno de los talentos más sólidos de su época, anhelaba rodearse de hombres

eminentes; llamó á su corte á filósofos é historiadores alemanes y sabios holandeses, con los cuales conversaba largo tiempo, sacando fruto siempre de aquellas conversaciones.

Descartes era admitido á las cinco de la mañana en la biblioteca de la reina y con él comentaba á los clásicos griegos y latinos, dejando asombrado al filósofo francés. Una vez le preguntó en qué consistía el bien supremo. Descartes, inspirándose en la doctrina de Zenón, le contestó: *En la satisfacción que experimenta la conciencia al contemplarse inmaculada.*

Era tan absorbente y dominadora, que no consentía que ningún súbdito suyo usara condecoración extranjera.

Arrastrada por las excentricidades de su carácter y los caprichosos giros de su imaginación, se entregaba á mil extravagancias, con las cuales perdía la popularidad que había conquistado.

Sedienta de nuevas ideas, intentó crear una Academia teológica para unir á todas las Iglesias; pero los luteranos se opusieron enérgicamente.

Entusiasmábase leyendo los dogmas del Ca-

tolicismo, y una de las cosas que más la impresionaban era que el celibato fuese considerado como un mérito.

¿Era en ella virtud el amor al celibato?

No: un desbordamiento de la independencia de su espíritu.

La infalibilidad del Papa no le era antipática; antes, por el contrario, se complacía en admitirla. Tal vez le agradaba encontrar en la tierra un hombre dotado completamente de la facultad de absolver, porque esto la libraba de toda responsabilidad. Si el Papa podia perdonarlo todo, ganar su influencía era lo importante para poderse presentar tranquila ante el tribunal divino.

Buscando constantemente nuevas emociones, se propuso abjurar de su religión y hacerse católica. Según ella misma dijo, sentíase atraida hacia una religión que contaba con tantos milagros y con tan innumerables mártires.

Hizo venir de Roma á unos cuantos jesuitas, los cuales entraban disfrazados en palacio, y se pasaban largas horas con ella instruyéndola en las verdades del Catolicismo. Los jesuitas estaban contentos de poder convertir á un personaje de su talla. A veces ella los mareaba con sus

preguntas y los desconcertaba con sus dudas; y ellos entonces se esforzaban en demostrarle que los dogmas católicos son superiores, pero no contrarios á la razón.

A los 29 años de edad abdicó el poder en favor de su primo Carlos Gustavo.

¿Qué la impulsó á esta abdicación? ¿Fué el deseo de apostatar?

Algunos así lo afirman; pero pudieron influir diferentes causas en su determinación. Tal vez el hallarse fatigada por el peso del cetro que había empuñado á los 18 años de edad; tal vez el comprender que iba perdiendo todo prestigio en su país, pues es rasgo digno de su soberbia querer retirarse antes de perder completamente la popularidad. Acaso renunció el poder para asombrar al mundo con un espectáculo pocas veces presenciado, tratándose de una mujer. Quizá la resolviera á ello su afición á la vida activa, á la vida de sucesos inesperados, á la vida de aventuras, pues tan pronto como hubo dejado sucesor, salió de Suecia y se marchó á viajar, cuidando de disfrazarse perfectamente.

Cansada de los viajes, se instaló en Roma, donde recibió la bendición papal.

Pasado algún tiempo, empezó á sentir nostalgia del poder real, y pretendió con empeño la corona de Polonia, en cuya nación hubiera podido seguir profesando la religión católica. No consiguiendo esto y no pudiendo renunciar á la política, armó mil intrigas entre los cardenales y el Papa, tratando de que prevalecieran sus opiniones, sus ideas y su voluntad, como lo había hecho en su patria.

La poesía italiana era algo barroca en 1680, y Cristina, que tenía muy buen gusto literario, fundó una Academia en Roma, en su misma casa, con el objeto de corregir el estilo hinchado y presuntuoso, dándole sencillez, majestad y verdad. Quiso resucitar los siglos de Pericles, de Augusto, de los Médicis, el de Luis XIV, que han sido los más famosos en la vida artística y literaria. Los estatutos de aquella Academia tenían artículos muy curiosos: uno de ellos prohibía todo elogio á la Reina (Cristina no abdicó de este nombre al abdicar el poder). En Roma fué muy respetada por todos los hombres de talento, y al rededor de esta singular mujer se agrupaban eminentes personalidades. Juan Francisco Albano, conocido más tarde con el nombre de Clemente XI, era uno de

los contertulios de Cristina. La exreina de Suecia llegó á reunir en pocos años la mejor colección de monedas antiguas, toda clase de objetos arqueológicos y libros notables; conociendo su decidida afición á coleccionar cosas célebres, los bibliófilos, numismáticos y anticuarios que la rodeaban, obsequiábanla con todo lo más bello que encontraban para enriquecer su colección.

Hablando de esta extraordinaria mujer, decía el elegante poeta florentino, Vicente Filicaja.

La gran Cristina dal cui cenno pende
E per se vive e si sostien la fama;
Ley che suo regno chiama
Quanto pensa, quant'opra e quanto intende.

Cristina fué siempre Mecenas de los literatos: cuando algún escritor no tenía medios de publicar un libro, se lo hacía imprimir por su cuenta.

Los historiadores hablan de ella diversamente. En sus *Memorias autobiográficas* se defiende contra los ataques que recibió por no haber querido aceptar esposo, con estas palabras:

Ciertamente me hubiese casado si no hubie-

ra sentido en mí suficiente fuerza para vivir sin los placeres del amor.

Este es, en mi concepto, un arranque de la soberbia de Cristina contra las leyes de la naturaleza.

Mas ¿pudo demostrar siempre, como quiso, que podía sublevarse contra la naturaleza humana, desafiarla y vencerla?

Si se supieran con exactitud las misteriosas causas que originaron la muerte de Monaldeschi, en Fontainebleau, decretada por la reina, esas causas tal vez desmentirían á la aseveración de Cristina y contestarían mi pregunta.

Al través de los pocos pormenores que la historia ha dado sobre este suceso, yo vislumbro un drama que consta de tres actos: *amor, celos y venganza.*

Lo que hace antipática á Cristina, como mujer, es el no querer parecerlo.

Cristina de Suecia hizo muy buenas traducciones del griego y del latín, siendo su mejor obra literaria la *Autobiografía.*

CAPÍTULO XVIII

AL SEÑOR GENERAL JESÚS ARÉCHIGA

DIPLOMÁTICAS DE SANGRE REAL

I

Como si la mujer quisiera dar un mentís á cuantos niegan todavía su inteligencia, no sólo quiere demostrarla en las artes y las letras sino que, remontándose á las altas esferas de la política, ostenta la diplomacia de un Talleirand y un Cavour, atreviéndose nada menos que á luchar con un Bismarck.

No ha mucho tiempo, la reina de Rumania y la reina de Servia, esas encantadoras soberanas, coronadas, una con laurel apolino y otra

con nimbo de melancólica poesía, la poesía del dolor, presentaron sus homenajes á la emperatriz de Austria, pensando que harían más en pro de sus naciones que los más expertos estadistas, y salieron triunfantes en la empresa que perseguían.

Puesto el sentimiento al servicio de la política, lo cual rara vez sucede, llegaron las soberanas á un perfecto acuerdo, armonizando los intereses de Austria, Rumania y Servia, con lo cual evitóse el conflicto que amenazaba surgir entre aquellas potencias.

María Feodorowna, emperatriz de Rusia, la emperatriz Augusta de Alemania y la reina de Bélgica, influyen benéficamente en sus reinos oponiendo la clemencia al rigor de los gobernantes y aconsejando á éstos con tal prudencia, que han merecido el nombre de Egerias. Estas tres damas, tan semejantes entre sí por la misión de amor que se han impuesto, merecen ser retratadas, siquiera sea en ligero perfil, por ser hoy de las soberanas que más figuran entre las que manejan con notable acierto la diplomacia europea.

II

No es la czarina una princesa dotada de sorprendente belleza, de gran virilidad ó de talento extraordinario; posee un mérito más valioso que todos estos para una soberana y para una mujer; el mérito de saber hacerse amar. La emperatriz de los rusos es dulce, afable, caritativa, ingenua, sencilla y buena. Sus súbditos la adoran con frenesí: si algún nihilista llega á gozar del trato encantador de tan simpática soberana, instantáneamente se hace partidario suyo.

La emperatriz moscovita cultiva las artes con éxito: sus acuarelas se cotizarían á muy alto precio, aunque las enviase anónimamente al mercado artístico. También descuella en la música y habla varios idiomas. Cuando la digna soberana quiere ejercitar su órgano vocal, no busca público: improvisa un concierto y canta con sus hijos.

María Feodorowna está poniendo en moda una hermosa virtud que desgraciadamente se

iba haciendo cursi en algunos círculos aristocráticos: *el amor al marido*. El emperador corresponde á su ternura y la familia imperial hace vida de hogar, dando con ello un espectáculo de moralidad á su pueblo. Las costumbres honradas brillan en la egregia familia, de modo que el buen ejemplo les viene á los rusos de donde debiera venir siempre, *de arriba*. La czarina es tan piadosa que, al ver á su ilustre esposo obligado á firmar una sentencia de muerte, le dice vertiendo abundante llanto: —*Piensa que tendrá hijos y esposa ese desgraciado;* y el emperador, vencido por la mujer á quien tanto ama, se deja quitar la pluma de la mano.

Hablando de esta princesa, dice un personaje ruso:

La czarina ha inspirado al czar y á sus ministros la moderación de carácter y ese horror á la guerra tan en abierta oposición con las tiranteces diplomáticas y con las exigencias de un honor nacional mal entendido.

Esta soberana ejerce una verdadera fascinación sobre su pueblo; su nombre es bendecido en los hielos del Norte, en las rocas del Cáucaso y en las estepas del Asia.

En el conflicto anglo-ruso, tanto la emperatriz como su hermana la princesa de Gales, estuvieron á una altura inconcebible, conjurando dicho conflicto con esa diplomacia del corazón que solo conocen las mujeres tiernas, y que suele dar mejor resultado que las estrategias de la guerra y las sutilezas del talento.

Estas dos interesantes princesas han hecho la paz entre Rusia é Inglaterra, como la hicieron en 1529, á nombre de Francisco I de Francia y Carlos I de España, Luisa de Saboya, duquesa de Angulema, y Margarita de Austria, llamándose por tal razón el tratado de Cambray *Paz de las damas*.

El czar enseña á su hijo á ser grande, la emperatriz le enseña á ser bueno. Con tal educación, el heredero de la corona de Rusia tiene que ser un soberano modelo.

Cuando la emperatriz desea oponer su benévola influencia en contra de alguna resolución que no le parece buena, no contradice abiertamente en los primeros momentos la idea vertida: espera una ocasión propicia y la aprovecha, sin dejar conocer á los que la rodean que ha triunfado: la emperatriz sabe esperar.

Saber esperar es una gran ciencia que resu-

me la política de las mujeres. ¿No os parece que la discreción de la emperatriz de los rusos es más útil á su patria que uno de esos brillantes talentos que se evaporan en frases y que sólo sirven para producir momentánea admiración?

La prudencia debe ser el gran arte de la mujer, sentenciada siempre á la pasividad.

Rusia ha tenido soberanas muy notables: Catalina I dominó con su talento á Pedro el Grande y se hizo amar de él hasta el punto de hacerle testar llamándola á la sucesión del trono. Nada se resistió á la energía y serenidad de esta mujer extraordinaria. Era tan asombroso su valor que, para conmemorar el que mostrara en la batalla de Pruth contra los turcos, instituyó el czar en 1714 la orden de Santa Catalina de Rusia.

Catalina II, aunque no fué modelo de esposas, fué gran patricia: jamás, en medio de sus debilidades, entregó la patria á sus favoritos; por el contrario, Catalina, antes que mujer, era emperatriz; no libertaba á nadie del yugo de su poder. Houssaye dice que era tan gran rey como Luis XIV; otro de sus biógrafos afirma que tenía la talla de Napoleón. Cultivó la lite-

ratura, sostuvo brillante correspondencia epistolar con Voltaire y tradujo á varios autores. Grimm ha recopilado una colección de cuentos suyos. Voltaire la denominó Catalina *el Grande*. Catalina II poseyó un talento extraordinario: era *filósofo* con Diderot, *matemático* con Euler, *literato* con Voltaire, *soldado* con Sowarof, *cortesano* con los magnates, *diplomático* con los embajadores, y con todos *rey*, sobre todo *rey*.

Aunque sólo duró diez años el imperio de la czarina *Ana Ivanowna*, fué uno de los más gloriosos.

Prolijo sería enumerar todas las emperatrices que ha tenido Rusia, célebres por distintos méritos; pero María Feodorowna brilla sobre todas ellas con los hermosos resplandores de la virtud. Esta emperatriz, que es hija del rey de Dinamarca, nació en 1847 y casó en 1864 con Alejandro III. La ilustre hermana del rey de Grecia y de la princesa de Gales es tan tierna hija como amante esposa. Todos los veranos deja su corte para visitar á su muy querido padre Christian IX en el famoso castillo de Fredensborg, tan rico en preciosidades históricas y artísticas.

Cuando María Feodorowna salió de él para casarse, escribió en el cristal de una de sus ventanas con un diamante esta frase: *¡Adiós, mi Fredensborg amado!*

El rey de Dinamarca ha conservado el cuarto de su hija como ella lo dejó, guardando hasta las muñecas que tanto la deleitaron.

La emperatriz de Rusia, modelo de hijas y de esposas, es un ángel de caridad.

¡Bendita sea María Feodorowna! exclaman los rusos constantemente.

¡Bendita sea la mujer que sabe convertir el hogar en paraíso!

III

La esposa del emperador Guillermo desciende de Catalina la Grande de Rusia; es una mujer de la cual puede decirse que ha nacido con vocación de soberana; jamás olvida su regio papel y en la vida íntima tiene más relieve su personalidad que la de su marido.

Su espíritu es completamente francés: no aprueba ninguna innovación si no ha sido sancionada en Francia. La emperatriz Augusta no se distingue por la belleza, distínguese por la firmeza de carácter; con su alta estatura, sus facciones abultadas y la energía de sus movimientos, parecería varonil á no poseer una voz dulce que ella ha educado esmeradamente, voz tan quejumbrosa como acariciadora. Su elegante atavío de frescura juvenil, en el cual sobresale siempre lo blanco, préstale una gracia que, unida á su majestuoso aspecto, le da una apariencia sumamente simpática.

Sus ojos garzos, de mirada profunda, amedrentan; pero sabe sonreir á tiempo para dulcificar la dureza de la mirada; y, aunque su sonrisa parece forzada, recíbese siempre como una distinción halagadora.

La emperatriz es protestante, pero se encanta con la doctrina católica: vióse con asombro, al celebrarse el cuarto centenario de Lutero, que se retrajo de asistir á las fiestas, parapetándose tras su habitual enfermedad.

Enemigo su carácter independiente de soportar la tutela de la política, y dotada de más

iniciativa que el Emperador, ingiérese en los asuntos de Estado, con una discreción y una habilidad dignas de la Princesa de Eboli y la Princesa de los Ursinos.

Los alemanes reconocen su alta superioridad: la estiman, pero no la quieren. Muchas veces ha estado en pugna con el Canciller de hierro, y le ha vencido.

Su frase en las reuniones íntimas es cáustica, complaciéndose en buscar los retruécanos franceses más agresivos.

La Emperatriz Augusta lee mucho, y siempre en francés, siendo constante suscriptora de la *Revista de Ambos Mundos*. No es apasionada de Wagner, lo cual disgusta á los alemanes, que la ven preferir la música italiana: según ella, la irritabilidad de su sistema nervioso necesita mucha melodía.

La soberana se presenta rara vez en público, imitando á los dioses aztecas, que no podían ser vistos por los profanos.

Considérase superior á los que la rodean y sufre el fastidio de los que se sienten sólos cuando están más rodeados de gente.

En la vida íntima no es seductora: para admirarla es preciso seguirla en las esferas de la

política, derrotando á diplomáticos de gran celebridad.

IV

María Enriqueta Ana, Archiduquesa de Austria, esposa de Leopoldo II, es tan amada de los belgas, como lo es del pueblo español su augusta sobrina María Cristina de Habsburgo Lorena, otra interesante archiduquesa de Austria. La Reina de Bélgica se distingue por su elevado criterio, por sus tiernos sentimientos y por sus altas dotes de madre. Ella ha dirigido la educación de sus hijos, entre los que se cuentan el Príncipe heredero y la encantadora Princesa Estefanía, viuda del Príncipe Rodolfo de Austria.

El carácter de María Enriqueta, antes jovial y expansivo, es hoy concentrado y melancólico: una nube de tristeza vela constantemente sus ojos llenos de inteligencia, en los que centellean átomos de luz, como pálidos rayos de

sol entre vapores de lluvia primaveral. El poético tinte de tristeza que embellece su semblante, sus abstracciones y su retraimiento tienen por origen las perpetuas *saudades* que guarda su alma del ausente que no ha de volver. Desde que en 1869 experimentó el mayor dolor que puede sentir una madre, la pérdida de un hijo, el carácter de María Enriqueta ha sufrido gran transformación.

El pueblo belga no la ha visto desde entonces asociarse á sus fiestas, pues sólo toma parte en las ceremonias oficiales que debe presidir en unión del Rey. La vida de María Enriqueta divídese actualmente entre los discretos cuidados que exige la educación del Príncipe, adolescente todavía, las obras piadosas y el cultivo de la música, consuelo de las almas sentimentales.

La Reina de Bélgica siente por el divino arte el más vehemente entusiasmo: esto la hace ser muy asidua al teatro de la Opera, á pesar de su proverbial alejamiento de las fiestas sociales.

Su bondad de corazón la ha convertido en el ángel protector de la desgraciada viuda de Maximiliano, cuyos sufrimientos sabe miti-

gar cual nadie; unida á la infeliz Carlota por los lazos del parentesco, tiene para con ella abnegación fraternal; y, además de consagrarse á tan nobles fines, no es indiferente á la evolución que se está operando en el sexo femenino, para la cual fomenta en su reino los institutos de enseñanza.

Por datos que tengo á la vista puedo afirmar que una ley del año 1881 ha dispuesto la creación de 50 escuelas para la enseñanza media ó se cundaria de las jóvenes, á la vez que ha confirmado la relativa á las escuelas normales, en las que se forman maestras, regentas ó institutrices. El Estado se había limitado antes, y sólo desde 1870, á consignar en el presupuesto un crédito de 50.000 pesetas, aplicado á subvencionar las escuelas de aquel grado, ó las primarias superiores ó de programa extenso.

Lo que preferentemente ha preocupado á los poderes de Bélgica es la enseñanza popular. Hay casi tantas institutrices como instructores en las *escuelas primarias* oficiales; el programa de estudios y de exámenes es casi el mismo para los dos sexos, excepto los trabajos manuales, que son enseñados en las es-

cuelas de niñas. Las escuelas *Jardines de la infancia*, según el método de Frœbel, que son hoy numerosas, están siempre dirigidas por institutrices. Hay *escuelas medias* para mujeres y para hombres en los grandes distritos donde la enseñanza es muy extensa, y se da por instructores é institutrices nombrados, previo examen, por el Ministro de Instrucción Pública. Las *Escuelas de párvulos*, que son 821, á las que asisten 64.386 alumnos, están dirigidas por institutrices, llamadas preferentemente á prestar este servicio.

Concurren las mujeres desde 1880 á las Universidades de Bruselas, de Lieja y de Gante, aumentando cada año el número de las que en ellas se presentan y sufriendo exámenes muy rigurosos.

¿Cómo podía ser ajena al movimiento general de progreso iniciado actualmente en el sexo hermoso la inteligente Reina de Bélgica?

Hoy podemos proclamar muy alto la reivindicación de la mujer; las añejas preocupaciones se vencieron; las malévolas sátiras de los impugnadores de la mujer han sido destruídas desde que un público ilustrado ha oido con respeto y complacencia las elegantes disertacio-

nes literarias de Isabel de Rumania, la elocuente palabra de algunas mujeres en el Ateneo de Madrid y las notables conferencias históricas de Rosa Cleveland en Nueva York.

La erudita hermana del Presidente de la República norte-americana, al convertirse en cantora de Fulton y de Washington y en apologista de Franklin, Hamilton, Lincoln y Garfield, ha hecho algo más que lucir su fácil palabra, ha llevado guirnaldas de laurel al altar de las glorias americanas.

La Reina de Bélgica protege á los artistas, cultiva la música, impulsa el progreso femenino y es hábil diplomático.

Su mayor mérito es haber sabido inspirar tan gran veneración al pueblo belga, á pesar de ser extranjera.

La historia guardará los nombres de las tres diplomáticas, cuyas siluetas he bosquejado, entre los muy eminentes de las Duquesas de Chevreuse, Longueville, Montpensier, Rohan y Maine.

CAPÍTULO XIX

Á LA REPÚBLICA DE VENEZUELA

LAS PRINCESAS MARGARITAS

I

MARGARITA! Este nombre era un talismán para los literatos del siglo XVI. Parecían destinadas las princesas de este nombre á difundir el esplendor de las artes y las letras, á proteger á los sabios, á popularizar la erudición.

El *Heptamerón* de Margarita de Valois, libro que los críticos colocan á la altura del famoso Decamerón de Bocaccio, va inseparablemente unido al Renacimiento, marcando uno de sus más brillantes períodos. Las tres Princesas

Margaritas son la gala del siglo de oro de las letras, del afortunado siglo XVI.

Los novelistas, al querer enaltecer á las tres Margaritas que brillaron en el mismo siglo, han establecido gran confusión, atribuyendo á una las cualidades ó los defectos de otra. Las tres Margaritas del siglo XVI fueron inteligentes y bellas; las tres se distinguieron por su amor á las letras; las tres las cultivaron; mas es preciso tener en cuenta que Margarita de Valois ó de Angulema, hermana de Francisco I, fué virtuosa cual Margarita de Francia, hija de aquel, mientras que á Margarita, reina de Navarra, esposa de Enrique IV, conociéronsele debilidades de corazón: la historia menciona sus preferencias hacia el duque de Guisa, hacia La Mole, Bussy d'Amboise y otros.

La primera de las tres Margaritas del siglo XVI es Margarita de Valois, hija de Carlos de Orleans y Luisa de Saboya: nació en Angulema en 1492 y murió en 1549. La segunda es Margarita de Francia, Duquesa de Saboya, hija de Francisco I, que nació en Saint Germain en 1523 y murió en Turín en 1574; viósela siempre rodeada de sabios y, á

pesar de la corrupción de la época, conservó su reputación intachable. La tercera es Margarita de Navarra, primera esposa de Enrique IV, que nació en Laye y murió en París el 27 de Mayo de 1615. Esta Princesa, autora de unas *Memorias*, fué mujer de costumbres licenciosas y tuvo una vida muy novelesca. Aunque ilustrada, cual Margarita de Valois, no fué tan seria como aquélla, pues la hermana de Francisco I se consagró completamente al estudio, y la hermana de Carlos IX dividió su atención entre los libros y las frivolidades; denominósela Princesa del *bon ton* y creadora de la moda. Enemistada con Carlos IX y con Enrique IV, tuvo que retirarse al castillo de Uson, donde vivió dieciocho años en una semiprisión que ella procuró no convertir en Tebaida, pues, lejos de hacer vida cenobítica, se refieren de la época de su cautiverio escandalosas aventuras, siendo el héroe de una de ellas el gobernador de la fortaleza, Mr. Canillac. En el renombrado castillo de Uson escribió sus *Memorias* para que fueran publicadas después de su muerte; en ellas ofrece datos importantes acerca del papel que se vió obligada á representar entre dos reyes enemigos, su

marido y su hermano, pero no refiere los episodios amorosos de su turbulenta vida. Débese á tal omisión que sus *Memorias,* elegantemente escritas, hayan sido tachadas de incompletas: yo le celebro ese pudor de ultratumba, único que poseyó. Los literatos fueron benévolos al juzgarla, agradeciendo la protección que siempre les había dispensado.

Descuella entre las tres princesas del siglo décimosexto Margarita de Valois, la que más merece la atención del biógrafo. Era universalmente denominada *gentil esprit.* Erasmo y Marot le consagraron grandes elogios en sus libros. La elevación de ideas de esta ilustrada Princesa queda revelada en la divisa que adoptó: consistía en un girasol rodeado de estas palabras: *Non inferiora secutus,* no seguir objetos vulgares. Recibió una educación tan completa como severa bajo la vigilancia de su virtuosa madre Luisa de Saboya.

Poseía extensos conocimientos, dominando el hebreo, el griego, el latín, el italiano y el español. Era tan fecunda, que dictaba á dos secretarios simultáneamente; sus bellos escritos en francés diéronle el título de literata dis-

tinguida, título del cual se enorgullecía. Háse-le censurado el estilo de sus obras, un tanto desenvuelto; pero de esto no se debe culpar á ella sino al gusto de su época. No deja de ser libre el estilo de Cervantes, Lope y Quevedo, escritores insignes del siglo de oro de nuestra literatura.

Uno de sus biógrafos refiere que, cuando ella quería lucir una frase ingeniosa de doble sentido, la transmitía á sus oyentes en español ó en italiano para quitarle la fuerza que pudiera tener en francés. Este rasgo la defiende de las censuras lanzadas contra su atrevido estilo. Ha sido acusada también de herética por su indulgencia con calvinistas y luteranos, pero es injusta tal acusación: Margarita, dotada de un criterio elevadísimo, procuraba unir á católicos y protestantes porque presentía las sangrientas luchas que habían de surgir entre ellos. Su espíritu conciliador y el hallarse entre los reformistas tantos literatos impulsóla á la benevolencia; mas esto no es motivo para que se haya dudado de su ortodoxia.

Caritativa, tierna y generosa, dulcificaba el rigor de Francisco I con los reformistas, alcanzando clemencia para ellos.

Margarita era sinceramente católica; mas, aun no siéndolo por convicción, hubiera abrazado el Catolicismo, por ser la religión del hermano á quien tanto amaba. El Rey lo dijo en una ocasión á varios católicos que osaron dudar de los sentimientos religiosos de Margarita: *Mi hermana no puede tener otra religión que la mía.*

Algunos fanáticos llegaron á temer que Margarita hiciese abjurar de su fe al Rey: esto es un absurdo que sólo podían alimentar inteligencias exaltadas. Si el Rey consultaba á su hermana los negocios del Estado, lo cual dió motivo á que dijesen estaba dominado por ella, era porque tenía gran confianza en su afecto, lealtad y buen criterio.

La vida de esta ilustrada Princesa no la llenó más que una pasión, el amor á su hermano. Casada con el duque de Alençon, príncipe de corta talla intelectual, y más tarde con Enrique Albret, que era un hombre vulgar, el corazón de Margarita necesitaba amar á un sér superior, con un amor elevado que no empañara su conciencia, y ese amor noble, legítimo y puro, no podía ser otro que el amor á su hermano.

Luisa de Saboya y Margarita rendían el más respetuoso culto al Rey poeta; la correspondencia entre las dos hállase esmaltada con el nombre del adorado Francisco, al cual denominan apasionadamente tanto una como otra: *nuestro glorioso César, el encanto de nuestra vida*.

La hermana del vencedor de los helvecios fué á visitar al *Rey caballero* cuando se hallaba preso en Madrid después del desastre de Pavía, y la bella Princesa despertó con su elocuencia la más ferviente admiración en la fastuosa corte del Emperador Carlos V.

Margarita de Valois ha publicado, además del Heptamerón, novelas, poesías religiosas, un poema titulado *Espejo del alma pecadora*, *Impresiones* y *Noticias*. En la correspondencia que sostuvo con Francisco I aparece tan tierna hermana como hábil diplomática, y en sus cartas dirigidas al obispo de Meaux se remonta á la altura del teólogo.

II

No sólo han brillado en Francia las tres Margaritas del siglo décimosexto; otras princesas han contribuido también á glorificar el nombre de Margarita, á darle celebridad, á hacerle sinónimo de belleza, sabiduría y esplendor.

Margarita de Anjou, reina de Inglaterra, casada con Enrique VI, se distinguió por el talento y el valor. Asistió en persona á once batallas campales, arriesgando su vida con la mayor serenidad. Viendo que su esposo no tenía facultades para reinar, tomó las riendas del Estado y en distintas ocasiones hizo frente á las tropas del ambicioso duque de York. Dotada de gran sagacidad política, aprovechóse de una ausencia del Regente, para conducir á su marido á la alta Cámara donde le hizo declarar *que ya no necesitaba tutela alguna*. Decretóse la abolición de la Regencia por el momento, gracias á su audacia. Margarita de

Anjou es la bella princesa cuyos partidarios tuvieron por emblema la rosa encarnada, en contraposición á los de York, que tenían la blanca.

Margarita, Reina de Dinamarca, Suecia y Noruega, hija de Valdemar, Rey de Dinamarca, fué tan enérgica, que la denominaron *Semíramis del Norte*. Esta princesa reunía á los encantos de su sexo cualidades viriles; desde su infancia se distinguió por su carácter firme, de tal modo que su padre decía: *La naturaleza se ha equivocado al darle sexo femenino*. Ella reunió los dos reinos escandinavos y aumentó notablemente los tesoros del Erario: bajo su reinado y regencia el pueblo fué muy feliz.

Margarita de Provenza, nacida en 1219 y muerta en 1295, fué digna esposa de San Luis, Rey de Francia; distinguióse por sus virtudes y por los prudentes consejos que siempre dió al Rey; acompañó á éste á las Cruzadas, favoreciéndolas cuanto pudo.

Margarita de Escocia, mujer de Luis XI, protegía á los literatos y escribía versos. Era muy admiradora de Alain Chartier, distinguido poeta de su corte; un dia encontróle

dormido en uno de los salones de Palacio y le besó en la frente en presencia de varios cortesanos. Preguntáronle por qué había besado á un hombre tan feo, y ella repuso: *Yo no he besado al hombre, sino la frente que guarda tan altas ideas.* Margarita de Escocia ha sido una de las reinas más sabias.

Margarita de Austria, duquesa de Parma, Gobernadora de los Países Bajos, hija natural de Carlos V, estaba dotada de gran talento y gran carácter. Prescot, hablando de ella, dice lo siguiente: *Poseía un excelente juicio, rápida comprensión, se adaptaba á las exigencias de su posición fácilmente, mostrando en los negocios mucho acierto y en las cuestiones políticas una rara habilidad, adquirida tal vez en la escuela de los políticos italianos.*

Estas breves líneas de Prescot equivalen á la mejor biografía, pues el distinguido historiador es parco en elogios.

Célebre fué por su capacidad política otra Margarita de Austria, que también gobernó los Paises Bajos: nació en Bruselas en 1480 y murió en Malinas en 1530. Era hija de Maximiliano de Austria. Esta Margarita es la que negoció con Luisa de Saboya la llamada *Paz*

de las Damas (1529). Hizo florecer las artes y las letras y compuso gran número de versos que permanecen inéditos en los archivos.

III

Poético es el nombre de Margarita: derívase del idioma persa y significa *perla*. La bella flor de este nombre vive todo el año; resiste los hielos y, cuando las brumas nos envuelven en la triste estación, alegra nuestra vista, haciéndonos soñar en la primavera. La estrella de los prados, la bella margarita es también el oráculo de los amantes; en ella intentan leer su horóscopo, por ella quieren saber si son correspondidos en su amor.

Glorioso fué el destino de las princesas que se llamaron Margarita; sus nombres, enlazados á los de los poetas y los artistas, han pasado á la posteridad circundados de una aureola.

Entre las Princesas Margaritas, la más inte-

resante fué la bella, la ilustrada, la sentimental Margarita de Valois. La protectora del Renacimiento, gala del siglo XVI y orgullo de los franceses, fué tolerante en época de intolerancia religiosa, seria en época de frivolidad, virtuosa en época de corrupción de costumbres, digna hermana del *Rey Caballero*, excelsa madre de la virtuosa Juana de Albret é ilustre abuela del gran Enrique IV.

Margarita de Valois es, como decía Francisco I, la *Margarita de las Margaritas*.

ÍNDICE

		Págs.
Capítulo	I.—Minerva y Xochiquetzal....	9
»	II.—María Cristina de Habsburgo y María Teresa de Austria.	19
»	III.—Madame Recamier y Madame Girardín	29
»	IV.—Las dos Lafayette.....	51
»	V.—Las mujeres de Esparta y las mujeres de Atenas.....	67
»	VI.—Isabel de Inglaterra y Catalina de Médicis.....	79
»	VII.—Cleopatra y Octavia.....	91
»	VIII.—Madame d'Acier y la Marquesa del Chatelet.....	113
»	IX.—Heroinas mexicanas y españolas.....	127
»	X.—Sacerdotisas cristianas y paganas.....	137
»	XI.—Las dos Juanas.....	147
»	XII.—Safo y Aspasia	157

ÍNDICE

		Págs.
»	XIII.—Beatríz de Galindo y la Marquesa de Guadalcazar é Hinojosa	171
»	XIV.—Dos grandes reinas	185
»	XV.—Dos escritoras realistas	195
»	XVI.—Virginia y Lucrecia	207
»	XVII.—Dos reinas escritoras	215
»	XVIII.—Diplomáticas de sangre real	233
»	XIX.—Las Princesas Margaritas	240